

A person wearing a pink hoodie and a white skirt is standing in a forest, holding a doll with long blonde hair. The background is a blurred forest floor with fallen leaves.

Javier Gimeno

*Cuestión
de
Prioridades*

CUESTIÓN DE PRIORIDADES

JAVIER GIMENO

Título: Cuestión de prioridades

©2019, Javier Gimeno

De la maquetación: 2019, Javier Gimeno

Del diseño de la cubierta: 2019, Omar André

Todos los derechos reservados. No se permite reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar esta edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

Intentó sujetar con fuerza el volante, la curva era demasiado cerrada para la velocidad que llevaba, los párpados habían dejado de pesar ante el inminente accidente. El cansancio acumulado casi le hizo perder el control del Ford Mustang del 65, pero en el momento en el que las ruedas rozaron la gravilla, Stanley consiguió enderezar la dirección sobre el asfalto, tragó saliva, había estado muy cerca. Echó una mirada por el espejo retrovisor interior, Wendy continuaba durmiendo en el asiento trasero, el frenazo no la había movido un ápice, su hija no se había vuelto a mover desde que había parado en la gasolinera. Wendy no había querido apearse, Stanley había llenado medio depósito de gasolina y había pedido un café, apenas le sobraron dos dólares en monedas pequeñas. Tenía sueño, dio un trago al vaso de cartón, el café había sido caro y no era bueno. Stanley estaba acostumbrado a su vieja cafetera, tuvo suerte de que ella no se la llevara.

Stanley resopló al mirar el barranco por el que casi se había despeñado antes de reiniciar la marcha. Estaba agotado, llevaba medio día conduciendo. Tras salir del trabajo había recorrido algo menos de quinientos kilómetros, su sueldo no le daba para ir a buscar a su hija en avión cada dos semanas. No llegar a fin de mes era una realidad, pero también una buena excusa para no tener que volar. Aunque tuviera dinero de sobra hubiera viajado en coche, le daba pánico el despegue y el aterrizaje, estar en las nubes lo toleraba, pero que el avión estuviera inclinado era otra historia. La falta de efectivo le había llevado también a esquivar la autopista, los túneles que atravesaban las montañas tampoco es que le sedujeran, quedarse atrapado en un túnel le daba pavor. Entre la ida y la vuelta había perdido tiempo, unas dos horas, no le importaba hacerlo. La ruta no era tan mala, y las estaciones de servicio eran las mejores del estado, siempre estaban abarrotadas de enormes camiones de

cuatro ejes. «Si los transportistas escogen esta carretera por algo será, solo hay que fijarse en sus enormes panzas», le decía con asiduidad a Wendy. Los ojos le escocían. Desde siempre prefería conducir de noche, menos tráfico, menos patrullas policiales, podía pisar más más a fondo el acelerador.

De un trago apuró el café, estaba frío, bajo la ventanilla y lanzó el vaso al exterior, la noche era gélida, unas gotas del líquido tizaron el vidrio. Buscó sin éxito un encendedor, presionó el que venía de serie con el coche a sabiendas de que llevaba estropeado por lo menos seis años. Mordió la boquilla del Marlboro, necesitaba encenderlo, pensaba que el tabaco lo despertaría algo más. Dio un par de vueltas a la manivela con la que se bajaba el cristal de la ventanilla, el frío viento que entró por la rendija le reanimó. Recordó que no viajaba solo, confió la conducción a su recia mano izquierda, con la otra cogió su desgastada chupa de cuero y la lanzó hacia la parte trasera del vehículo. A la primera consiguió acertar con su objetivo, Wendy emitió un pequeño gruñido al caerle la cazadora de su padre encima. Cuando su vista regresó a la carretera, Stanley dio un volantazo, tuvo que hacerlo, en décimas de segundo contempló como dos haces de luz se le venían encima. Las carrocerías de los vehículos no llegaron a rozarse, el otro conductor presionó el claxon con energía, Stanley había corregido la trazada para volver a su carril al límite de tener un accidente.

Tras el susto, recordó tener un mechero en el bolsillo de la cazadora que tapaba a su pequeña durmiente. Resopló una vez más. Stanley tenía prohibido fumar en casa desde que su nueva chica se había quedado embarazada. No recordaba cómo había sucedido, debía ir demasiado borracho. No se había planteado volver a ser padre, todavía soñaba con la madre de Wendy. Ansiaba encender el cigarrillo que mordía con cierta desesperación, aminoró la velocidad, necesitaba fumar. Acertó a leer la señal, restaban quince millas para la próxima gasolinera, le iba a resultar difícil

llegar a esa estación de servicio. Echó otro vistazo al asiento trasero, la niña no se movía, a pesar de las ganas por meter nicotina no iba a despertarla para que le pasase el mechero. Encendió el radiocasete, giró la ruedecilla del dial buscando una emisora de radio, no encontró nada que sintonizar. Cogió una de las cajas de plástico que descansaban, entre la ceniza, bajo el freno de mano. De un soplido eliminó los residuos de tabaco que cubría el rotulado de la casete. Sonrió antes de escuchar a Springsteen, de haber podido elegir alguna cinta de las que llevaba en el coche hubiera optado por esa. Intentó seguir el ritmo de las canciones con sus dedos sobre el volante, pero le pesaban, era peligroso seguir conduciendo.

Los bostezos eran continuos, buscaba un lugar donde parar, algo difícil en aquella carretera rodeada de altos árboles protegidos por quitamiedos metálicos. Necesitaba fumar un cigarro, se despejaría introduciendo nicotina en su organismo mientras el viento le abofeteaba. Aminoró la velocidad, no quería volver a saltarse otro cortafuego donde poder estacionar el Ford. El majestuoso bosque estaba dividido por la sinuosa carretera, tangencialmente corrían caminos de tierra con el fin de evitar que el fuego se propagara por la extensa zona arbolada. Pestañeó rápido tras pasarse los dedos por los ojos, una neblina le impedía ver con normalidad, dio un par de vueltas más a la manivela. Estaba muy cansado, nunca había sufrido tal somnolencia, necesitaba parar, una cabezada no le vendría mal. Intentó hacerle los coros a Bruce, pero no recordaba muy bien la letra de la canción que le había acompañado en su adolescencia cientos de veces. Tenía que parar, el arcén era mínimo, demasiado estrecho para estacionar, debía de encontrar un hueco más separado de la carretera. Las hileras de árboles, tras los guardarraíles, le parecieron no tener fin. Tras el último viraje ascendente llegó a la cima de la montaña que estaban atravesando. Recordaba el trayecto, un par de curvas a mano izquierda y se encontraría una larga recta descendente. Desde que se

había escapado de la colisión no había vuelto a ver ninguna otra luz en el sentido contrario, pero con su suerte bastaría con que parase un minuto para ser protagonista de un lamentable accidente. Necesitaba fumar, volvió a sujetar el volante con una sola mano, estiró la otra en busca del bolsillo de su cazadora en el asiento trasero, antes de tan siquiera rozarlo algo le hizo mirar hacia delante. Unos ojos brillantes de un ciervo atravesaron la calzada. Stanley apretó los dientes a la vez que pisó a fondo el pedal del freno, el impacto era inminente. Por instinto, echó la mano que buscaba el encendedor hacia el cuerpo de Wendy, si chocaban contra el animal no iba a poder sujetarla antes de que saliera despedida. Con su mano izquierda realizó un giro violento, los neumáticos dejaron la marca de la rodadura sobre el asfalto. Las dos ruedas exteriores levantaron la grava acomodada bajo la bionda que limitaba la carretera del frondoso bosque.

El animal quedó herido sobre el firme. Stanley no detuvo el coche, el ciervo se había llevado la peor parte, el Mustang, tan solo, se había quedado sin retrovisor izquierdo. Llamaría al primo de su pareja, por una caja de cervezas le arreglaría el desperfecto, lo más difícil sería ocultárselo a ella. El resuello, por no haber impactado de frente con el ciervo, despertó a la pasajera del asiento trasero. La niña se incorporó, sonrió a su padre y dejó caer su cabeza hacia el lugar donde antes del incidente con el animal reposaban sus pies. Stanley había evitado dos accidentes en muy poco tiempo. «A la tercera va la vencida», pensó. Su corazón latía desbocado, el sueño se había disipado de un plumazo, la aparición del cuadrúpedo le había despertado más que la cafeína. Decidió que podía aguantar hasta la siguiente estación de servicio.

Golpeó con la palma de la mano el salpicadero, la nicotina y el sueño dejaron de ser protagonistas, «bien hecho, viejito». Desde el instituto llevaba conduciendo el Mustang, le habían ofrecido bastante dinero, pero jamás se

había planteado deshacerse del coche. El descenso de la montaña lo realizó con moderación. Un repentino e inoportuno retortijón le hizo olvidar sus ganas de fumar. Los árboles iban desapareciendo, campos de maíz comenzaron a ocupar el espacio, a ambos lados, que bordeaba la carretera. Las plantas estaban desarrolladas por completo, «por algún lugar tienen que meter las cosechadoras», pensó Stanley. Sus intestinos sufrieron una nueva punzada, la intensidad iba en aumento. Vislumbró un camino de tierra, frenó con cuidado, Wendy no notó que abandonaban el asfalto.

Stanley se bajó con premura del Ford Mustang, no quitó la llave del contacto, no quería que su hija se despertara al silenciar el traqueteo del motor y que lo primero que viera al despertarse fuera a su padre con los pantalones bajados. Se desabrochó el cinturón y dejó caer los jeans hasta la altura de sus rodillas. El café sin nada en el estómago añadido a los sobresaltos al volante le habían provocado una diarrea galopante. Sujeto al parachoques trasero de su coche, Stanley se esforzaba entre sudores fríos por expulsar de su cuerpo aquella mezcla que burbujeaba en su interior.

El viento mecía las enormes plantas que rodeaban el camino de tierra. El ulular del aire entre las plantas competía con el sonido del motor del coche. Cuando los rugidos provenientes de sus tripas cesaron, un fuerte crujido le sobresaltó. Stanley se levantó, los pantalones cayeron hasta sus tobillos, dio un par de pasos, giro en derredor, no consiguió ver nada. Sus tripas no le permitieron seguir oteando, a toda prisa regresó a la posición de cuclillas. Tras vaciar sus intestinos, arrancó una hoja de una de las plantas que le rodeaban con la que se limpió. Se subió el pantalón y se encaminó al interior del Mustang. Abrió la puerta, disfrutó gozoso el calor de la calefacción y el olor de Wendy, sonrió. Estaba en medio de la nada y se sentía en su hogar. Antes de sentarse escuchó un chasquido de ramas.

—¿Hay alguien ahí? — preguntó Stanley.

Volvió a la parte trasera del coche y levantó la puerta del maletero. Sin quitar la vista a las plantas que ondulaban sus cuerpos en la oscuridad, sacó una linterna y la manivela para apretar las tuercas de las ruedas. Apuntó con la luz en todas direcciones, no volvió a escuchar nada extraño. Rodeó el coche intentando escudriñar la presencia de alguna alimaña. Chasqueó la lengua varias veces, buscaba espantar al visitante. Se sentó sobre el capó caliente, apagó la linterna, no sabía cuándo la podría necesitar y no quería que tuviera las pilas agotadas. Permaneció inmóvil alumbrado por los focos del Ford, no vio nada moverse excepto las plantas, las mazorcas danzaban a la luz de la luna en cuarto menguante. Supuso que habría sido un pequeño roedor nocturno, fuera del tamaño que fuera no suponía mayor peligro. Un pensamiento fugaz despertó en su mente, ¿y si era una serpiente? Tan rápido como pudo entró en el coche, si el ruido lo había provocado un reptil lo más probable es que se tratase de una serpiente del maizal, ¿y si había sido una víbora, u otra serpiente venenosa? No se arriesgó a comprobarlo, el portazo no despertó a Wendy. Cogió el encendedor que guardaba en la cazadora y encendió el cigarro, «por fin», dio dos caladas, el humo se expandió por el habitáculo. Bajó unas pulgadas las dos ventanillas delanteras, no reconocía que el tabaco era dañino, pero por si acaso no quería la niña inspirara el humo. Tras la tensión de que algo merodeaba en el exterior, el cansancio se le vino encima como una avalancha. Dejó apagarse la colilla en el cenicero, estaba cansado hasta para fumar, llevaba toda la semana trabajando de sol a sol, quería ahorrar para cuando naciera el bebé, realizaba todas las horas extras que su jefe le ofrecía, aunque se las pagase en negro.

Nada ni nadie le iba a salvar de la bronca que le iba a caer cuando llegara a casa, pero necesitaba echar una cabezada. Era mejor tener una discusión con su chica por estar desaparecido durante unas horas que tener un grave accidente por quedarse dormido al volante. Miró la pantalla rota de su

teléfono móvil, no había cobertura, era lo esperable. Si hubiera ido por la autopista la habría podido llamar, aunque los gritos de su pareja por despertarla en mitad de la madrugada podrían haber despertado a medio pueblo. Subió las ventanas hasta arriba, no quería despertarse con algún bicho encima. Bloqueó las puertas con el seguro y plegó el asiento delantero sobre el volante para acceder a la parte trasera del Ford. Se quitó las botas, por un agujero del calcetín asomaba el dedo pulgar, sus pies agradecieron la liberación. Miró a la niña, Stanley sonrió, el agotamiento merecía la pena. Le retiró un mechón de la frente, y la besó. Colocó la cabeza de Wendy sobre su regazo, y dejó caer con suavidad su pesada mano sobre el torso de la niña.

Cerró los ojos, el calor de la calefacción y el ronronear del motor le mecían hacia el mundo de los sueños. Esperaba despertarse antes de que lo hicieran los primeros rayos del alba.

Capítulo 2

La mirada de la mujer era triste, con un poco de colorete intentó disimular sus afilados pómulos. Tras aparcar su Prius en el parking de la cafetería, se quedó sentada mirando al vacío con el Toyota en marcha. Los toldos de color turquesa le impedían ver que el local se encontraba abarrotado. Cuando se convenció de que lo estaba a punto de hacer no era una locura, quitó la llave del contacto. Estiró hacia arriba el cuello alto del jersey y abotonó la gabardina hasta arriba, el día invitaba a ir abrigada. Por lo que había escuchado en la radio hasta que se perdió la señal, una gran tormenta se aproximaba hacia el lugar donde había viajado. Cogió el bolso que descansaba en el asiento del copiloto, y a la carrera sorteó todos los charcos que se interpusieron a sus cortas zancadas. No había elegido bien el calzado, después de desayunar volvería al motel donde se alojaba a ponerse unas botas altas. El agua del último charco le caló hasta el calcetín, se sacó el zapato y vació unas gotas de líquido que se habían depositado en su interior. Antes de subir los cuatro peldaños que conformaban la escalera, suspiró, ojalá el cielo y sus esperanzas dejaran de ser tan grises. Al entrar en la cafetería una campanilla sonó entre la algarabía, las miradas de los allí congregados repasaron de arriba abajo a la recién llegada. La recién llegada se sintió intimidada ante tantas descaradas radiografías visuales, bajó la mirada hacia el suelo de madera. Antes de ser atendida, alzó la vista y vio una mesa vacía, con rapidez la ocupó. Al sentarse, golpeó con el respaldo de su silla el de un individuo le daba la espalda, el hombre no se inmutó, continuó aporreando el teclado de un ordenador portátil en la mesa contigua. Se desprendió del bolso y de la gabardina, las posó sobre una de las cuatro sillas. Observó una enorme figura que la miraba desafiante. El hombre se acercó a ella con paso decidido, las aletas de su nariz se expandían más de lo normal en cada inhalación de

oxígeno que acompañaba a una fatigada respiración. La mujer pensó en que la vida del hombre que la miraba mejoraría si dejaba de atiborrarse de rosquillas de chocolate como la que llevaba en la mano.

—Bill, por favor, recuerda que eres un caballero y deja a la dama disfrutar de la mesa— se interpuso una camarera entre los dos—, venga tira para la barra. Espero que no le haya asustado, es muy grande, pero es noble de corazón, ¿desea un café?

Antes de que la cliente pudiera asentir, la camarera vertió el líquido negro y turbio, de una jarra de cristal humeante, en una de las tazas que estaban sobre el mantel de papel. La forastera observó cómo Bill, obediente, regresaba al lugar que había abandonado en la barra a regañadientes. Volvió a estirar el cuello del jersey hacia arriba, cogió la carta y comenzó a leerla, tachó mentalmente la mayoría de los platos, unos no le apetecían, a otros le sobraban calorías. La camarera regresó antes de que se hubiera decidido, dejó la jarra vacía sobre la mesa y sacó una libreta de uno de los bolsillos de su delantal, contrastaba el impoluto blanco encima del uniforme fucsia. Sobre una chapa dorada la recién llegada leyó “Sally”, la observó de los pies a la cabeza: zapatillas blancas, falda corta, enormes gafas de pasta y un par de coletas recogiendo su cabello mal teñido.

—¿Ya sabes lo que quieres, cariño? —preguntó Sally.

—Hay muchas cosas apetecibles, pero no tengo mucha hambre, si usted me pudiera recomendar algo que no fuera una bomba calórica...— dijo la mujer llevándose la mano a la tripa.

—Tal vez no sea lo más saludable que tenemos aquí, pero las tartas de la tía May son lo más demandado, sin lugar a dudas son la especialidad de la casa— la sorpresa no cabía en el rostro de la mujer—. Y no, no me mire así, las hacemos nosotros, no creo que haya probado algo igual, por su aspecto

viene de alguna ciudad donde compran comida precocinada llena de conservantes y colorantes.

Algo en las palabras de la camarera le hizo fiarse de ella.

—Está bien, la cosa es que no sabría cual elegir, todas tienen muy buena pinta, ¿me recomienda alguna? — la cliente cerró la carta y se la entregó a Sally—Pero por favor que no sea muy empalagosa.

—Tengo la ideal para usted, una tarta de zanahorias con nueces de la zona, recién hecha para la señora.

—Perfecto.

La mujer sacó del bolso un cuaderno de hojas cuadriculadas y lo abrió por la última página escrita. Limpió con un soplo restos de la seborrea que inundaba su cabeza y sus hombros. Intentaba controlarse, pero con frecuencia llevaba las uñas a contactar con el cuero cabelludo. Las puntas de sus zapatos de tacón sostenían el peso de sus piernas intranquilas en continuo movimiento, estaba nerviosa e incómoda. Con timidez, escrutó cada rostro que le rodeaba durante escasos segundos para buscar otras facciones que analizar. Intentó agudizar el oído, pero múltiples conversaciones se entremezclaban en su cabeza. Vio a Bill beber media jarra de cerveza de una tacada, su enorme tripa atestiguaba que comía y bebía sin limitación, tenía claro que no era él la persona a quien buscaba. Era el más corpulento de los hombres que dialogaban con euforia sobre el partido de la noche anterior de los Celtics, las finales estaban cerca y los de Boston eran uno de los candidatos. La mujer supuso que, si la policía local establecía un control de alcoholemia en el parking de la cafetería, las arcas del ayuntamiento se llenarían; como si fuera una costumbre, todos y cada uno de ellos al abonar la cuenta vaciaban un pequeño vaso de whisky

Los ojos de la mujer se trasladaron a las piernas de Sally, las varices

en su piel le indicaban problemas circulatorios añadidos a muchas horas de pie. La camarera dejó un plato con una porción de tarta junto a los cubiertos envueltos en una servilleta de papel. La comensal cogió la cuchara y la limpió con la servilleta, no se fijó si estaba sucia, era una de las costumbres que reconocía tener. Con delicadeza seccionó el vértice del triángulo, introdujo el pequeño trozo en su boca, la paladeó, estaba exquisita. La camarera no le había engañado, era la mejor tarta que había probado en su vida. Poco a poco el plato fue quedándose vacío, al igual que la cafetería, no quedó ni una migaja. La cara de la mujer había cambiado, había sentido placer comiendo, lo mejor de todo era que no se sentía culpable.

Los camioneros habían dejado sus jarras en la barra y las mesas llenas de platos sucios, de la plancha no salía humo con aroma grasiento. Sally recogía los restos del desayuno, mientras el hombre que había estado cocinando le ayudaba, la mujer comprobó que eran los dos únicos empleados.

—Por lo que veo no le ha gustado nada— dijo Sally al retirarle el plato.

—Estaba deliciosa, ¿podría darme otra porción para llevar? — preguntó la mujer.

—Claro que sí— respondió la camarera, mientras pasaba la bayeta por otra de las mesas.

La mujer se levantó, cogió el bolso, y tras dudar dejó la gabardina en la silla donde la había posado al sentarse. Tan solo quedaba otra mesa ocupada, justo la de detrás suya, el hombre continuaba golpeando las teclas de su MacBook. No le pudo ver bien el rostro, su cabeza se hundía entre los hombros encogidos, su pelo y gran parte de la frente estaba cubierto con una gorra de los Jazz. «Otro extranjero como yo», pensó la mujer. Tras orinar, se lavó las manos y se limpió los dientes con un cepillo plegable que sacó del

bolso. Al terminar de enjuagarse, volvió a lavarse las manos, no utilizó el secador, no quería que los gérmenes que habitaban en el aparato acabasen sobre su piel. Volvió a la mesa con el monedero en la mano, preparada para pagar la cuenta.

Sally se acercó con una bolsa de plástico, ante la falta de clientela se sentó frente a ella.

—Ha tenido suerte, aquí tiene el último pedazo— dijo Sally entregando el trozo de tarta—. Tendré que llamar a la tía May para que haga otra para mañana, últimamente es la que más vendemos.

—Es normal que sean lo más demandado de la carta, estaba para chuparse los dedos— la mujer se pasó la lengua por los labios—. La canela le da un toque tan... y eso que me he encontrado... ¿era sal gorda?

—Espero que no nos pretenda hacer la competencia.

«Ojalá hubiera venido hasta este lugar tan alejado a buscar una receta.»

—Muchas gracias— la mujer vio al hombre uniformado con un delantal, pañuelo atado a la cabeza, conjuntado con un espeso bigote blanco. —¿Qué le parece quedarse un rato hablando conmigo? Sus piernas se lo agradecerían... bueno, si su jefe no se molesta porque le haga unas preguntillas.

Sally se descalzó, tenía los tobillos hinchados. Se soltó el pelo.

—Querida, no creo que el jefe me diga nada si me siento un ratito a charlar contigo, ¿verdad cariño? — el cocinero se quitó el pañuelo de la cabeza, mostró una calva sudorosa y brillante, Sally le saludó con la mano—. El próximo mes será nuestro primer aniversario de boda. Toda la vida juntos y se decide a hincar la rodilla el año pasado... Yo creo que tuvo un escarceo con alguna... y por arrepentimiento actuó así— Sally encogió los hombros,

antes de continuar—, hombres...

La nueva cliente sonrió de medio lado. «Hombres...si no existieran lo tranquila que estaría yo».

—Me encantaría conocerla receta de esta tarta, estaba de rechupete—la mujer pensó que era una buena forma de romper el hielo, aunque estaba deliciosa no era la respuesta que había ido a buscar.

—Disculpe el atrevimiento, ¿no será de alguna empresa multinacional que pretende quedarse con nuestra tarta? —preguntó la camarera con cara de pocos amigos.

La mujer sacó del bolso la tarjeta identificativa del hospital donde trabajaba, en ella Sally leyó el nombre de la doctora Helen Myers bajo una pequeña fotografía tamaño carnet. Sally miró a la mujer con detenimiento, no solo era la falta de maquillaje, el rostro de la mujer estaba desmejorado.

—Doctora Myers disculpe la desconfianza, pero no es la primera vez que intentan copiarnos la receta, pero el secreto de la tía May se irá con ella a la tumba, ella es muy celosa de sus cosas, apenas sale del porche de su casa— dijo Sally.

—Sería un placer conocerla, supongo que el motivo principal tendrá que ver con la materia prima que usa...

—Ese es uno de los secretillos, no se lo voy a negar. Pero algo tiene que ver con el tiempo... en esta zona del país todo pasa más despacio, no tenemos tantas prisas como ustedes los de las ciudades— Sally le sonrió.

Helen Myers recogió la tarjeta con la que solía fichar en el hospital, antes de introducirla en su lugar en la cartera, tomó aire, notó cristales en sus pulmones. Entre todos los billetes que llevaba escogió uno de veinte dólares, se lo tendió a Sally. Tragó saliva, no sabía cómo continuar, la pregunta le

reconcomía por dentro, acarició el papel fotográfico antes de sacarlo de la cartera.

—¿La... la ha... la ha visto alguna vez por aquí?

La niña que aparecía en la fotografía que le estaba mostrando a Sally mostraba una sonrisa a la que le faltaba algún diente de leche. Helen mordió intermitente su labio, no podía aguantar la espera, cuando notó el sabor de su sangre dejó de hacerlo.

La camarera miró la imagen plastificada. Las dos coletas de la niña estaban perfectamente trenzadas sujetas con dos lazos violetas, sus mejillas estaban salpicadas de igual forma que el rostro de la cliente. Sally apretó los labios, con sus ojos acompañó la tristeza de la mirada de la doctora.

—No, cariño...

—En noviembre hizo tres años que desapareció...

Helen no pudo contener el llanto. Se tapó los ojos con la mano. Intentó silenciar el lamento que se le escapaba de su resquebrajada garganta.

—Espera... déjame ver la foto otra vez— Sally estrujó sus pupilas— Freddy ven, ven aquí. Al final tendré que operarme de cataratas... — se disculpó, aunque la había reconocido.

El hombre dejó el trapo con el que secaba los platos sobre la barra. La mirada de Helen mostró ilusión, creyó entender que la mujer sabía algo. Fred acudió despacio, llevaba su sobrepeso de una pierna a la otra a cada paso que daba, Helen le diagnosticó una próxima operación de cadera.

—¿Qué pasa Sally? —el cocinero se quitó el mandil teñido de manchas de grasa antes de sentarse— Buen día señora— le dijo a Sally tras secarse el sudor de la frente.

—¿No te suena esta cara? —le preguntó Sally apoderándose de la

fotografía como si fuera propia.

Fred cogió las gafas que pendían de su cuello sujetas por un cordel de nylon. Las asentó sobre su tabique nasal, comenzó a asentir llevando el mentón arriba y abajo, durante unos instantes que a Helen le parecieron interminables. Dejó caer las lentes. Miró a su esposa, ella escrutó dolor en sus pequeños ojos grises. Fred retiró la mirada profunda de Sally hacia la otra mujer.

—¿Ese pobre hombre ha conseguido reunir dinero para contratarla? — preguntó Fred con tono lánguido— No creo que sea policía, los maderos no pueden costearse esa ropa tan elegante que lleva. Además, el padre la pequeña me dijo que habían cerrado el caso... no creo que vuelvan a perder el tiempo por esta zona.

—No seas zopenco...—dijo Sally—. Por sus lágrimas no creo que sea una investigadora privada.

Helen le quitó a Fred la fotografía de la mano, la acercó a su pecho.

—Está en lo cierto señor, no soy una detective —contestó la forastera—. Como ya le he mostrado a su señora soy médico, y la de la foto es mi hija.

El silencio lo cortaba el sonido rítmico de los dedos tecleando del cliente de la mesa de al lado.

—Perdone, yo no sabía nada... creo que no la vi cuando el pueblo se llenó de voluntarios buscándola...

Helen no quería contarles el motivo por el qué no había aparecido durante la búsqueda. Sostuvo la mirada de Fred, el hombre se amedrantó, lo notó en los músculos destensados de su cara y la mirada gacha.

—Pues sea bienvenida —dijo Sally, intentando zanjar la tensión que estaba incomodando a su esposo—. En caso de ser la mujer de Stanley guarde el Jackson, es buen amigo, invita la casa, ¿verdad Freddy?

—Por supuesto— contestó con rapidez el hombre.

—A su marido le encanta la zona, ¿no me diga que van a asentarse por aquí? Sería fantástico tenerla por aquí, en caso de alguna urgencia tardamos casi dos horas en llegar al hospital más cercano. Es lo malo de vivir en medio de la nada, pero no cambio por nada despertarnos con los trinos de los pajarillos al amanecer

Helen guardó la fotografía con sumo cuidado en el interior de la cartera, el billete lo dejó encima de la mesa. No pensaba aceptar la invitación.

—Lo siento mucho, no estoy aquí para quedarme, digamos que estoy... de vacaciones. Además, llevo una larga temporada sin practicar— dijo Helen intentando aplacar el temblor de sus manos

A Helen le hubiera gustado conocer aquel lugar en otras circunstancias, desde que se había mudado a la ciudad su calzado solo había pisado asfalto. Reconocía que echaba de menos la cercanía con la naturaleza, por más que hubiera renegado del mundo rural años atrás.

—Me hospedo en el motel Voorhees, cerca de la gasolinera. No sé cuántos días estaré por aquí, si recuerdan algo que se les olvidara contarle a la policía...—las palabras de Helen sonaban a ruego.

—Estuvimos diez días con el negocio cerrado buscándola como el resto de los vecinos...—dijo Fred— Ya le habrá contado su marido. Por cierto, lleva una larga temporada sin visitarnos, suponía que la niña habría aparecido.

—Ojalá...— contestó Helen compungida.

—Entonces habrá dilapidado todos sus ahorros, y mira que se lo decía, yo y el escritor de aquí al lado. Mándele un abrazo de estos dos vejetes, ¿de acuerdo?

—Stanley falleció la semana pasada— dijo Helen.

El matrimonio entrelazó sus manos, Sally apoyó su cabeza en el hombro de Fred, quien se llevó la mano a la boca, no se lo podía creer.

—Lamentamos profundamente la pérdida de su marido— acertó a decir Sally.

—Ya no era mi marido— contestó Helen con frialdad.

—Si hubiera aparecido la cría hubiera vuelto con él, ¿no? — preguntó Fred.

—No sé por qué, pero les voy a contestar. Me había separado de él hacía tiempo, yo quería progresar, darle a nuestra una vida mejor, él se había estancado, no quería salir del pueblo que nos vio nacer...— Helen se asombró, no era una mujer con facilidad en abrirse con desconocidos. «Si hubiera seguido con él, tal vez Wendy no hubiera desaparecido», Helen llevaba pensando durante mucho tiempo aquello, mortificándose—. Me encantaría que recordaran todo lo que pudieran sobre aquella época, sobre Stan... todo será bienvenido, cualquier cosa me podría llevar a dar con Wendy.

—Quien le puede dar más información es éste— dijo Sally señalando a Fred.

Fred se levantó con paso presuroso. De debajo de la barra sacó tres vasos pequeños y una botella de Jim Bean.

—Creo que esta botella la abrí con Stanley, la tenía reservada para su vuelta— dijo el cocinero al volver a la mesa, deslizó un vaso hacia Helen —, brindemos por él.

—Lo siento, no puedo beber— reusó Helen la invitación.

Los ojos de Sally fueron directos al abdomen de la doctora, de estar embarazada el feto tendría pocas semanas.

—No se preocupé, ya me lo beberé yo— replicó Fred, algo molesto.

El matrimonio chocó los vidrios, ambos bebieron el líquido ambarino de un trago.

—Por Stanley— dijo Sally después de ingerir hasta la última gota de bourbon.

Fred cogió el chupito de Helen y lo vació dentro de su gaznate. Antes de enroscar el tapón de la botella, rellenó de nuevo su vaso, la botella quedo vacía.

—Doctora nos ha pedido que le contemos cosas que recordemos, pues bien... Stanley se empeñó en pagar esta botella, yo no quería aceptar su dinero, dio igual porque no llevaba más que unos centavos en sus bolsillos... Supongo que usted lo habrá pasado igual de mal que él, la niña es hija de ambos, pero para mí usted era la arpía.

—Freddy cariño, para, y no bebas más que luego te arrepientes de lo que dices...—le interrumpió Sally—Te pasa siempre, ya lo sabes, y luego dirás que el demonio poseyó tu lengua...

—No, por favor, no pare de hablar—se apresuró a decir Helen—. Deseo que me cuente todo, ya se lo he dicho. Llegados a este punto entendería que usted me considerara como el mayor monstruo de todos los tiempos, es lo de menos— en ese momento Helen hubiera preferido haber dado cuenta del trago de bourbon— Tal vez de una conversación obtenga un hilo del cual tirar hasta encontrar a Wendy.

Fred hizo girar el resto de Jim Bean en el vaso, lo bebió con tranquilidad. Retiró los vasos y los metió en el fregadero. La botella vacía la colocó sobre la repisa más alta, donde reposaban otras que había bebido en momentos importantes: la retransmisión de la llegada del hombre a la luna, y del resto apenas tenía recuerdo, pero si estaba sobre esa balda por algo sería.

—Bien...—Fred se mesó el bigote antes de continuar—Lo de arpía no lo decía él, era mi opinión, no se lo digo porque ya no esté con nosotros, era un buen tipo, y un caballero, jamás le oí hablar mal de usted. Suelo echar el cierre cuando Sally se va a casa, me quedo limpiando y rellenando las cámaras para el día siguiente, de vez en cuando Stanley venía a echarme una mano, yo recogía y él llenaba los vasos de Jim Bean. Se sentía solo, y sabía que aquí tenía alguien que le escuchara.

—Además de saber que se emborrachaban juntos, me gustaría saber que hablaba de mi niña— la voz de Helen sonó gélida.

—Poco a poco señora, mi memoria flaquea cada vez más, si quiere que le cuente de lo que me acuerdo será a mi manera. Desconozco que pasó entre ustedes, solo sé que seguía enamorado de usted— Helen dejó de mirar a los ojos a Fred—. Respecto a la pequeña... no le puedo decir nada más de lo que apareció en los medios de comunicación. Vinieron voluntarios de medio país para buscarla, nunca apareció, nada, tan solo quedó una muñeca de pelo rubio que Stanley reconoció como perteneciente a su hija. Trajeron un helicóptero y perros, pero nadie dio con ninguna pista. Yo siempre pensé que quien se la llevó no era de por aquí, tal vez un viajante... no lo sé. Pero Stanley insistía que la niña no estaba lejos. Era un alma en pena, se sentía culpable...

Helen se levantó de la silla. No pudo ocultar su enfado.

—¿Y quién sino él era el culpable? En vez de hacer lo normal, lo que cualquiera haría... él no podía ir a por su hija en avión, no, y no podía quedarse a hacer noche en un hotel, no, él se quedó a dormir en mitad de una carretera comarcal, ni bajó el seguro de la puerta, ni se enteró de que la niña salía del coche...

Fred negó con la cabeza, miró de reojo al otro cliente, había dejado de teclear en el ordenador.

—No soy un juez para dirimir quien lo hizo peor... Pero con respecto a lo del seguro, opino que, si cerró el coche, Stanley estaba seguro de haber subido las ventanillas y de haber bajado los pestillos.

Fred se levantó y volvió a sus quehaceres detrás de la barra, no quería hablar más. Stanley le había contado su versión, le creía. La mujer que pisaba el local de su negocio le había abandonado, de la noche a la mañana se había enamorado de un hombre que le sacaba más de quince años, y la cosa no había quedado ahí: además de abandonarle se había quedado con la custodia de Wendy. Stanley, unos meses atrás, había sido despedido de la fábrica en la que había malgastado veinte años de su vida, sin trabajo y sin dinero no pudo costearse un abogado decente.

—Yo le seguiré creyendo... —continuó Fred mientras sacaba una tanda de tazas limpias del lavaplatos— Él dijo que había puesto el seguro, y cuando despertó seguía bajado...

—¡Eso es imposible! —replicó con rabia Helen— He llegado a pensar que la abandonó en una cuneta, por hacerme daño, por vengarse de que le dejara, de verdad que ya no creo eso, pero no se pudo esfumar, ¿lo entiende? Es imposible.

—¿Cree que si su marido le hubiera hecho algo malo a la niña hubiera estado viniendo durante tres años cada poco? Desconozco como desapareció, pero yo le creo, por muy imposible que a usted le parezca.

Fred finalizó la conversación llevando su cuerpo de lado a lado, ocultándose en la trastienda.

—Por favor, discúlpele— dijo Sally, con rubor en sus mejillas, una pequeña muestra de la humillación que estaba sufriendo—. Está afectado por la noticia, apenas tiene amigos, y creo que Stanley era uno de los pocos que él considera como tal, perdónele por favor.

—Por mí, perdonado está, no se preocupe. Comprendo que se haya puesto así, ya sabe yo soy la arpía...— contestó Helen—. Me da igual la opinión que tenga sobre mí, solo quiero saber que fue de mi hija, me gustaría regresar con ella de una pieza... pero si ha fallecido querría darla un entierro digno a sus huesos... querría tener un lugar donde llorarla.

—No diga eso, tengo plena confianza en que aparecerá— Sally tomó una mano de Helen—. Se han dado casos de jóvenes que han visto su rostro de pequeños en bricks de leche y han buscado a sus verdaderos padres, seguro que se reunirán, espero que pronto, no pierda la esperanza, ¿sí?

La mano de la camarera apretó con fuerza la de Helen. La recién llegada deseó que el contacto fuera mayor, necesitaba un abrazo, y creer que un día volvería a estar junto a Wendy. No pudo reprimir sus emociones, la pose altiva con la que había discutido con Fred se había quebrado.

—No sé de dónde sacar más fuerzas, pero no me iré de aquí sin ella— Helen moqueó.

—Eso me gusta—Sally rodeó con sus brazos a Helen—. Cualquier cosa que me diga el metepatas de mi esposo la anotaré en mi libreta, no lo dude doctora.

La campanilla del local sonó, Sally soltó a Helen de inmediato. El recién llegado se sentó en uno de los taburetes junto a la barra, se quitó la gorra que cubría su cabello azabache y sacó una pelota de tenis del pantalón de trabajo. Comenzó a botar la bola contra el suelo, hasta que Fred salió de la parte trasera de la cocina. Helen se vio sorprendida por los ojos azules del hombre, le saludó alzando las cejas como si la conociera. Apurada al verse sorprendida, Helen se sentó, cogió la cucharilla y comenzó a hacerla bailar entre las paredes de la taza vacía. No quiso volver a mirarle, le incomodaba mantener su mirada, le resultaba atractivo. Escuchó a Fred conversar con el

nuevo cliente, le miró de reojo, era un hombre grande, de espaldas anchas, las mangas de la camisa de cuadros las tenía remangadas a la altura de los codos. Giró la cabeza con rapidez al verse descubierta, el hombre le miró de soslayo mientras se quitaba unas migajas de pan de su espesa barba.

Helen se había asombrado con la conversación: a Stanley le gustaba hablar, mucho menos abrirse con desconocidos, ni siquiera a su círculo de amistades más íntimo les confesó que ella se había ido a Portland, ¿era aquel lugar o la desesperación? Desconocía que otras cosas Stanley le había confesado al cocinero. Era verdad, lo había abandonado por un hombre mayor que ella, Damien era directivo del Maine Medical Center y según sus palabras en poco tiempo pasaría a controlarlo desde la presidencia. Su matrimonio fue rápido, y seguía vigente, los papeles no se habían roto, aunque ella sospechaba que la pastilla azul, con la que mitigaba su disfunción eréctil, se la tomaba con otras. Helen sacó del bolso su teléfono móvil y comprobó que seguía sin cobertura. Dejó los veinte dólares sobre la mesa y abandonó el local.

El hombre de la mesa contigua se quitó las gafas y las guardó en su funda. Plegó el MacBook sin perder tiempo en pulsar el botón de apagado, lo guardó en una bolsa bandolera que cruzó sobre su pecho.

La señora Myers, a pesar de la lluvia constante, fue hacia una cabina telefónica que había visto al entrar en la cafetería. Descolgó el auricular e introdujo todas las monedas que llevaba en la ranura, esperaba que la llamada fuera corta, no tenía ganas de hablar, pero se veía obligada a comunicarle a Damien que había llegado a Snakeriver sin ningún problema. Tecleó con rapidez los dígitos, las teclas estaban húmedas y frías, esperó una contestación que no llegó. «Estarás con una amiguita...», pensó. Colgó con rabia, las monedas no cayeron, cogió de nuevo el auricular y comenzó a golpear sobre la pantalla digital. Por detrás, una mano le sujetó la muñeca con la que blandía el teléfono.

—Pare, pare...—el hombre soltó la presa al observar la cara de sorpresa de Helen—. Si el sheriff la ve destrozando el mobiliario urbano tenga por seguro que le hará pasar la noche en el calabozo, por muy doctora que sea...

Helen se sintió amenazada, caminó hacia atrás en busca de que sus talones chocaran con los escalones de acceso al Freddy's. Sintió necesidad de volver dentro al amparo de las paredes de la cafetería, el desconocido iba ataviado con un enorme chubasquero, la capucha ocultaba por completo su rostro.

—No sé quién es, y mucho menos como sabe que soy doctora, pero le prometo que si se acerca sacaré el arma que llevo en el bolso... y no dudaré en utilizarla— fanfarroneó Helen.

El hombre levantó los brazos por encima de la cabeza. La doctora Myers se enorgulleció, jamás había conseguido tal eficiencia al marcarse un farol en las timbas que jugaba en sus tiempos universitarios. La amenaza por falsa que fuera había resultado efectiva. Una ráfaga de viento descubrió la cabeza del supuesto agresor, no conocía el rostro del hombre que le había detenido en el fragor por recuperar sus monedas. Era alto, le debía de sacar por lo menos dos cabezas, extremidades largas e intuyó que delgadas bajo el chubasquero. La figura se encorvaba a la altura del cuello formando un inicio de chepa.

—Señora Myers, le prometo que no tengo malas intenciones. Estaba sentado espalda con espalda con usted y la he oído hablar con esos dos—dijo el hombre con los brazos todavía encima de su cabeza.

—¿Es usted el hombre del ordenador portátil? — preguntó Helen, el hombre asintió. —Creo que llevaba puestos unos auriculares de grandes dimensiones, ¿Cómo iba a escucharme?

—Soy... bueno, intento ser escritor, los diálogos no son lo mío, y para que no se note que estoy pendiente de lo que habla la gente me los coloco por encima de las orejas...—el escritor se encogió de hombros.

Helen miró al hombre, le pareció ridícula de las manos sobre la cabeza tapando el escaso pelo que cubría su cráneo.

—Está bien, puede bajar los brazos— el hombre contestó con una sonrisa de medio lado—. Por favor, de esta situación o de lo que haya escuchado antes no saque información para su próximo bestseller.

—Me llamo Loomis, Norman Loomis— dijo el escritor tendiendo su mano hacia delante, Helen hizo caso omiso y no estrechó los cinco—. Además de espiar conversaciones conocía a Stan. Le ayudaba en sus investigaciones.

La doctora no pudo ocultar su cara de asombro, las bolsas de sus ojos se hicieron más profundas, sintió que el peso de toda su sangre caía hacia sus pies, abrió la boca en busca de oxígeno, le faltaba el aire.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Norman—. El café de Sally es puro veneno, por eso yo siempre pido una bolsita de té sumergido en leche hirviendo con un poco de canela espolvoreada.

—No, no es eso, no se preocupe. ¿De qué investigaciones me está hablando? — preguntó Helen, no sabía cómo fingir su nerviosismo.

—Le enseñé unas sendas, paseamos por caminos que solo unos pocos conocemos, charlamos durante muchas horas, pero no conseguimos encontrar ningún rastro. Él no obtuvo lo que buscaba— Norman agachó la cabeza, sacó su móvil de uno de los bolsillos del chubasquero—, yo saqué la foto de la portada de mi ópera prima.

Norman Loomis mostró la pantalla, unas gotas de agua escaparon de una nube gris, y cubrieron con rapidez el cristal astillado del teléfono.

—No puedo ver nada— la voz de Helen había eliminado por completo el tono agresivo. Quería conocer todo lo que sabía aquel hombre.

—Es verdad... no lo recordaba, el otro día tuve un accidente. Estaba encaramado en un árbol buscando un nido y la rama cedió, por lo menos no fui yo quien se cayó al vacío.

Helen esbozó media sonrisa.

—¿Los escritores robáis los huevos de las aves? ¿De verdad que el negocio está tan mal?

Norman bajó la cremallera del chubasquero, y después la de la bolsa bandolera que apareció a la vista. Extrajo una revista arrugada.

—Hasta que acabe la novela, me mantengo escribiendo artículos en este panfleto ornitológico, de alguna manera tengo que abonar el alquiler. Para no tener que pagar por los derechos de las fotos las hago yo mismo— intentó explicar el escritor—. La verdad es que mis costillas me dicen que no puedo posponer más la publicación del libro, no es la primera vez que me doy un buen costalazo, la agilidad para trepar a los árboles se va diluyendo con el paso del tiempo.

—¿Publicar? ¿Tienes editorial? — preguntó Helen.

—A través de la revista tengo un contacto en una pequeña editorial, pero el problema radica que cada vez que repaso la novela la cambio de arriba abajo. ¿Sabes qué? En los agradecimientos aparecerá el nombre de Stanley, me apena que no pueda verlo.

Las dos personas se quedaron en silencio bajo la fina lluvia.

—Parece que te importase mucho...—dijo Helen.

—Se portó bien conmigo... también con Fred, de no ser por Stanley y su tozudez el viejo no le hubiera pedido matrimonio a Sally. Stan decía que

estaba tan enamorado de ella como lo estaba él de ti.

Helen clavó la mirada en Norman al sorprenderse por las palabras del escritor. No se lo podía creer, no era el recuerdo que tenía con el hombre que había estado casada. Cuando le dio la noticia que hacia las maletas Stanley no dijo nada, fue al frigorífico y sacó una cerveza. Se quedó sentado en el porche hasta que el taxi desapareció de su vista.

—Si no es por él mi manuscrito habría acabado en la papelera antes de llegar a la mitad, era un buen hombre. Yo le ayudaba a buscar a Wendy, pateamos medio condado por lo menos, él pensaba que en cualquier momento iba a aparecer, según lo decía yo le creía.

—Hubo mucho tiempo que yo no le creí, pero desde que se ha ido... por eso estoy aquí— confesó Helen—. Me dejó una carta...

—En mi sótano tengo alguna más... supongo que ahora que ya no está tal vez se las tenga que entregar.

Helen no pudo disimular.

—¿De... de verdad? —sus labios temblaban—. ¿Y qué pone?

—Mis padres me enseñaron que la correspondencia es privada, en los sobres pone Helen, no mi nombre. Cuando quieras te pasas por mi casa y te entrego todas sus pertenencias, no sabría qué hacer con ellas.

—Me encantaría...—contestó Helen—. ¿Podría ser hoy?

La doctora no pudo reprimir la ansiedad, quería saber lo que decían aquellas cartas. Conocía al dedillo lo que Stanley había escrito en la última, por eso estaba en Snakeriver. Tal vez encontrase algo que le condujera a su hija.

—Sin problema, creo que hoy la musa no vendrá a visitarme. Si tienes tiempo te puedo enseñar en lo que trabajaba para enseñarle a Stan cuando

volviera— contestó dispuesto.

—Será un placer acompañarte...—dijo Helen— pero recuerda que voy armada.

—Vaya matrimonio más peligroso debíais de ser, a lo Bony and Clyde. Entre sus cajas escondía un arma, creía que yo no lo sabía... en varias ocasiones, siempre con una copa encima, me decía que si encontraba a quien se la había llevado él mismo lo juzgaría.

—Yo también le mataré— dijo Helen de manera taxativa y con inexpresión en el rostro.

Capítulo 3

Jeremy dejó caer los tirantes que sujetaban el pantalón de trabajo. Comprobó que los camioneros desfilaban, se habían puesto en marcha después de llenar sus barrigas en el Freddy's. De no haber visto el aparcamiento casi vacío no hubiera parado, detestaba las aglomeraciones. Tras bajarse de la camioneta sacó una pelota de tenis gastada de su bolsillo, botarla con fuerza le relajaba, era incapaz de relegar sus pensamientos al olvido. La campanilla del local le recibió como de costumbre, no recordaba cuantas semanas llevaba sin pisar la cafetería. Miró la vieja jukebox, seguía estropeada. De un vistazo rápido, comprobó que tan solo dos mesas estaban ocupadas, en una de ellas se encontraba el soñador que pretendía ser escritor, le contaba a cualquiera que le quisiera escuchar que tenía en su disco duro la próxima obra maestra de la literatura norteamericana. Desconocía de que vivía, sus manos no eran como las suyas, no estaban curtidas por el trabajo duro. Alguna vez le había visto cerca de su casa, al sorprenderle le había dicho que estaba buscando pájaros. En la otra mesa vio a una mujer que con una trenza recogía su cabello rojizo.

Jeremy se sentó en el taburete más apartado de los otros comensales. Volvió a mirar hacia la esquina donde se sentaba la mujer, agudizó su vista, cuando ahorrara tendría que hacerle una visita a un oculista, no la conocía, no la había visto en su vida. Le hizo gracia que ella no le quitase ojo. Se sacó la gorra, meneó la cabeza, su cabello azabache pasó de estar aplastado a revuelto.

—¡Qué bueno, tú por aquí! —le recibió Freddy— Cuanto tiempo sin saber de ti, pensaba que el bigfoot te habría merendado.

El recién llegado noto el olor del aliento al otro lado de la barra, el cocinero había bebido, miró el reloj de la pared, era demasiado pronto.

Permaneció callado botando la pelota de tenis. Tomó un trozo de pan de una cesta que había abandonado uno de los camareros, lo mordió, estaba duro. Volvió a echar la vista a la mesa donde estaba sentada la mujer, sus miradas se cruzaron, supuso que era una viajera de paso, los zapatos de tacón no era el calzado idóneo para moverse por la zona, mucho menos con la tormenta que estaba por llegar.

—¿Te pongo lo de siempre? —preguntó el cocinero. Jeremy asintió con la cabeza—. Es fácil recordarlo, eres el único que quiere los filetes tan crudos.

«Así me enseñó mi padre a saborear la carne, que el Señor le tenga en su Gloria», pensó Jeremy. Se levantó del taburete, tras aflojar la vejiga se lavó las manos, las secó en la camisa de cuadros de franela. En el reflejo del espejo comprobó los rodetes que rodeaban sus axilas, pensó que la desconocida de haberse percatado no le habría mirado de aquella forma. Al regresar al taburete, comprobó que el local se había quedado sin clientela, como a él le gustaba. Para sus adentros pensó en lo afortunado que había sido el escritor.

—Menuda pájara ha cazado— dijo Jeremy, mientras se ponía una servilleta a modo de babero.

—No creo que se la lleve al huerto... a esta no, ya te lo digo yo— contestó Sally—. Por cierto, tenía ganas de verte, hace mucho que no paras por aquí, ¿cómo le va a Regan? A ver si se recupera pronto, hace tanto que no la veo...

Jeremy permaneció callado, no quería hablar del tema. El hombre sacó una navaja del bolsillo de la camisa, la hincó en el trozo de carne que estaba sobre el plato, al paso del filo el filete se partió como si fuera mantequilla. Introdujo un pedazo de carne en la boca, notó la sangre deslizarse entre sus

dientes. Tras dar cuenta de medio filete decidió contestar.

—Regan está un poco mejor, tardará en recuperarse, no sé si volverá a ser la de siempre, os manda saludos— Jeremy metió otro trozo de carne en la boca, le estaba resultando deliciosa, estaba hecha en su punto exacto.

—Si está un poco mejor es que el tratamiento está haciendo efecto, verás cómo va todo bien— le dijo Fred a modo de ánimo.

—El problema es el dinero...—Jeremy no paraba de masticar— Si no trabajo no lleno el frigorífico, y mucho menos me llega para pagar las facturas de los médicos y las pastillas... todo es dinero, que te voy a contar que no sepas.

—Ya sabes que aquí siempre tendréis un plato caliente— le ofreció Sally.

—Lo sé, gracias. Lo malo que para llegar hasta aquí hay que quemar combustible, y la gasolina no crece de los árboles— Jeremy dio un trago de agua—. Además, no quiero abusar de vuestra caridad.

—Tan altivo como tu padre...—dijo Fred.

Jeremy frunció el ceño. «No mientes su nombre». Se colocó la gorra, sacó un puñado de monedas, contó varias y las posó sobre el mostrador, llevaba años comiendo lo mismo, el precio no había cambiado, desconocía que para el resto de la clientela si lo había hecho.

—No te vayas tan rápido— le dijo Sally—, anda Freddy córtale un trozo abundante de tarta de chocolate, es la preferida de la niña. No te marches que voy un minuto a la tienda.

Jeremy hizo caso, cogió de nuevo la pelota y la comenzó a botar contra el suelo.

—Guarda ese dinero, los amigos no pagan en este establecimiento,

bastante tienes con lo de tu mujer... y lo de la niña... ¿siguen sin saber que tiene?

Los ojos de Jeremy descendieron hasta el lugar del impacto de la bola, apenas se desviaba una pulgada en cada bote, cada vez con más fuerza. En cuanto llegase Sally se marcharía, no lo hizo antes por educación, se sentía incómodo, no le gustaba hablar de su familia, la única que le quedaba.

—Acompáñame...—Fred sacó un par de vasos y una botella de bourbon.

—Sigo siendo abstemio.

Fred se dio prisa en apurar los dos vasos llenos hasta el borde, no quería que Sally le sorprendiese. Los dos hombres permanecieron en un silencio incomodo hasta que Sally reapareció.

—Menos mal que no te has largado— le dijo a Jeremy—. Le he echado la bronca a Charles, encima de dar charla a la gente que no va a comprarle nada apenas tenía donde elegir. Van unos cuentos, espero que no tenga ninguno repetido, y también unas pegatinas— Sally le entregó una bolsa de plástico blanco a Jeremy—. Cuando vayamos a la ciudad ya me preocuparé de comprarle a tu niñita el peluche más grande que vea.

—No te preocupes, de verdad, esto está genial, seguro que le encantará, muchas gracias—dijo Jeremy.

—Que no te dejes la tarta— le recordó Fred al ver como la olvidaba sobre la barra.

El matrimonio le vio marchar a través del ventanal. Vieron como el hombre echaba la bolsa en la parte trasera de la camioneta sin cuidado ninguno.

—Por lo menos la ha tapado con la lona, espero que no se le

despanzurre—dijo Sally juntando su espalda contra el pecho de su marido.

—No te preocupes, seguro que le llega a la pequeña— dijo Fred atrapándola entre sus brazos velludos.

Sally notó su aliento. También su cuerpo caliente. La mujer encaminó sus pasos hacia la puerta de la entrada, echó el cerrojo, y giró el cartel donde se leía “CERRADO”.

—Me entristece tanto ese chico...—dijo Fred.

—La mala suerte se ha cebado con su estirpe— le replicó su esposa.

—Entiendo que quiera tener a Regan en casa, pero con una niña burbuja en el hogar debería de priorizar...—dijo Fred, su cabeza negaba la situación, no la entendía—. Yo no la hubiera sacado del psiquiátrico.

—¿A mí me aparcarías en un manicomio si caigo en una profunda depresión? —preguntó Sally, conocía la respuesta, esa conversación la habían tenido otras veces.

—Sabes que no es solo una depresión— contesto su esposo—. En verdad admiro a Jeremy, Dios no solo le ha castigado con una chalada por mujer, ¿te imaginas lo que sería tener una hija como la que tiene? Tiene que ser durísimo no poder juntarla con nadie por temor a que coja un leve resfriado.

—Él es un hombre fuerte, cuando se requiere de él nunca te da una negativa por respuesta, es trabajador...

—Y pobre. Desde el incendio que se llevó por delante la granja familiar...—Fred recordó a los padres de Jeremy—. Además, no es solo eso, a la niña no la han podido llevar a buenos médicos, ni siquiera a una guardería donde sociabilizarse con otros niños, ¿qué va a aprender de Regan? — prosiguió Fred mientras seguía llevando su mentón de derecha a izquierda—. La última vez que la vimos, acuérdate, estaba fuera de sí.

—Lo peligroso sería que dejara de tomar la medicina que Jeremy dice que la mantiene estable—dijo Sally— No me quiero imaginar lo que podría llegar a hacer...

—No digas eso, por favor, no quiero imaginarme que le dé un ataque y esté sola con la niña...— dijo Fred—. Espero que jamás suceda nada malo, pero la idea de dejarlas encerradas sabes que no... imagínate que un día se produce otro incendio, acabarían achicharradas por el fuego.

Sally contempló a su hombre, la preocupación no se disipaba de su semblante. Se acercó a él, se puso de puntillas y mientras le desabrochaba un botón de la camisa le dio un mordisco en la barbilla.

—No seas tan charlatán— le besó donde había dejado las marcas de sus dientes—, fuego es lo que tengo yo dentro, vamos a la trastienda.

La vieja pickup de Jeremy dejó atrás una humareda negra al arrancar. Fred se dejó llevar al cuarto pegado al almacén, allí estaba dispuesto el antiguo catre de su casa, no le gustaba deshacerse de nada. Sally había cambiado esa misma mañana las sabanas que quedaron arrugadas en el suelo el día anterior.

Capítulo 4

Las contraventanas de madera no permitían la entrada de los rayos solares, la llama del candil mecía las sombras de las dos figuras ondulantes en el artesonado.

—Madre, ¿no podemos salir?

—Nancy, ya sabes que tenemos que esperar, tiene que estar al llegar padre.

La niña abrazó sus rodillas y dejó caer su cabeza entre los antebrazos. Persiguió con la vista las sombras que generaba la llama que iluminaba la cabaña, no había nada más divertido que hacer.

El cerrojo comenzó a moverse, la mujer tensó sus músculos, no sabía conque humor llegaría. La niña se puso en pie, precipitada fue hacia la puerta, estaba muy cansada, aun así, saltó a los brazos de Jeremy. La luz entró por todos los rincones a medida que el hombre abrió las ventanas. La mujer apagó de un soplido la llama, no quería quedarse a oscuras cuando la necesitase.

—¿Qué tal mi cachorra? — preguntó Jeremy a la niña a la vez que le acariciaba el pelo.

—Un poco mejor, pero todavía me siento un poco débil— contestó Nancy con una sonrisa forzada a la que le faltaban varios dientes de leche—. Me duele aquí— dijo la niña tocándose con un dedo la encía superior, Jeremy comprobó que el tono morado se había afianzado en esa parte de su boca.

—No te preocupes, pronto estarás bien, te lo prometo— contestó Jeremy.

—¿Has traído comida? — preguntó Nancy deseosa que la respuesta fuese afirmativa.

—He traído un montón de cosas... y hay una bolsita para ti, ¿me ayudas a descargar?

Regan observó inmóvil como la niña se aferraba al poderoso cuello de Jeremy, él se movió con rapidez, a pesar de su gran tamaño, hasta la camioneta. El cuerpo de Nancy era un liviano lastre, algo preocupante para ella, pasaba el tiempo y la niña continuaba sin aumentar de peso

—Padre, ¿seguro que me pondré bien? — preguntó Nancy.

—Por supuesto, no lo dudo. Tienes que comer más, ya lo sabes pequeña— le contestó Jeremy.

Comenzó a bajar los sacos de pienso para los animales que amontonó en el porche, los nubarrones todavía tenían que descargar más agua. Ante la atenta mirada de la niña, bajó un par de cajas de cartón repletas hasta el borde de comida de la que no se podía abastecer con su pequeña granja. Regan salió de la cabaña, se sentó en una mecedora desvaída por el paso del tiempo, sus ojos perdidos los elevó hacia el cielo plomizo.

—¿No me habías dicho que tenía una sorpresa? ¿Es algo rico? — preguntó Nancy.

—Es cierto, que cabeza la mía, si no es por ti...

Jeremy cogió la bolsa de plástico que le había entregado Sally y se la dio a la niña. Ansiosa separó las asas, su semblante se tornó en decepción. Jeremy emitió una ligera carcajada. Cogió el plato de plástico en el que le habían entregado la tarta con una mano, con la otra le tapó los ojos y más de la mitad de la cara de Nancy.

—¿Solo esto? —la desilusión no desapareció una vez que Jeremy dejó libre la visión de Nancy.

Jeremy sacó lo que quedaba sobre un plástico transparente, tres conejos

mueritos atados con un cordel por sus largas orejas. Nancy aplaudió con avidez.

—Regan, ¿serías tan amable de acompañarnos a comer? —preguntó Jeremy.

—Sí, claro, disculpa... estaba pensando en mis cosas— se justificó.

La mujer se incorporó y entró la primera en la casa. Sumergió las manos en un barreño de agua fría y cristalina, Jeremy la había sacado del riachuelo que cruzaba la finca como hacia todos los días al amanecer. Secó su piel en el mandil y se sentó en una de las sillas, dejó libre la cabecera de la mesa. Frente a ella se sentó Nancy, las dos esperaron en silencio. Al cabo de unos minutos Jeremy apareció con una bandeja, la estancia se llenó del aroma de mazorcas asadas. En otro plato acercó uno de los conejos que había cazado antes de llegar, el cadáver del animal continuaba caliente cuando lo despellejó. Regan llenó los vasos de agua, estaba deseosa de echar mano a la comida, pero sabía que tenía que esperar. Jeremy agarró una mano de Regan y otra de Nancy.

—Oremos— dijo Jeremy—. Demos gracias a Dios por estos alimentos con los que nos ha bendecido.

La cadena familiar permaneció unida, cerraron los ojos durante menos de un minuto, Regan movió sus labios, lo que de sus susurros se escapaba era algo muy diferente a una oración.

—Que aproveche chicas— dijo Jeremy.

Nancy se abalanzó sobre el plato de carne. Regan, con timidez, escogió una de las mazorcas menos quemada por el fuego. Jeremy las observó comer con las manos, el enorme filete de media mañana le había quitado el apetito, cogió una mazorca y comenzó a desgranarla con sus dientes.

—Estaba todo riquísimo— dijo Nancy chupándose los dedos—. El mejor chef del mundo.

—Bueno, bueno, no será para tanto— dijo Jeremy limpiándole la barbilla de restos de la comida—. Ahora a recoger los platos y a acostarse.

—¡Jo! ¿No puedo ir a balancearme un poco al columpio?

—Si mañana comes como hoy, te prometo que podrás, ¿hay trato?

—Está bien— contestó Nancy con un mohín.

Regan fue la que menos comió, no era algo extraño. Con la misma parsimonia que movía la mandíbula para masticar, recogió la mesa. Jeremy subió la escalera de madera detrás de Nancy, al paso del hombre los tablones emitían un quejido lastimero. Como casi siempre, se golpeó la cabeza con una de las vigas que sostenían el tejado, la segunda planta era ostensiblemente más baja que la inferior. Nancy dio un pequeño salto para aterrizar de rodillas sobre el colchón.

—Entiendo que te tienes que divertir, que eres una niña, la más preciosa, por cierto, ¿pero cuantas veces te he dicho que te puedes lastimar?

Jeremy se arrodilló y tapó con una colcha a la niña, se quedó tumbado a su lado tarareando una vieja nana hasta que Nancy se quedó dormida. La tenue luz que llegaba a la planta superior le permitió recrearse en las facciones de la pequeña, no se parecía en nada a él. Su mano era grande, todo en la niña era pequeño, Jeremy creía que más de lo normal, tenía que comer más para crecer; paseó con las yemas de sus dedos por los rasgos angulosos de la cara de Nancy, al llegar a los parpados sus delicadas caricias se detuvieron, a pesar de estar comiendo más cantidad las ojeras seguían ensombreciendo su mirada. Con cuidado se levantó, el colchón anclado al suelo sufrió una oscilación, Nancy no se inmutó.

Regan, después de fregar los platos se puso a frotar unas manchas de un pantalón de Jeremy, mientras lo hacía canturreaba una canción que le escuchaba a su madre cuando era pequeña, todavía la recordaba, sus ojos se llenaron de lágrimas. Por la mañana había sacado la ropa de invierno de Nancy de una bolsa de plástico, era escasa, pero conjeturó que casi toda le valdría, no había crecido apenas en el último año. No se percató que Jeremy le estaba mirando, el hombre se movía con sigilo. Ella giró la cabeza al sentirse observada, Regan suspiró, esperaba que no tuviera ganas de sexo. Continuó ludiendo varias prendas de la niña en el barreño, ropa interior, un vestido y su único abrigo, lo iba a necesitar, dentro de poco los tejados amanecerían con escarcha.

Jeremy posó sus manos sobre las caderas de Regan, ella cerró con fuerza los ojos y apretó los puños en el agua fría. La besó en el cuello, Regan se estremeció, respiró aliviada, no le había intentado quitar los harapos que llevaba como vestido.

—Ya veo que has cogido el detergente de la caja, me alegra que vayas haciendo cosas sola— dijo Jeremy—. Voy a atender a los animales, no voy a cerrar las ventanas ni la puerta, no te preocupes que estaré al tanto, confío en ti. Estoy cerca, si ves algo raro, si algo te asusta da un grito y estaré aquí en menos de cinco segundos, ¿de acuerdo?

Regan asintió. Cuando las manos de Jeremy dejaron de tocarla abrió los ojos.

—No te preocupes, hoy parece que todo marcha más o menos bien. Lo malo son las noches, y la oscuridad...—logró a decir la mujer.

—Nunca más volveré a ausentarme, nunca más volveré a dormir fuera, confía en mí— dijo Jeremy—. Te amo

—Lo sé— contestó Regan aguantando una arcada.

La mujer estrujó la ropa hasta sacarle la última gota, sus diminutas manos de uñas comidas retorcían las prendas eliminando cualquier posible goteo en el suelo de la casa. Salió de la casa abrazando el balde de la ropa lavada, con el pie arrimó la puerta, esperaba escuchar a la niña si tenía un mal sueño. Una a una, sacudió las prendas, con pinzas de plástico las fue sujetando en la cuerda de nylon. Cuando prendió la última escuchó algo fuera de lo común, sus zapatillas de felpa aguantaron sujetas a sus pies, corrió al interior de la cabaña, se parapetó detrás de la puerta. Por la rendija, por la que solía ver el mundo exterior cuando Jeremy no estaba, escrutó los alrededores, tragó saliva cuando dejó de jadear por la carrera. Dudó si debía gritar. Sus pupilas en movimiento continuo no cesaban de moverse sin ver nada extraño. Permaneció quieta, mantuvo la respiración, el sonido del silencio le resultó espeluznante. La madera del piso de arriba crujió, la expresión de su rostro se tornó dantesca, no podía permitir que le sucediera nada a malo a Nancy. Subió los escalones tan rápido como pudo.

En el colchón que compartía con Jeremy y con Nancy todo iba bien. La niña tenía los pies sobre la almohada, el lugar donde debía de tener la cabeza. Regan, con suma delicadeza, volteó el cuerpo de la pequeña, comprobó que su pecho subía y bajaba con normalidad. Miró a un lado y al otro, «todo está bien». Le acarició los labios, el aire fluía. Gateando fue hasta la barandilla que les protegía de caer al vacío. Permaneció tumbada, en alerta, hasta que Jeremy regresó de dar de comer a los animales. Regan resopló al verle llegar.

—¡Soy yo! No te asustes— dijo Jeremy.

Capítulo 5

Norman miro atrás, dos escalones más abajo se encontraba Helen, no era bella, pero tenía algo distinto a las mujeres con las que él trataba, entendía que Stanley hubiera estado enamorado de ella hasta el fin de los días. Le sonrío, sus manos buscaban en cada uno de sus bolsillos repetidas veces, las llaves de su casa no aparecían por ninguna parte. Al girarse para indicarle a Helen que las debía haber olvidado en el Freddy's escuchó el tintineo en su pecho. Norman elevó el cordel anudado en su nuca y liberó el manajo del contacto con su cuerpo, no era la primera vez que las extraviaba, con un cordón de una bota había ingeniado el invento para que sus despistes y las llamadas al cerrajero fuesen mínimas.

Tras girar varios cerrojos la puerta se abrió. Norman recordó algo y entró a la carrera al hall de la vivienda.

—Estás en tu casa, baño a la izquierda y cocina a la derecha— dijo Norman a la vez que se perdía en la penumbra de un largo pasillo de paredes desconchadas—. Dame dos minutos, no quiero que pienses que soy un cerdo.

Helen entró en la vivienda, a primera impresión el olor a humedad no invitaba a pasar. Antes de cerrar la puerta tras de sí, apretó de nuevo el botón del mando a distancia del Toyota, pensaba que no estaba de más comprobar acciones importantes, por lo que cerraba dos o más veces las puertas del coche y de su casa. Entró en el aseo, y abrió el grifo de agua caliente, tenía las manos entumecidas. Repitió la operación de frotarse con jabón líquido en dos ocasiones, sin espuma las acercó a su nariz para intentar bloquear el olor de la casa. Observó los estantes de encima de la taza del váter, los ácaros tenían un ecosistema perfecto entre tanta suciedad para reproducirse.

Norman se acercó a toda velocidad a su invitada, Helen no se percató

hasta que estuvo encima de ella. Al verle tan cerca dio un paso para atrás.

—¿Qué haces? — preguntó Helen, por instinto en posición de defensa.

—Disculpa, no te he visto, te creía en la cocina— dijo Norman con las manos enguantadas.

Helen observó sus manos, ¿y si no quería dejar sus huellas en su cuerpo? Buscó algo con lo que defenderse, no encontró ningún objeto pesado con el que golpearle si avanzaba medio centímetro más. Recordó que tenía la llave del Prius en el bolsillo de la gabardina, metió la mano y dejó la punta metálica asomando entre sus nudillos.

—Perdona que te haya asustado, iba a limpiar un poco esto para que no te diera asco, hace mucho de la última visita— se excusó Norman.

En su mano enguantada no portaba un machete como pensó Helen que habría, en su lugar llevaba una escobilla impregnada en lejía. Helen salió al pasillo y le observó. De dos rápidas pasadas quitó por encima lo más gordo, no tenía tiempo para esmerarse más.

—¿Te importa que fume? — preguntó la doctora.

—Sin problema— dijo Norman, sin parar de presionar el pulsador de un ambientador—. Estás en tu casa.

Helen sacó el paquete de cigarrillos mentolados y extrajo uno que se llevó a la boca. Recordó a su marido, Damien solo había tolerado que fumase desde que Wendy desapareció.

—Lamento haberte hecho esperar, tenía que esconder al muerto que tenía debajo de la cama, y ya sabes que la sangre sale fatal...

A Helen, el humor negro de Norman, le pareció del peor gusto posible, una grosería inadmisibles en la tragedia que estaba soportando. Quería que su niña estuviera viva, pero la verdad es que dudaba de como se la encontraría.

Estaba allí para encontrar a Wendy, la mirada gélida de Helen traspasó a Norman.

—Perdóname— se disculpó con rapidez Norman. Helen recordó cuantas veces le había oído a Stanley aquella maldita palabra—, he sido poco... ni se hacer bromas ni contar chistes, disculpa.

—No te preocupes— contestó Helen con tono neutro.

—¿Quieres un café de verdad? La cocina la tengo más habitable— dijo Norman. Pulsó el interruptor de la luz, el plafón mantuvo durante unos segundos la duda de si se encendía, vació la jarra de cristal—. Ese aguachirri no es para los invitados, espera un momento a ver dónde tengo un paquete que me mandó una amiga colombiana.

Helen contempló a Norman como buscaba en todos los armarios dejando sin cerrar las puertas, observó que a los pies de la lavadora había ropa tirada. Su indiscreta mueca no pasó inadvertida, desde pequeña no podía disimular el desagrado que le producían ciertas cosas. «No soy hostil, soy expresiva».

—Todavía echo de menos a mi madre, perdona el desastre, sigo sin acostumbrarme a vivir sin ella...— dijo Norman avergonzado, ufano apretó la ropa sucia en el interior del tambor de la lavadora.

—Perdona, lamento tu pérdida— se disculpó Helen, su tez se tornó colorada.

—No, no... no ha fallecido, sigue viviendo, cerca de Utah, pero es que me hacía todo, todavía no se cree que lleve tanto tiempo apañándomelas solo— dijo Norman con una sonrisa en la boca.

«A mí tampoco», pensó Helen.

—Supongo que estará orgulloso que su hijo vaya a ser escritor.

—No creo, piensa que tenía que haberme hecho veterinario u odontólogo, según ella ganan más dinero que el presidente, entras en sus consultas y nunca sabes lo que vas a tener que pagar—contestó Norman.

—Por lo que me cuentas tu madre es muy sabia. Aunque si viniera por aquí tendría mucho por hacer...

Ambos rieron.

—No te creas, en un par de horas lo tendría todo finiquitado. Pero prefiero vivir así, cada vez me resulta peor convivir con ella, solo nos reunimos por Acción de Gracias y en Navidad, cree que sabe todo de casi cualquier tema, siempre tiene que opinar...—Norman se dio cuenta que se empezaba a crispar, respiró profundo antes de continuar hablando—. Perdona este rollo, no sé cómo he empezado a hablar de ella, aunque no quiera siempre sale en mis conversaciones.

—No te preocupes, me parece normal— la sonrisa de Helen ocultó su pensamiento, «en buena hora me decanté por medicina y no por psicología»—. Por experiencia te digo que en todas las familias hay alguien de quien hablar.

—En otro momento si quieres te sigo contando las miserias de un hijo único de madre viuda, ahora si me acompañas abajo te enseño lo que te está esperando.

La doctora Myers caminó tras los pasos de Norman, una de las bombillas del largo pasillo daba sus últimos coletazos, su parpadeo constante le resultaba muy molesto, Helen tuvo la tentación de buscar algo donde subirse para desenroscarla, y acabar con su agonía y el intermitente zumbido. El chirrido de la puerta del fondo al abrirse hizo que Helen recordara que no estaba allí para otra cosa que no fuera recoger los enseres de Stanley.

—Es ahí abajo, espera un momento que bajo yo primero— el escritor comenzó a bajar los escalones ante la atenta mirada de Helen—. Desconozco a

que aguililla se le olvidó poner un interruptor al lado de la puerta.

El cuerpo del escritor se perdió en la oscuridad. Helen agudizó el oído, no escuchaba nada aparte del soniquete de la bombilla, arrastró la suela de su calzado hasta el borde del primer peldaño, se asomó en busca de algún movimiento o ruido, del sótano emanaba una corriente de aire frío. El silencio sepulcral le hizo sentir remordimientos. No entendía como había llegado hasta allí. Había acompañado a un perfecto desconocido hasta su guarida porque le había dicho que conoció a Stanley. ¿Y si en realidad era un violador? ¿Y si lo que tenía en el sótano era un cuarto de torturas? La respiración de Helen se aceleraba, sus pies se deslizaron hacia atrás, no era tarde para marcharse, no le había visto echar la llave. El silencio continuaba. ¿Y si la persona que decía llamarse Norman era quien se había llevado a Wendy? Su movimiento se paralizó, estaba aterrorizada. La intermitencia de la luz la estaba poniendo nerviosa, las sombras cambiaban de lugar constantemente. El palpitar de su corazón era cada vez más veloz, el bombeo de la sangre sonaba en sus oídos. Estaba paralizada, pero tenía que hacer algo. Hizo equilibrio sobre uno de sus pies y extrajo el zapato del que tenía elevado, el tacón de su calzado era lo más afilado que tenía a mano. Si se había equivocado al acompañar a Norman lo descubriría pronto, no se planteaba huir. El hombre no era demasiado fornido y no esperaba que ella estuviera alerta.

Helen escuchó un clic. En ese instante las escaleras se iluminaron. La doctora descalzó el otro pie y descendió con cuidado, hasta que no le viera no sabía por dónde podría aparecer. Al bajar tres escalones observó a Norman bajó un plafón de luces led.

—Bienvenida a mi laboratorio fotográfico, a mi verdadera morada, a mi templo— dijo Norman con una sonrisa en la cara y haciendo una reverencia principesca.

Helen relajó sus manos, los zapatos volvieron a su forma después de estar intensamente estrujados. Al bajar por completo la escalera, la escritora se quedó maravillada, en las paredes múltiples fotos de aves alfombraban las paredes. Ante su asombro, no encontró rastro de desorden o suciedad, todo estaba impoluto.

—Aquí estamos, ante tu vista se encuentra el trabajo de media vida— dijo Norman con orgullo—. Viendo tu cara de sorpresa algo me dice que no te esperabas esto, ¿me equivoco?

Helen no sabía que decir, ella esperaba un asesino hostil y había descubierto a un excepcional fotógrafo.

—La verdad es que no te equivocas, no me esperaba nada igual— la boca de Helen estaba abierta ante la belleza que Norman había captado con su objetivo, en las fotografías sobre hermosos paisajes había pájaros retratados que no había visto en su vida, pero le parecieron preciosos.

—Si tu novela es tan buena como tus fotos te auguro un futuro brillante, como tus letras sean tan maravillosas como estas paredes no me importaría ser tu agente literaria.

Norman se sonrojó.

—Eres la segunda persona que me dice lo mismo, la segunda que ve mi trabajo. Bueno... todo no, él no vio lo que he revelado en estos últimos meses...

Los dos se quedaron en silencio. La sonrisa de Helen se difuminó hasta que sus labios se convirtieron en dos líneas finas tangentes a su nariz.

—No quiero causarte dolor, pero...—Norman tragó saliva—¿Te importaría decirme de que falleció Stanley?

Helen Myers cerró los ojos, no quería recordarlo, aunque lo hacía a

diario. No se lo quitaba de encima, su pecho ardía resquebrajado en cada ocasión.

La mañana en la que Stanley murió, Helen recibió varias llamadas suyas. Ante tanta insistencia optó por cogerle el teléfono, notó a su ex marido agitado, estaba eufórico, pensó que debía de haber bebido. Helen dejó de escucharle, posó el teléfono en el colchón sin cortar la comunicación. Se dio una ducha, cuando recogió el móvil Stanley seguía esperando al otro lado de la línea.

—¿Estás ahí? Dime que si, por favor. ¿Has entendido que creo que conozco su paradero? — dijo Stanley—. No pienso dejar de hablar hasta que no me digas que te vienes conmigo.

Helen finalizó la llamada sin contestarle. Estaba cansada de tanta palabrería, él la había perdido y nunca la encontraría. Desconectó el móvil y se encerró en su habitación, no quería saber nada del mundo exterior a su dormitorio.

No supo cuántas horas habían pasado, se había quedado traspuesta. La despertó Damien, había parado. Con un hilo de voz le dio las gracias a su marido, se lavó la cara intentando que la pesada somnolencia, fruto de los calmantes con los que atiborraba, se esfumase. En la mesa encendió el teléfono, nada más hacerlo comenzó a vibrar. El número que aparecía en la pantalla no era el de Stanley, tampoco lo tenía grabado en su interminable agenda telefónica. Algo le incitó a responder. Se disculpó antes de levantarse, para Damien las comidas eran un ritual, pasara lo que pasase la regla de ausentarse era sagrada. No fue capaz de asimilar el mensaje. De vuelta a la mesa permaneció sentada sin tocar la comida, Damien no se alarmó, desde la desaparición de la niña, Helen solía perderse entre sus pensamientos con frecuencia. Cierta responsabilidad de esas ausencias recaía en las medicinas

que Damien le había prescrito. Además de convertirse en su doctor particular, le había relegado de sus funciones en el hospital, para algo estaba al mando. Damien desconocía si volvería a estar lucida para volver a acometer su labor alguna vez.

Helen se levantó de la mesa sin decir palabra. Colocó los cubiertos cruzados sobre el plato con el fin de acercarlos al lavaplatos. Damien se levantó tras ella, se limpió las comisuras de los labios con la servilleta justo en el momento en el que la pieza de porcelana que portaba su mujer se hacía añicos dispersa por el suelo del comedor.

—¿Qué te pasa cariño? —preguntó Damien.

—Ha... ha... muerto —contestó Helen con el rostro desencajado, tan pronto como dejó escapar aquella verdad tan dolorosa se dejó caer en los brazos de su marido.

—¿Ha aparecido la niña? — preguntó Damien agarrando como pudo el peso muerto de Helen.

La vista de la mujer se quedó perdida en el vacío, ausente. Los músculos de su rostro se quedaron flácidos, un hilo de voz se asomó desde su garganta.

—Wendy no... Stanley. Un maldito coche...—la cabeza de Helen se balanceaba de un lado a otro— Stan, se lo ha llevado, estaba en la ciudad— los ojos de Helen se quedaron en blanco—, quería que nos viéramos, el maldito coche...

—Tranquila, intenta calmarte— le susurró Damien, no sabía cómo consolarla. Cuando había tenido que dar a los familiares la mala noticia de que alguno de sus pacientes se había quedado en la mesa de operaciones nunca había sentido nada, y comunicarles su muerte no había sido óbice para continuar pensando en sus cosas.

—Yo no quise hablar con él, no quería saber nada más de los ovnis y sus alucinaciones— logró decir Helen entre balbuceos.

Damien alargó uno de sus brazos hasta que cogió uno de los cojines de terciopelo que poblaban el sofá. Apoyó con cuidado la cabeza de Helen sobre la suave tela, él se incorporó y con rapidez acudió a la mesilla de noche donde su mujer ocultaba sus pastillas. Helen no se enteró de que tomaba varios comprimidos, solo sintió que el agua fría, del vaso que le entregó su esposo, le calmaba. Helen deseó que el líquido tuviera un sabor embriagador y que su efecto no se acabase nunca.

Al día siguiente Helen le dijo a Damien que quería ir sola, no quería que la acompañase. Él no discutió.

El taxista esperó paciente a que Helen bajara, la propina que le había dado equivalía a una buena carrera. La mujer esperó a que no le temblaran las piernas en el asiento trasero.

—¿Desea que espere? — dijo el conductor paquistaní.

Helen no contestó. Levantó la vista hacia el edificio al que iba a entrar, la mole que se alzaba frente a ella era gris, demasiado gris. No se dirigió hacia la puerta principal, rodeó la manzana hasta que encontró un pub irlandés abierto. Al salir del establecimiento había pasado poco más de una hora. Damien la vio salir desde el coche, le ordenó al chofer que no se acercara, la pretendía cuidar desde cierta distancia, no quería que pensara que le estaba vigilando. Por sus andares estaba claro que había vuelto a beber.

Al entrar en el edificio gris, Helen se dirigió al cuarto de baño, vomitó las tres copas que había tomado. Acompañada de un hombre alto de traje negro entró en una sala azulejada de color blanco, de una de las puertas de acero inoxidable su acompañante extrajo lo que quedaba de Stanley. Helen se llevó las manos a la boca como tapón a los gritos de dolor que intentaban

rasgar su garganta. Ladeó la cabeza y le miró con mezcla de ternura y tristeza.

Helen no pudo borrar el rostro de su ex en semanas, el hombre con el que había compartido la parte más importante de su vida había fallecido a escaso media milla de la lujosa casa en la que convivía con Damien. Paralizada esperó a que la cremallera ocultara su rostro, enmudecida vio como a quien le había prometido amor eterno en su casa del árbol era introducido de nuevo en la cámara frigorífica. Al salir de la sala, no se dio cuenta de que Damien se acercaba por detrás y le abrazaba por la espalda.

Damien no acompañó a Helen al entierro por deseo expreso suyo.

—Si te veo allí, te prometo que será la última vez que estemos tan cerca— le amenazó Helen.

Él alegó que tenía varios asuntos que cerrar. Le daba pánico estar sin ella.

Al contrario que a Stanley a Helen le encantaba volar, no le importaba el rumbo. Aquel fue el peor vuelo de su vida, con la mirada perdida rogaba a las azafatas que la dejaran bajar a la bodega para viajar junto al féretro, ninguna le entendió. La sobrecargo le ofreció una pequeña botella de vodka que Helen rechazó, quería sentir el duelo, no iba a volver a beber, estar anestesiada por el alcohol cuando su pequeña había desaparecido no había ayudado en nada. Si se hubiese preocupado por apoyar a Stanley en vez de acumular botellas vacías quizás todo habría sido diferente.

Tras aterrizar, Helen permaneció impasible bajo una de las alas hasta que observó bajar el féretro, sus ojos desconsolados se ocultaban bajo unas enormes gafas de sol. Traslado con rapidez el impoluto traje negro hacia el exterior de la terminal. No tuvo que esperar a que la cinta transportadora de equipajes se pusiera en marcha, viajaba con una carpeta de cartón añil, la misma que transportaba Stanley al ser atropellado. Desde que el agente de

policía se la había entregado apenas la había soltado. Tan solo la había abierto una vez, en su interior recortes de periódicos, fotografías amarillentas de otros desaparecidos, y una carta, todo demasiado doloroso. Al leer los dos primeros renglones del folio manuscrito que Stanley había dejado sin finalizar lo primero que se le pasó por la cabeza fue reunirse con él. Hubo algo que le impidió tomarse todos los comprimidos de la receta que se había expedido a sí misma, creyó que con tomarse la mitad de los somníferos bastaría, poco le importaba volver a despertar. Tal vez fue el miedo, quizás fue no saber si al día siguiente Wendy podría aparecer. Ella quiso pensar que fue Stanley quien le impidió tomar todos los comprimidos, el sueño fue largo, despertó serena. Sabía lo que iba a hacer, desde que Wendy desapareció era la primera vez que se sentía fuerte, y capaz de hacer frente a la realidad. Había soñado con Stanley, como las últimas veces que le había visto su exmarido estaba desaliñado, con el pelo sucio y alborotado. Con dejadez le dijo que no se preocupase por él, que estaba bien, su rostro se tornó en suplica al pedirle que se concentrara en encontrar a su hija: «encuéntrala, tiene que estar en algún sitio, yo ya no puedo encontrarla, perdóname por no haber podido cumplir mi promesa de llevártela a casa, estaré siempre contigo Mimi». Nadie más le llamaría así, solo él lo había hecho. «Eres mi chica, mi mujer, mi amor, mi todo, eres mi... Mimi», fueron las palabras con las que Stanley la había intentado calmar mientras ella estaba dando a luz.

El coche fúnebre fue conducido a una pequeña iglesia, sin hacer paradas. Helen iba sentada al lado del chofer de la funeraria, el conductor no se desabrochó la camisa como acostumbraba, tampoco fumó, no quería que la cliente diera parte a su empresa. Helen miraba hacia atrás, acariciaba la esquina barnizada del ataúd con dulzura. Conocía a la perfección el monótono paisaje, la estrecha carretera por la que circulaba estaba flanqueada por casas bajas, una de ellas era en la que había tejido sueños junto a Stanley, en ese

momento su felicidad le pareció demasiado fútil. Se había marchado de allí ante el silencio de Stanley, no le entendió, si era verdad que la amaba tanto como decía, ¿por qué no había dicho nada? ¿Por qué no la había intentado impedirselo? Era un cobarde, demasiado apático, como siempre. Todo le daba igual, no tenía iniciativa para nada. Stanley no había querido moverse del lugar donde había nacido, no había querido progresar en la vida. Los padres de Stanley seguían viviendo allí, a ella siempre le habían parecido más viejos que lo que indicaban sus partidas de nacimiento, ella no quería eso para ellos. Aunque no se le daba mal, Stanley abandonó pronto los estudios, quería trabajar, quería tener dinero para poder formar un hogar junto a Helen, ella quería acabar la carrera de medicina y volar de aquel nido tan pequeño donde había crecido. Llegó Wendy, todo cambió, los métodos anticonceptivos fallaron, Stanley dijo que era una señal. Mientras Wendy era amamantada, las ganas de Helen de huir de aquel lugar se aplacaron. Al incorporarse a la vida laboral, Helen decidió que ese no era el futuro que quería para su familia, no estaba dispuesta a recetar antigripales y poco más, después de estar preparándose durante tanto tiempo. Quería aprender más, sabía que nunca dejaría de formarse, las mejoras en la medicina eran continuas y no quería quedarse atrás, estaba dispuesta a estudiar durante toda la vida, lo que no concebía era seguir allí durante mucho tiempo. No era el futuro que le quería dar a Wendy. Helen comenzó a viajar, los congresos y master se organizaban a lo largo y ancho de todo el país. En uno de sus desplazamientos conoció a Damien. Él no perdió la oportunidad, nunca lo hacía. Como ponente se veía por encima de los que acudían a escucharle. Helen se lo contó a Stanley

—Me ha ofrecido un puesto en su hospital en Portland.

—¿En Oregón?

—No, en el otro, no estarías tan lejos de tu padre— contestó Helen con una sonrisa en la cara.

—¿Y cómo lo conseguiste? ¿Leyó tu currículum?

—No hizo falta... estuvimos hablando y vio que tengo muchas ganas de aprender— Helen obvió que Damián la había mirado más al escote que a los ojos

Helen intentaba provocar a Stanley, él no iba a dejar de pensar que lo mejor para ellos era quedarse allí, «ten paciencia, se te pasará ese afán tuyo por largarte de aquí, más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

En el funeral, las personas que durante tanto tiempo la habían tratado como a una más de la familia la dejaron abandonada en el banco delantero de la iglesia. Sobre el ataúd una fotografía de Stanley sonriente, con sus brazos elevaba sobre su cabeza el cuerpo de su hija. Helen no sabía quién había elegido esa instantánea, pero la habían eliminado a ella de la imagen con alguna herramienta fotográfica. «Buen trabajo», pensó.

El cementerio estaba descuidado, algunas lápidas presentaban grietas que nadie arreglaría jamás, Helen deseó que la lluvia ahuyentara a los allí congregados, los chismosos esperaron hasta que el cuerpo de Stanley fue introducido en el agujero en el que iba a quedarse hasta el fin de los días. Helen permaneció hierática ante las miradas, que en sus carnes sentía como acusatorias, en el interior de la chaqueta del traje le reconfortaba la carpeta de Stan pegada a su cuerpo. Frente a ella, la pareja actual de Stanley se acariciaba la tripa, contando a Wendy era la tercera niña que había engendrado Stanley. Le volvió a recordar al salir al pasillo de la clínica, después de que le hicieran la primera ecografía, Stan no quería niñas, «tendré que comprar un arma cuando la pequeña comience a tontear con chicos», Helen rio, no creía que fuera en serio. La lluvia comenzó a arreciar a la par que alguna flor iba siendo lanzada sobre la tapa de madera que cubría el cuerpo de Stanley, dos operarios se ayudaban de una gruesa cadena para hacer descender el féretro.

Helen se acercó al agujero, su intención no era montar una escena, pero tenía ganas de dejarse caer y que a ella también la cubrieran con la tierra mojada. La lluvia provocó una estampida de familiares y amigos, ninguno se dirigió a la primera mujer del fallecido. La viuda más joven recibió unas breves despedidas, fue la penúltima persona que abandonó el camposanto. Nadie vio llorar a Helen, sus lágrimas se camuflaron entre la lluvia que empapaba su cuerpo, cuando fue consciente de que sea estaba humedeciendo la carpeta la introdujo bajo el fino jersey de cuello alto en contacto con su piel. Arrancó una flor de una de las coronas, besó los pétalos y los lanzó al vacío en el que se había sumergido lo que quedaba de Stanley. Salió a la carrera por el camino embarrado. Nadie la oyó gritar, «¡Si no me hubiera marchado de esta odiosa tierra, no habrías tomado esa maldita carretera, y Wendy y tú estaríais en casa!». Lo repitió varias veces, el dolor era profundo, agujas se le clavaban en la garganta. Al llegar al coche fúnebre el chofer le tendió una toalla que Helen rehusó, quería marcharse cuanto antes de allí, nada la retenía. «La encontraré, te lo prometo».

Capítulo 6

Nancy se despertó aturdida de la siesta que se había echado, no sabía dónde se encontraba, poco a poco todo comenzó a ocupar su lugar. Notó mojada la almohada, con el dorso de la mano secó el hilillo de saliva que se le había escapado por la comisura de los labios. Desconocía cuanto tiempo había permanecido dormida. La ausencia de luz natural en la planta superior le impedía saber si el sol ya habría dado paso a la luna en el cielo. La niña se incorporó y se calzó las zapatillas de lona, seguía cansada. Le hacía caso a su padre, aunque a la obligación de meterse en la cama tras comer no le veía sentido, no mejoraba. Bajó los escalones dando saltitos, imitando lo que ella imaginaba el movimiento natural de un conejo.

—¿Y padre? —preguntó Nancy a la mujer que cosía en la penumbra.

—Dijo que iba a cortar leña, se avecina un frío invierno— vaticinó Regan sin levantar la vista de la aguja—. Si vas a salir fuera ponte esa chaqueta, no querrás que tu padre se enoje contigo, ya sabes cómo se pone— le recordó a la niña, sin parar de dar una puntada tras otra.

La niña obedeció, la prenda le quedaba grande, al meter el segundo brazo por la manga sintió que sus pequeños huesos se resquebrajaban.

Las nubes estaban teñidas de fucsia, se movían rápidas huyendo de la puesta del sol, a lo lejos vislumbró una parte de un arcoíris. Nancy caminó despacio, intentaba esquivar pequeñas ramas secas esparcidas por una alfombra crujiente de hojas caídas, bajo la protección de las espesas copas de los árboles. Con sigilo se acercó al hombre barbudo, le rodeó hasta situarse a poca distancia tras su ancha espalda. En las manos de Jeremy el filo de una pesada hacha caía con ritmo uniforme sobre grandes trozos de madera que se iban desmigajando a cada golpe en astillas. Nancy se tumbó en el suelo, la

hierba estaba húmeda, si su padre la descubría en esa postura le caería una tremenda reprimenda, y podría pasarse una semana sin poder salir de la cabaña. Se incorporó un poco y gateó buscando la protección de un matorral. Sonrió traviesa, en esa ocasión le iba a pillar con la guardia baja, le iba a dar un susto monumental. Intentó enmudecer la risa que se le escapaba al verse tan cerca de su objetivo. Los músculos del hombre estaban bañados en sudor pese a la baja temperatura, Jeremy alternaba la inclinación tanto a izquierdas como a derechas del filo del hacha para que la herida que producía en la madera fuera lo más profunda posible. Al finalizar con ese tronco, colocó los pedazos en una nueva hilera con una precisión milimétrica, la cantidad de leña cortada era suficiente para pasar más de un invierno. Tomó un nuevo bloque de madera, lo colocó sobre el tronco nudoso que le servía como base a la hora de cortar, alzó el largo mango del hacha por encima de su cabeza. De repente, el hombre giró la posición de sus pies 180 grados, sus manos soltaron el hacha que fue girando hasta impactar el filo contra un roble situado detrás de los matorrales donde se guarecía Nancy.

Jeremy se acercó al matorral, y levantó a la niña asustada con una sola mano hasta subirla sobre sus hombros; con la otra mano, de un tirón, desclavó el hacha del árbol, el mango todavía bailaba tras el impacto.

—¡Te pillé brujita!

—Jo... podrías dejarme ganar alguna vez—protestó Nancy—. ¿Cómo lo haces? Es imposible que me oyeras.

—Esta vez te ha traicionado tu olor, hueles demasiado bien, si te dejara pillarme por sorpresa no aprenderías nada. El día que consigas pescarme por sorpresa me darás las gracias— le explicó Jeremy.

—Padre, sabes que no es justo, soy una niña pequeña.

—Eres pequeña de tamaño, pero grande en todo lo demás— dijo

Jeremy dejando que la niña descendiera por su espalda.

Nancy se separó, enrabiada, de su padre. Dio unas amplias zancadas y sentó sobre uno de los troncos que esperaba su turno a ser reducido a astillas. El ruido de la hoja del hacha se volvió a hacer constante. Nancy cogió unos guijarros en su mano y comenzó a lanzarlos contra el suelo, cuando no le quedaba ninguno los recogía y los volvía a tirar con fuerza. Observó a cierta distancia su distracción favorita: un columpio hecho a mano por su padre, atado con una gruesa soga a una de las ramas más altas de un espigado pino. Nancy miró a su padre que había cesado de cortar leña.

—¿Puedo, padre?

El hombre asintió, la niña se levantó e hizo ademán de correr.

—¡Sin correr! —gritó Jeremy, la niña obedeció—. No queremos que tengas una caída, ¿verdad?

—Una pequeña herida podría ser mortal para ti, juega, pero despacio...
— Nancy imitó la voz de su padre. Estaba aburrida de no poder hacer nada.

Antes de encaramarse en el columpio, Nancy exageró la lentitud de sus pasos. Se sujetó a las cuerdas y se impulsó hacia atrás, poco a poco fue cogiendo impulso con sus pupilas puestas en los nudos, eran fuertes y seguros como las manos del hombre que los había atado, había sido uno de los pocos regalos que recordaba que su padre le había hecho. No entendía como alguien tan corpulento había sido capaz de trepar hasta tan arriba. El balanceo fue suave, como estaba permitido, hasta que comenzó a escuchar de nuevo los golpes del hacha, en ese momento Nancy comenzó a impulsar sus pies con fuerza. Disfrutaba de cada subida y de su posterior bajada, era el único lugar donde se sentía feliz, no se sentía tan frágil en el aire como pisando tierra firme. Sus pies buscaban alcanzar las nubes que vislumbraba entre las copas de los árboles. La niña, vestida con la enorme chaqueta de lana heredada de

una caritativa feligresa, quería volar, sus dientes asomaron a modo de sonrisa entre unos finos y pálidos labios. Asida a las cuerdas soñó con volar como un pájaro a otro lugar, un sitio donde no hiciera falta estar aislada de los demás, donde pudiera jugar con otros niños sin preocuparse de que le pudieran pegar un catarro. Deseó soltar las manos de las cuerdas y salir despedida hacia las algodonosas nubes, bracear entre ellas antes de descender en busca de alguna risa compartida. Quería ir a una escuela, todavía le costaba leer sin silabear, aunque sabía contar hasta cien, no conocía nada más que aquellas cuatro hectáreas valladas, su mundo era reducido y se sentía más prisionera que protegida.

Alcanzó gran altura, sus cabellos bailaban arriba y abajo. La parada fue brusca.

—Padre, perdona... yo... me he emocionado.

El hombre sujetaba el asiento labrado del columpio, no contestó a la niña, que permanecía inmóvil, temerosa de lo que pudiese ocurrir. Nancy levantó el vestido del asiento, bajó su cabeza hacia el suelo y comenzó a caminar despacio hacia la casa. Escuchó como la sogá se rasgaba, no quiso volver la vista atrás. Quiso llorar, se había despistado y el castigo era el peor que se podía haber imaginado, pero sabía que si su padre le veía derramar una lagrima le encolerizaría todavía más.

Jeremy llegó a la altura de Nancy abotonándose la camisa de franela. Los dos permanecieron en silencio hasta que llegaron al porche de acceso a la casa de madera.

—Entiendo que eres una niña, y que quieras jugar— dijo Jeremy—. Pero si tienes un accidente tendríamos que salir a la carrera hacia el hospital, tal vez no llegaríamos a tiempo, ¿lo comprendes?

—¿Y qué tal si viviéramos más cerca del hospital? —la pregunta de la

niña llevaba implícita tintes de reproche, estaba hastiada de escuchar siempre las mismas palabras.

—Nancy... la vida no es tan simple, no tenemos una familia en la que apoyarnos, todo lo que tenemos es lo que nos rodea. Este terreno es lo que me queda de mis padres, si lo vendiese nos darían una limosna... y mis manos están acostumbradas a estas tierras, ¿de dónde íbamos a sacar dinero en una ciudad? Sin contar que tu madre está mejor aquí, ya lo sabes...

La respiración de Nancy se aceleró.

—¡No la llames así! Está loca, esa no es mi madre...

—Ya sé que una madre no se debería comportar como a veces hace ella, pero imagínate si de aquí se ha intentado escapar lo que podría ser capaz de hacer en la ciudad... no quiero pensarlo.

—¿E ir a la escuela? ¿Nunca podré? —preguntó Nancy con el rostro lleno de desesperación, a pesar de su corta edad.

—Cariño déjame ahorrar algo de dinero este año, cuando pueda te llevaré a ver a aquel doctor tan agradable, confío que logre ponerle nombre a tu enfermedad y dar con una medicina que te pueda curar, ¿de acuerdo?

—¿Y cuándo va a ser eso? Cada amanecer en mi vida es igual, si te vas a trabajar me tengo que quedar con ella, las dos encerradas, ¿has pensado que pueda hacerme daño? Cada día está peor, ¡habla sola todo el rato! ¿Quién tiene que cuidar a quién?

—Ten un poquito más de paciencia... y perdóname lo del columpio, soy muy impulsivo. Si la tormenta tarda en caer lo volveré a colocar en su sitio esta misma noche. Yo soy el más interesado en que te cures— Jeremy se sintió taladrado por la mirada ojerosa de la pequeña—, aparte de ti quería decir, pero tienes que comprender que las medicinas no son gratis, ni tus visitas al

hospital, en esta maldita vida todo es dinero...

La niña conocía al dedillo el discurso de su padre. Negó con la cabeza en silencio. Jeremy la miró apesadumbrado.

—Venga, ánimo, ¿cazamos unos conejos? — le preguntó a Nancy intentando hacer algo que le gustara.

—Padre, hoy hemos comido conejo, y ayer...

Un sonido alertó a Jeremy, tapó la boca de Nancy con sus callosos dedos.

—Silencio— el susurro sonó firme.

Capítulo 7

Helen cogió la caja de cartón que le entregó Norman. Al retirarle la cinta de plástico marrón con la que había precintado la tapa, un caudal procedente de sus lagrimales descendió por sus mejillas. Olía a él. El llanto desbocado concluyó al verse observada por Norman, quien no supo cómo reaccionar.

—Creo que voy a dejarte a solas un rato, de paso voy a subir a preparar algo calentito, ¿qué prefieres té o café?

—Si me metes una bolsa de té en leche hirviendo y espolvoreas un poco de canela...

—Dicho y hecho, cuando estés preparada sube— dijo el inquilino de la casa.

—Muchas gracias— contestó Helen.

Helen no le explicó que al pronunciar el agradecimiento no lo hacía por la bebida, necesitaba quedarse sola. Extrajo uno a uno todos los objetos que encontró en la caja, el aroma de Stanley estaba impregnado en casi todo lo que sacó. Hacía mucho tiempo que no le tenía tan cerca como para olerle. Poco a poco había ido perdiendo sus recuerdos, por más que quisiera no iba a poder sentir su tacto. Su imagen la llevaba oculta en su cartera de mano en la que se podía apreciar a la familia Myers antes de la desaparición, los tres sonrientes. Su voz se estaba escapando de su memoria, se maldecía por haber borrado tantos mensajes que él le grababa en el contestador automático, lo que más le dolía era no recordar como sonaba su risa.

Cogió un cuaderno, olía a su tabaco. Pasó las páginas cuadriculadas con anotaciones en todas ellas, de cada hoja se desprendía la fragancia a

Stanley, se dejó embriagar por el olor que acariciaba su pituitaria. El crujir de las tablas de la planta superior la sacó del trance olfativo.

—Señora Myers, lleva mucho tiempo ahí abajo, ¿está bien? —preguntó el escritor con temor— Su té está preparado, ¿quiere que se lo baje?

—No te preocupes Norman, meto todo en la caja y ya subo— Helen dudó en preguntar—¿Me la puedo llevar? — miró hacia el techo esperando que la contestación fuera positiva.

—Por supuesto, aunque no estuvieran casados sus pertenencias son tuyas, él así lo habría querido. Desconozco si usted sabe la estima que le tenía...

Helen había dado la vuelta a la caja esparciendo los objetos sin prestarles atención, al reintegrarlos al lugar donde habían descansado se sorprendió, no sabía qué hacer con lo que su mano sostenía, lo dejó encima de la mesa. Con más cuidado del que había tenido al vaciarla fue introduciendo cuartillas sueltas con palabras inconexas, dibujos extraños— a Stanley nunca se le dio bien el arte—, decenas de fotografías de parajes, en ninguna de ellas se veían personas salvo en una. Se veía a Stanley y a Norman sujetando entre los dos a un pez de enormes proporciones, sonreían empapados. Esa instantánea no la guardó, buscó un hueco libre entre las fotos de aves y la clavó con una chincheta.

—Ahí te quedas, guapo. Hasta aquí te tuviste que venir para encontrar un amigo...—Helen apretó los labios, acarició el rostro de Stanley con la misma dulzura que un día le colocó en el dedo anular la alianza de casados. Los dos anillos estaban unidos en un cordel que no había dejado de colgar de su cuello desde el fallecimiento de Stanley.

Con prisa, guardó un sobre grueso que no le había dado tiempo a abrir, ya lo haría en el motel. No supo qué hacer con el objeto que había dejado

encima de la mesa. Había mentido a Norman, no iba armada, en realidad era la primera vez que veía una pistola tan de cerca. Palpó el cañón, estaba frío. En un acto reflejo lo introdujo en su bolso y cargó con la caja escaleras arriba. El bulto era pesado, también en recuerdos. Alcanzó la cocina y observó a Norman absorto mirando por la ventana.

—¿Has avistado algún pájaro? —preguntó Helen dejando la caja sobre la mesa.

—Ojalá, me estaba fijando en las nubes, mucho me equivocó o viene una tormenta de las buenas— contestó Norman, señalando hacia el cielo a través del cristal.

Helen se sentó frente a una de las dos tazas humeantes. El hombre esperó a que se sentara para acompañarla a la mesa.

—¿Te dejó algo interesante? —preguntó Norman.

—Algunas cosas, muchos recuerdos... pero, ¿no sabes lo que hay? —preguntó Helen.

—Sé que hay un sobre amarillo, dentro guardaba las cartas que te enviaba y el cartero devolvía.

—¿Qué cartas? Nunca recibí ninguna... ¿Cómo iba a devolverlas?

El escritor se encogió de hombros, luego se mordió el labio inferior.

—No me digas que no escribía bien la dirección... Siempre se las llevaba yo a la oficina de correos y... yo era el pagaba el sello correspondiente, y anotaba la dirección en el sobre, él decía que si veías su letra ni siquiera abrías la carta... seguro que me confundí al copiar tu domicilio, cuanto sufrimiento le ocasioné al pobre hombre...

Norman se quedó compungido dando vueltas con la cucharilla su té. Helen no entendía nada. Extrajo el sobre al que había hecho referencia

Norman, y lo rasgó.

—La dirección es correcta, deja de afligirte— «Damien, ¿por qué?».

Helen vació la taza sorbo a sorbo. Vaciló antes de hablar, el silencio de Norman le resultaba incómodo.

—Me resulta raro que te dejase esta caja— dijo Helen sin saber que decir, eran esas palabras o volver a hablar del mal tiempo que se avecinaba.

—No veo la razón de que te parezca extraño— apuntó Norman descargando un par de cucharillas de azúcar en su taza.

—No sé, hay muchas cosas privadas, yo no las hubiera dejado aquí sin saber si iba a volver— replicó Helen.

—Pasábamos mucho tiempo juntos, me acompañaba... y yo a él. No hubiera elegido mejor guardián para sus tesoros, ni yo para los míos— Norman sonrió de medio lado—. Iba a volver, no por sus cosas, por la niña. No sé de donde sacaba el dinero, pero siempre regresaba, unas veces dejaba pasar dos meses, otras tres. A veces venía por un fin de semana, en ocasiones una semana, un par de meses... Decía que su instinto le indicaba que Wendy no debía de estar lejos de aquí.

—¿Y tú crees lo mismo? ¿Crees que la tiene alguien oculta? — inquirió Helen con cansada tristeza.

—La vidente dijo que estaba viva... yo tengo la esperanza de que aparecerá.

«¿Ha dicho la vidente?», pensó Helen. Había ocasiones que pensaba que Stanley había perdido el norte, otra muesca más.

No se había quedado bien, no sabía cuándo su mente había hecho crack: la separación o la desaparición de Wendy... pero reafirmó sus temores cuando Stanley le comentó que había algún iluminado que decía que objetos volantes

no identificados aterrizaban en los campos de maíz de Snakeriver, «¿y si se la han llevado ahí arriba?» Que Stanley se agarrara a esa teoría irritaba por completo a Helen, para ella siempre que sucedía algo malo Stanley tenía preparada una excusa.

—No son excusas, mi cielo. Si se produce un efecto es debido a una causa, ¿no recuerdas las clases de física del señor Kramer?

—Siempre justificándote... ¿no podrías ser más humilde y admitir tu culpa?

...y Stanley acababa hablando de que los términos, culpa e infierno, los habían inventado las religiones para tener atemorizados a sus propios creyentes.

—¿Cuánto dinero le sacó la pitonisa? —preguntó Helen con aire desesperado— ¿Fue esa persona también la que le metió en la cabeza lo de las luces?

Norman se rio a la vez que sorbía el líquido, salpicó el mantel. Helen suspiró, ese hombre era un auténtico desastre.

—Disculpa— dijo Norman limpiándose con una servilleta de papel, «por lo menos no se ha limpiado con la manga de la camisa»— Tu ex hubiera buscado en los confines del universo a lomos del Halcón Milenario si hubiera hecho falta para encontrarla. No entendía como pudo salir del coche, ya sé que tu intentabas que confesase que se había dejado sin poner el seguro de las puertas, pero él no tenía dudas... Yo le creí. Le sigo creyendo.

Helen se levantó con intención de marcharse, por ahí no pasaba.

—Mira Norman, entiendo que os hicierais amigos, él con sus delirios y... tú con tus pájaros, pero yo no puedo más. Creía que sabía porque estaba aquí, pensaba que se lo debía a Stanley, pero esto es una locura, mañana haré

la maleta y regresaré— dijo Helen recordando que Damien había vaticinado una pronta vuelta.

Norman enarcó las cejas y negó un par de veces con la cabeza.

—Antes de que te vayas... creo que si estás aquí es porque en cierta medida le creías. Nunca me mintió, me contó historias inconfesables, demasiado personales como para ser falsas, por eso le creí. Si él dijo que antes de sentarse en el asiento trasero con vuestra hija había cerrado las puertas...

—He estudiado durante cinco largos años medicina y te puedo asegurar que ninguna ciencia puede explicar la existencia de Dios ni como una persona se puede volatilizar en un lugar cerrado, nadie se desvanece ni se desintegra sin dejar un rastro, ¡nadie! Estaría borracho...

Norman llevó las tazas vacías al fregadero, se cruzó de brazos delante de Helen. No iba a dejarla marchar sin decirle lo que opinaba sobre sus palabras.

—La policía fue lo primero que pensó, creo que en esa caja está una copia del control de alcoholemia que le practicaron ese día. Hasta dudaron de que el alcoholímetro funcionara y le sacaron sangre, dio el mismo resultado, cero— Norman tosió antes de proseguir. — Esa noche no bebió según tu ciencia, según él nunca tomaba ni una mísera cerveza cuando estaba con Wendy. También estoy seguro que desde el día que la niña desapareció no dejó de maldecirse, en cierta parte por fallarte a ti, pero también te puedo decir que no dejó de buscarla, no se rindió...— las pupilas de Norman brillaron—. Lo que si te quiero confesar es que fui yo el que le habló de lo de las abducciones.

Helen se llevó las manos encima de la cabeza a la vez que abría la boca y sus ojos buscaban salirse de las cuencas.

—¿Y por qué? ¿Tú eras su amigo? —preguntó Helen entre gimoteos—
¿No veías que estaba mal?

—Todo el mundo podía apreciarlo, por eso intentaba no dejarle solo. Fue un día antes de comer, habíamos estado pateando una zona boscosa, nos sobraba tiempo e insistió en detenerse en el mismo lugar donde había desaparecido la pequeña aquella noche. Buscamos durante más de una hora entre las hileras del maizal próximo, no era la primera ocasión que rebuscábamos, ya lo había hecho la policía, los perros, los vecinos... nada, ni una pequeña pista, pero él nunca se cansaba. Bajamos al Freddy's a comer una hamburguesa. Allí escuchamos a alguien hablar de extrañas luces nocturnas, los parroquianos le invitaban a cerveza con tal de que continuara hablando de diminutos seres verdes que aterrizaban en los campos de maíz con sus platillos volantes.

—¿Y por qué dices que fuiste tú el que le habló de abducciones? —preguntó impasible Helen.

—La señal de la televisión es muy débil en esta zona, veíamos capítulos viejos en mi portátil de series...

—¿La verdad está ahí fuera? —«no me digas más», se adelantó Helen.

—Muy avispada la doctora, en efecto Expediente X es una de mis series favoritas, cosas de bicho raro—contestó el escritor, con orgullo, meneando el mentón arriba y abajo—. No sé si lo sabe, pero Mulder se había hecho agente del FBI para encontrar a su hermana desaparecida cuando era niña...Solo fue un comentario, lo prometo... Él me preguntó si yo creía que pudiera ocurrir...En una de sus siguientes visitas trajo una mochila repleta de revistas de ufología, decía que tenía pesadillas con luces que hacían desaparecer a su hija... y a ti también.

Norman acompañó a Helen hasta su coche, él le llevó la caja en

silencio. Ella no había vuelto a hablar, quería irse, abrió el maletero y el hombre depositó con cuidado el bulto.

—Ha sido un placer conocerte— dijo Norman, levantó su mano derecha buscando estrecharla con la de Helen—, si vuelves por aquí y te apetece volver a hablar conmigo siempre tendrás mi puerta abierta.

—Muchas gracias por todo— dijo Helen antes de cerrar la puerta del Toyota.

El escritor echó una última mirada apesadumbrada hacia Helen y regresó al amparo de su casa. Su madre decía que siempre hablaba de más.

Los ojos de Helen se empañaron. «Gracias por cuidarle». Tecleó la dirección del motel en el navegador, necesitaba descansar, el día había sido demasiado duro.

Al llegar a su habitación lo primero que hizo fue descalzarse, tenía los pies molidos. No sabía dónde colocar los zapatos, si dentro de la maleta o en la papelería del baño. Dejó caer la caja de cartón sobre la cama, la tapa cedió y varios objetos se deslizaron sobre la colcha. Recordó que llevaba un arma alojada en el bolso, se había quedado en el asiento trasero del coche. Corrió descalza por el camino que daba acceso al parking en el que su vehículo era el único aparcado. Miró hacia todos los lados hasta que de regreso a su habitación cerró de un portazo, comprobó que la pistola seguía allí. Abrió el cajón superior de la mesilla de noche, sacó un ejemplar de la Biblia que lo ocupaba, y metió el arma, cerró con rapidez el cajón. Lo pensó mejor, abrió el cajón de nuevo y colocó el libro sobre el arma.

Se sentó sobre el colchón, a su lado la caja, elevó uno de sus pies y comenzó a masajearlo, hizo lo mismo con el otro. Los dedos de Stanley eran más placenteros, conocía sus puntos débiles. Estaba decidida en volver con Damien a la mañana siguiente, pero antes quería saber que decían las cartas,

no se lo pensó dos veces y giró la caja dándole la vuelta. Todas las imágenes y documentos que Norman había custodiado iban a ser vistos por alguien distinto a Stanley, Helen sintió que en cierta medida estaba violando la intimidad del que fue su marido.

No salió de la habitación hasta que la noche cayó. Sobre la moqueta había colocado todos y cada uno de los enseres que habían estado dentro de la caja, exceptuando el sobre amarillo, lo estaba dejando para el final. En su interior, una veintena de cartas dirigidas a la misma destinataria: Helen Myers. Las ordenó por fecha y las dejó diseminadas sobre el colchón, antes de leerlas necesitaba meter algo sólido en su organismo. Se calzó las deportivas con las que pretendía correr seis millas todas las mañanas que estuviese en Snakeriver. Al otro lado de la puerta, el viento soplaba con fuerza una fina lluvia. Abrió la maleta, no se lo podía creer no había metido el chubasquero, recordaba haberlo tenido en la mano, y el paraguas estaba en el maletero. Reparó que la recepción del motel estaba más cerca que el parking, recordó una máquina de snacks en el vestíbulo, justo al lado de una nevera con hielo. Corrió entre los charcos que se habían formado mientras ella había estado leyendo recortes de periódico con párrafos subrayados. Una de sus Asics se zambulló en uno de los charcos, se había empapado el pie por completo. Al llegar al solitario vestíbulo se dirigió a la máquina de comestibles, buscó en sus bolsillos, ni rastro del monedero. Resopló, quería que ese día acabase pronto. Se acercó al mostrador de la recepción, al no ver a ningún empleado apretó el pulsador del timbre.

—Voy, ya voy— dijo una voz femenina.

Con lentitud, de detrás de una cortina, una mujer mayor se acercó a Helen. El color de su vestido negro contrastaba con su cabello blanco recogido en un moño.

—Dígame joven, ¿en qué puedo ayudarla? — preguntó la recepcionista.

—Verá, estoy hospedada en el bungalow número ocho y resulta que tengo un problemilla, me he dejado el dinero en la habitación y me gustaría coger un sándwich y un café sin empaparme entera y coger una pulmonía— Helen elevó su zapatilla mojada a la vista de la mujer—. ¿Cabría la posibilidad de que me entregara algo de dinero y que me lo apuntara a la habitación? —ante la cara de sorpresa de la recepcionista, Helen continuó— Prometo que le dejaré una buena propina.

La mujer del pelo blanco no respondió ante la forzada sonrisa de Helen. La recepcionista corrió la cortina y regresó por donde había aparecido. Helen se quedó boquiabierta, tal vez hubiese intentado abusar un poco, pero se merecía una contestación. Pensó que no le quedaba otra alternativa que volver a la habitación a por su monedero. Antes de ponerse en marcha, Helen contempló a través de un ventanal que la lluvia fina se había convertido con rapidez en un aguacero. No soportaba más tiempo tener el pie encharcado. Se acercó a la pata coja a la entrada del hospedaje, apoyada en la pared se quitó la zapatilla deportiva, vació el líquido en un paragüero.

«Putá vieja, no eres capaz de contestarme y yo te respondo mojándote el suelo, muy digna la venganza de alguien con un cociente intelectual de 130». Tras escurrir el calcetín hasta que dejó de gotear lo guardó en uno de sus bolsillos, metió el pie en el calzado y se agachó para atarse los cordones, solo le faltaba pisárselos y acabar aterrizando en el suelo. Lo que vio al incorporarse le hizo gritar, el pánico se apoderó de ella. La mujer de negro portaba en una de sus manos un cuchillo de grandes dimensiones. Helen se trastabilló al dar un paso hacia atrás, el agua que había eliminado de su calcetín la hizo resbalar, cayó sobre una de sus nalgas, el golpe fue doloroso. Gateó de espaldas hasta que su espalda chocó con una de las paredes, la recepcionista avanzaba despacio hacia ella. Helen colocó sus

manos delante de su rostro en postura de defensa, no sabía cómo levantarse, estaba atenazada por el miedo. Una mano de la mujer de negro se acercó a las de Helen, el cuchillo iba en la otra. Helen cerró los ojos y pensó en Wendy, en la oscuridad la sonrisa de la niña brillaba. La mano de la recepcionista era nervuda y delgada, áspera al tacto como comprobó Helen al verse ayudada para incorporarse.

—Joven, ¿está bien? ¿Qué le ha pasado? Ni que hubiera visto un fantasma, estamos las dos solas, no tiene nada de lo que preocuparse— dijo la mujer.

—¿Y ese cuchillo? — preguntó Helen con la respiración desbocada.

—¿Le he asustado por esto? —la mujer sonrió levantando la punta del cuchillo hacia el techo— No era mi intención, resulta que mi hijo, el dueño de este decadente complejo no me permite fiar dinero, por lo que he decidido prepararle un sándwich de carne asada, y como decía mi abuela cuanto más largo y afilado es el filo del cuchillo más finitas salen las lonchas.

—Si, supongo que su abuela tendría razón— dijo Helen.

—El sándwich se lo he dejado en un plato sobre el mostrador, la voy a dejar sola otra vez, le aviso de antemano porque no quiero volverla a asustar, voy a por mi termo por si quiere compartir un café con una vieja solitaria.

—Muchas gracias, señora.

Helen esperó a que la mujer desapareciera por detrás de la cortina. Se acercó al mostrador, tomó el sándwich entre sus manos, y dio un mordisco. La salsa se derramó entre sus dedos, la lengua de Helen limpió los restos, estaba exquisito.

—¡Voy! —oyó Helen a la mujer— Por caliente que esté el café no quiero que piense que tengo la intención de escaldarla.

Helen saboreó el último pedazo del sándwich. La mujer le entregó una taza, las dos permanecieron contemplando la lluvia.

—Parece que no va a parar de llover— dijo Helen.

—Pues según dicen mañana será peor, un diluvio.

—Pensaba irme cuando despertase, pero si el tiempo está así... no sé, no me gusta conducir con lluvia, en realidad no me gusta conducir, prefiero ir de copiloto y disfrutar del paisaje— dijo Helen.

—¿Cómo va a dejarnos tan pronto? No creo que le moleste ningún otro inquilino, está usted sola en el recinto—la recepcionista dejó caer sus párpados a la vez que el entrecejo se le arrugó—. Supongo que tendremos que cerrar este año, el negocio es insostenible, pero si usted se queda mi hijo podrá pensar durante un día más que no le timaron cuando le traspasaron este tugurio.

—Si mañana me prepara otro sándwich igual y me permite pagárselo me quedará otra noche, tengo algunas cosas pendientes que leer, y me da igual hacerlo aquí que volver a casa.

—Trato hecho, pero el de esta noche invita la casa, me gusta estar acompañada. Mi hijo piensa que este lugar tiene futuro, pero yo le digo que solo viene gente rara por aquí. Se aprovecha de mi insomnio crónico para cubrir sus escapadas con una mujer casada del otro lado del valle, el día que ese hombre aparezca... no sé qué será de él, como tampoco el día que yo falte, acabará dilapidando el poco dinero que le dejó mi marido al fallecer.

—Tal vez con unos arreglos y una buena inversión en publicidad puedan sacar a flote el negocio, el entorno es muy bonito, yo no conocía esta zona y lo poco que he visto me parece un tesoro sin explotar— intentó animar a la mujer

—Ojalá Dios le oiga joven, ya solo faltaría que encontrase una mujer guapa e inteligente, y que estuviera soltera para que me pudiera morir en paz.

Helen levantó la mano con su alianza de oro blanco y diamantes, no quería resultar desagradable, pero cuanto antes le hiciera ver a la mujer que no estaba en el mercado, antes dejaría de haber lugar a un equívoco. Stanley nunca hubiera podido permitirse derrochar el dineral que Damien gastó en un trozo de metal con una piedra preciosa. Stanley no contrató a un violinista, para que tocara en la sala vacía de uno de los mejores restaurantes y con más lista de espera de la ciudad, tampoco hincó la rodilla en el suelo para pedirle matrimonio. Stanley, con miedo a que le respondiera con una negativa le dejó una nota en una servilleta de papel después de que la camarera de todos los viernes les tomara nota. “No te atreverías a casarte conmigo, ¿verdad?”. Al volver se encontró la mesa vacía, Stanley miró alrededor y no la vio. La servilleta en la que había escrito descansaba doblada bajo su plato, sus letras estaban boca abajo. Stanley se derrumbó en la silla, sintió la nada, un horrible vacío, se había marchado. Giró la servilleta y leyó la respuesta, las manos de Helen taparon sus ojos, sus dedos olían a jabón, Stanley se los besó uno a uno.

La mujer de negro soltó una sonora carcajada.

—No se ofenda, pero no pretendía hacer de casamentera. Usted es bella, pero un poco mayor para mi hijo, usted ya no cumple los cuarenta y seis.

—Tengo cuarenta y dos— contestó Helen con pena, no era la primera vez que le echaban más años de los que tenía, era uno de los efectos secundarios de la desaparición de Wendy.

—No quería molestarla— se apuró a decir la mujer.

—No se preocupe, es normal, desde hace un tiempo no me cuida mucho— Helen se encogió de hombros y miró por el ventanal—. Parece que el cielo da un poco de tregua, que tenga una buena noche, duerma tranquila, con la tripa

llena ya no le molestaré hasta el desayuno— dijo Helen.

—¿Dormir? Estoy enganchada a la teletienda nocturna, si quiere otro sándwich a medianoche pulse el cero en el teléfono de la habitación para hablar con recepción, y con gusto se lo acercaré.

Helen regresó con sumo cuidado de no volver a meter uno de sus pies en otro charco. Se descalzó tan pronto como cerró la puerta, colocó las zapatillas sobre el radiador que hacía las veces de toallero y lo enchufó. Se lavó los dientes y se quitó las lentillas, cogió las gafas y se sentó en la moqueta de indefinido color. Comenzó a leer los recortes de periódico que había colocado cronológicamente, cuando terminó miró el reloj de pulsera, llevaba casi tres horas y aún le quedaba por repasar cientos de anotaciones manuscritas en cuartillas, además de noticias impresas de webs conspiranoicas, con éstas no pensaba perder el tiempo. Juntó las palmas de las manos y las llevó hacia el techo, cuantos más años cumplía más años le pedía el cuerpo. Su cuello crujió como si tuviera cristales en las cervicales. Necesitaba un descanso, no estaba en forma ni siquiera para leer. Le dolía la zona lumbar. Se levantó y sacó del bolso su iPhone, no había mensajes, tampoco cobertura. Escuchó algo raro, como si alguien estuviera corriendo fuera con unos enormes zapatos, colocó su ojo en la mirilla, la lluvia había vuelto. Se sentó en la cama, el sobre amarillento no se había movido, no sabía si quería leer aquellas cartas. Estiró el cable que unía la roseta con el teléfono fijo, lo colocó entre sus piernas cruzadas, apoyó el auricular en su hombro y lo sujetó con la cabeza. Uno a uno pulsó los dígitos de uno de los pocos números que su memoria retenía. Al segundo tono su interlocutor contestó.

—Damien Evans al aparato, dígame.

—Soy yo... ¿Qué tal todo? —preguntó Helen, temerosa de una mala contestación.

—Ya era hora de que supiera algo de ti, ¿no crees? ¿Has perdido el móvil o qué? Llevo todo el día intentando hablar contigo.

—Perdóname Damien—se excusó Helen, últimamente había usado más veces de las que hubiese querido el verbo perdonar, algo impronunciable para ella durante mucho tiempo—. No, no lo he perdido, mi vida sería un caos sin mi iPhone, ya lo sabes. Y antes de que me lo preguntes, sí, tengo batería, el problema es que en esta zona del país se olvidaron de poner repetidores para que hubiera cobertura.

—Los mapaches no necesitan redes 4G— Damien se arrepintió al instante de haber sido tan brusco— Perdóname tú, estoy nervioso, ya sabes que no me gusta tenerte lejos.

—Necesito que lo entiendas, no estoy aquí por gusto... creo que... es una locura, ya lo sé, pero... ¿Y si la encuentro?

—Ya lo hemos hablado Helen, podrías estar aquí junto a mí, y mientras mandar a unos investigadores a ver si descubren algo, alguien experto en encontrar a personas desaparecidas.

—Ya lo hiciste, ya pagaste a gente por encontrarla y no sacaron nada. Quien no estuvo por aquí nunca fui yo, y hay algo en mi interior que me dice que voy a ser yo quien la encuentre.

—Seguro que sí, pero déjame ir a echarle una mano, cuatro ojos verán más que dos, ¿sí?

—Damien, estás al frente de un hospital, yo te lo agradezco, pero quédate en casa guardando el fortín. Dame unos días para intentar cerrar este maldito círculo.

—Te echo de menos...— las palabras de Damien sonaron sentidas.

Helen escuchó otro ruido externo, se levantó de la cama de un salto.

—En unos días volveremos a estar juntos, no te preocupes— Helen esperó una respuesta, dos, tres, cinco segundos, nada— ¿Damien? ¿Estás ahí?

No hubo contestación. Colgó el auricular y lo volvió a levantar, el teléfono había dejado de tener señal. Otro ruido la sobresaltó, algo o alguien había rasgado la puerta, Helen imaginó las zarpas de un oso por la intensidad del sonido. Colocó el teléfono sobre la mesilla, abrió el cajón y metió la mano por debajo de la Biblia, cogió la pistola y apuntó hacia la puerta. No tenía ni idea de armas, no sabía si tendría que quitar un seguro, si tendría que tocar algo para hacerlo antes de apretar el gatillo.

Helen pensó en las últimas palabras pronunciadas por Damien, «te echo de menos»”. No tenía fuerzas para hacerle reproches. Damien no la había echado de menos cuando le encontró en el cuarto de baño acompañado de una mujer arrodillada. Conocía la respuesta que él le daba siempre que salía el tema: «estás exagerando, no sé lo que creíste ver, nunca me quieres oír, ¿cómo iba a estar con otra mujer si en la habitación de al lado estaba mi amada esposa?», nunca lo admitiría. Ella lo había visto, nadie se lo había contado, no entendía que quería hacerla creer, en su defensa Damien había argüido que Helen había bebido esa noche más de la cuenta. Helen no reconocería que no estaba sobria, sabía lo que había visto, la joven escuálida de labios carnosos estaba arrodillada delante del hombre que le había sacado de su aburrida vida al lado de Stanley. Los efectos del alcohol desaparecieron al instante, justo un momento antes de que ella saliera a la carrera de la suite del hotel donde se celebraba una concurrida fiesta. Al día siguiente muchos de los doctores, que disfrutaban de la fiesta organizada por un visitador de una de las más grandes compañías farmacéuticas a nivel mundial, operarían con resaca. En el rostro de Helen el rímel teñía sus mejillas. Damien consiguió alcanzarla mientras ella esperaba al ascensor.

—¿Dónde crees que vas? — le preguntó visiblemente enojado, la cogió

con fuerza del brazo. El moratón duró en su máximo esplendor cuatro días, pasado ese tiempo fue pasando por el verde y el amarillo hasta desaparecer de su piel.

—A casa...

—Estás muy borracha, espera que llame a Henry para que nos recoja— sugirió Damien acariciando la zona donde se había excedido agarrándola.

—Mi casa no está en la misma dirección que la tuya, desde esta noche ya no, tenía mis sospechas— unas tremendas ojeras aparecieron súbitamente bajo los tristes ojos de Helen.

—No digas tonterías, nena. Creo que hoy nos hemos pasado los dos de la raya— Damien intentó bromear llevándose el dedo índice a una de las aletas de la nariz con gesto de esnifar— Henry, en cinco minutos...

La mano de Helen hizo volar el móvil de Damien, al abrirse las puertas del ascensor el teléfono cayó al vacío introduciéndose por la minúscula rendija entre el suelo de la planta dieciséis y el habitáculo del ascensor. Si Helen hubiera intentado lanzar por ese hueco el teléfono de nuevo, hubiera sido improbable que el porcentaje de esa acción alcanzase el uno por ciento. Los dos traspasaron las puertas antes de que se volvieran a cerrar. Helen pulsó en repetidas ocasiones el botón de la planta baja.

—¡No quiero ver a tu estúpido chofer! No quiero nada que tenga que ver contigo, ¿eres capaz de entenderlo? —el incendio de Helen no se apagaba.

—Pero amor, ¿qué crees que has visto? — preguntó Damien entrando al ascensor después de Helen—. Estás muy alterada, si no quieres volver a ver a Henry no pasa nada, mañana lo pondré de patitas en la calle.

Damien dio dos pasos hacia Helen, Helen dio tres hasta que su espalda se topó con la cristalera del ascensor.

—Nada, no he visto nada, estoy tan borracha que me imagino a mi marido con una tipeja de rodillas a punto de bajarle la bragueta.

Damien sonrió, le gustaba hacerlo para mostrar las carillas recién estrenadas. También le encantaba notar celosa a Helen.

—Pero cariño, ¿qué estás diciendo? De verdad, pero que imaginación tienes. Como puedes pensar que te voy a ser infiel, si estabas al lado, sería muy irrespetuoso por mi parte, no quiero que sufras, bastante lo has hecho ya — dijo mientras se acercaba poco a poco a su mujer.

Al salir al hall del hotel la rodeó por encima de sus hombros, Helen le miró de soslayo y caminó rápido hasta llegar a la calle. El portero, un hombre negro de casi dos metros de altura vestía un uniforme de color marfil con una gorra de plato a juego.

—¿Les puedo ayudar en algo? — preguntó el portero con amabilidad.

—Si, por favor un taxi— le pidió Helen.

—No se preocupe joven— se apresuró Damien a cancelar la petición de su esposa, le entregó al portero un billete doblado de cincuenta dólares—. Caminemos, hace una noche buenísima, ¿verdad, querida?

Helen se dejó llevar agarrada por la mano de su marido. Tras separarse de los escalones de mármol de la monumental entrada, Damien la soltó.

—No quiero más numeritos de este tipo, nos jugamos mucho dinero para que te pongas celosa por esta estupidez. Hemos pasado una mala época, y pensaba que llevándote a saraos de este tipo volvería a verte sonreír, ¿cómo eres capaz de pensar que te iba a engañar? Lo que llevo sufriendo a tu lado por lo de la niña... ¿crees que habría sido capaz de aguantar este infierno junto a ti si yo no quisiera pasar el resto de mis días a tu lado? ¿De verdad que se te ha pasado por la cabeza? ¿Sabes lo que realmente me ha pasado? Me

estaba cagando, y de repente ha aparecido esa chica y me ha dicho que se iba a meter una raya, que si le dejaba un puto hueco en la taza del váter... y luego has aparecido tú.

Helen le miró de reojo, no sabía si quería creerle. Caminaron en silencio hasta llegar al ayuntamiento, la fuente estaba encendida, los dos contemplaron los chorros iluminados subir y bajar, Helen giró su cabeza hacia Damien.

—¿De verdad que fue tan ridículo? — preguntó ella.

—Así de patético soy, la coca me suelta las tripas— contestó él sin mirarla.

Helen no quería estar sola, no sabía estarlo. Dio dos pequeños pasos laterales y colocó su cabeza sobre el pecho de su marido. Las luces no tardaron en apagarse, el mecanismo que impulsaba el agua de la fuente se desconectó a la par.

—Es tarde, ¿te importaría llamar a Henry? Creo que mi móvil ha decidido pasar a mejor vida.

Helen no sabía si había hecho bien haciéndole caso. Si hubiese llamado a su ex, fuera la hora que fuese, con seguridad Stanley hubiera ido a buscarla hasta el fin del mundo, y si lo hubiera hecho no estaría muerto.

Los brazos de Helen comenzaron a temblar, la pistola no pesaba demasiado, pero mantenerla levantada durante tanto tiempo le estaba costando más de lo que hubiera creído. El ruido exterior no se repitió. No pasó nada, se acercó al teléfono, lo descolgó, había vuelto la línea. Estuvo tentada de llamar a la recepción para preguntar a la mujer si había ocurrido algo anómalo que explicase esos extraños sonidos que le habían asustado. No lo hizo para que no pensara que la única persona hospedada en su alojamiento no estaba cuerda, con la escena del cuchillo bastaba por aquella noche. No guardó el

arma. Miró el sobre amarillo, estaba cansada, esa noche no lo iba a abrir, no quería soportar dolores nuevos para los que no sabía si estaba preparada. Apagó la luz, cerró los ojos. Giró su cuerpo de un límite a otro del colchón, no era su cama, del colchón sobresalían puntiagudos muelles, además la almohada era demasiado baja, ella estaba acostumbrada a dormir con la cabeza más alta. Se levantó, el problema de su insomnio podía radicar en que no existía una oscuridad absoluta en la habitación, observó cierta penumbra al lado del ventanal. Se acercó, un ligero rumor de la luz de neón que anunciaba el motel hendía por una rendija, estiró la cortina y volvió a la cama. Más vueltas. Recordó el café con el que había acompañado el sándwich, debía de estar muy cargado, exasperada renunció a la posición horizontal. Encendió la lámpara que había sobre la mesilla. Miró el sobre de nuevo, no supo estimar cuantas cartas devueltas habría, por el grosor más de una decena. Recordó algo que llevaba en la maleta, palabras viejas que de tanto leerlas ya no dolían tanto como las primeras veces.

Sacó la carpeta añil, retiró la goma que atrapaba a las solapas. Gotas de sangre seca moteaban el interior del cartón. Los pasos de Stanley encaminados a su casa, debió pensar que si le devolvía las cartas y que si no le cogía el teléfono, la única forma de decirle algo importante sería cara a cara. La conductora que se lo llevó por delante dijo que se le vino encima, que no le dio tiempo a pisar el pedal del freno. Helen no la creyó. Dejó pasar el tiempo, ideas retorcidas se le venían a la cabeza. «¿Y si...? No, no puede ser». Para dirimir tanta diatriba decidió contratar a un detective privado.

—Quisiera volver a sentirme bien, este es el nombre de la persona que quiero que encuentre— Helen le entregó un papel al investigador—, necesito saber todo sobre ella, sobre todo si tiene familia en Snakeriver o por los alrededores.

El hombre aceptó el trabajo, al cheque que Helen le entregó no se le

podía decir que no y mucho menos viendo lo flojo que estaba el negocio. No tardó en localizarla, tras una semana de seguirla el detective le entregó a Helen un extenso dossier, nada interesante. Pero la sospecha de Helen no se esfumaba, era firme, «¿Y si Stan estaba tan cerca de Wendy que decidieron acabar con él? Si, si puede ser».

Desde el accidente, la señora Willis conducía exagerando todas las precauciones posibles, no le importaba escuchar reiterados bocinazos a su espalda. No vio al hombre que la esperaba. Tras aparcar en la acera frente a la pequeña casa baja que compartía con cuatro gatos, un encapuchado salió de una furgoneta negra en la que nadie se fijó. La señora Willis olió algo raro, luego todo se oscureció más que la noche. El encapuchado la arrastró al interior de la furgoneta, la ató de pies y manos, y la dejó tumbada sobre una manta en la parte trasera del vehículo. Era la primera vez que el hombre realizaba un trabajo como aquel, pero con el dinero que Helen le había abonado él había conseguido cancelar la deuda pendiente con su casero. Condujo, nervioso, hasta el descampado donde había quedado con la pagadora. Sobre sus cabezas el puente que cruzaba el río, en la otra orilla se apiñaban soñadores sin casa en torno a hogueras.

El encapuchado la abofeteó, una, dos, diez veces, el discurso de la señora Willis no cambiaba, lloraba desconsolada creyendo que no iba a salir de la furgoneta con vida.

—Dígame lo que quiere que le diga, pero por favor no me golpee más.

—Vuelva a repetirme que sucedió— dijo el encapuchado.

—Ya le he dicho que... iba hablando por teléfono, el bluetooth no me engancha casi nunca, es verdad que llevaba el volante con una sola mano, pero de verdad que se abalanzó sobre el capó sin sentido alguno... se bajó de la acera, y me lo llevé por delante...

El hombre tampoco sacó nada nuevo con la siguiente pregunta, nada de lo que Helen esperaba oír. La señora Willis no conocía a la niña de la fotografía, ni lo que había podido ocurrirle.

El encapuchado volvió a preguntar, ni él ni Helen dudaron de las palabras de la señora Willis entre alaridos de dolor. El diagnóstico de la doctora Helen Myers al escuchar el crujido se vio refrendado dos horas después con una radiografía: rotura de cubito y radio.

—¿Está bien así? —preguntó el hombre detrás de la capucha.

Helen asintió. Deslizó la puerta corredera con rabia y se metió en su coche. El encapuchado abandonó a la señora Willis en la puerta del hospital. Helen condujo tarareando el tema principal de Vaiana, la canción favorita de Wendy. No tenía cargo de conciencia, un brazo roto dolía, pero en la balanza del dolor pesaba menos que la vida segada de Stanley.

Capítulo 8

—Come— ordenó Jeremy.

La niña miró a la mujer, ninguna de las dos movió un músculo. Jeremy cerró su mano y la levantó por encima de su cabeza. El golpeo sobre la mesa era inminente, los platos volverían a brincar.

—Padre... no le gusta, ella se lo pierde, más para nosotros— dijo Nancy.

—Necesita alimentarse como tú y como yo, si no lo hace su enfermedad se agravará, y no queremos eso, ¿verdad?

—Yo no estoy enferma, lo sabes bien— gruñó Regan.

El puño de Jeremy aterrizó con estrepito resonando en la estancia.

—Puedes retirarte a la habitación. Si lo reconsideras baja antes de que haya recogido la mesa, ya conoces las normas— dijo Jeremy sin mirarla.

Regan se levantó sin probar un bocado. Miró a padre e hija, los dos se quedaban sentados. Temía lo que podría ocurrir si no agachaba la cabeza, si él pensaba que no había domesticado su altivez, su barbilla bajó como si su cuello no poseyera músculos que la pudiera sujetar.

—Es una delicia, ¿verdad? — preguntó Jeremy a su hija.

—Es una delicatesen como tú dices. ¿Puedo echarle un poquito más de sal? — solicitó Nancy.

—Un poco solo, sabes que no te conviene.

—Gracias padre. ¿Cómo sabías que estaba allí? A ver cuando me enseñas a cazar como tú— dijo Nancy.

—Ya te lo he dicho en muchas ocasiones, el olor delata a muchos

animales...

—Padre, las serpientes no huelen a nada.

—Me gusta que estés parlanchina y no me dejes explicarte las cosas, eso significa que te estás recuperando— continuó Jeremy—. Pero te iba a decir que para cazar tenemos que desarrollar todos los sentidos, no solo la vista, y nuestra cena de hoy cometió el error de ser algo ruidosa.

—Está deliciosa padre— dijo Nancy con el plato vacío—, ¿podría comerme su ración? No creo que baje.

—Está bien— contestó Jeremy.

Nancy se lanzó hacia el único plato con comida, temerosa de que su padre cambiase de opinión en el último momento, con ansia acabó con los restos de la carne de serpiente sin usar el tenedor. Antes de pedir permiso para levantarse, relamió los restos de las comisuras de sus labios. Se lavó los dientes y las manos. Jeremy la acompañó a la planta superior iluminando el camino con una linterna. Nancy se quitó la ropa, con cuidado la dobló y la dejó sobre el arca a los pies del colchón. Jeremy le puso el camisón y la besó en la frente. La niña se tendió al lado de Regan, que estaba acurrucada e inmóvil, Nancy sabía que no dormía.

—Te dejo la linterna aquí, por si te despiertas antes de que haya subido yo— dijo Jeremy.

El hombre tiró de la manta destapando a Regan, no protestó, permaneció surta hecha un ovillo, en silencio.

—A soñar con cosas bonitas— le dijo a Nancy antes de descender a la planta inferior.

Las dos le escucharon recoger los restos de la cena, oyeron zambullirse los platos en el barreño de agua fría procedente del arroyo que atravesaba el

terreno en el que se asentaba su cabaña. Jeremy sopló cada una de las velas que había encendido, la negrura se hizo total. Le oyeron arrimar la puerta de la entrada sin cerrarla del todo, no había noche que no se sentara en una de las mecedoras a olfatear que todo estuviera tranquilo.

—Estás despierta, lo sé— dijo Nancy entre susurros— Le tienes que hacer caso, te estás quedando en los huesos. ¿Qué quieres, que te lleve al hospital?

—Nunca me iré de aquí— le contestó Regan con una mirada siniestra que Nancy no pudo ver—. Si lo hago no será para ir a un hospital.

Jeremy sacó un papelillo de liar, y colocó unos pellizcos de su cosecha de tabaco. Contempló la noche nublada, disfrutó del aroma a tierra mojada que el viento le acercaba. Se incorporó, encendió el cigarro y cerró con llave la puerta, no quería volver a ir en busca de Regan en medio de la oscuridad. Se acercó hasta el pino del que colgaba el columpio y lo recompuso, había veces que no podía contenerse, le dolía que su hija fuera víctima de su mal humor. Todo iba a peor, la niña... y Regan no mejoraba, no sabía qué hacer con ella, recordaba lo mal que lo pasó hasta que la encontró, no la quería volver a perder por un descuido. Jeremy echaba la culpa de su huida a aquellas luces, Regan sin duda las había visto. Desde esa noche la mujer había dejado de comportarse con normalidad por lo que había optado por echar el cerrojo siempre que se ausentaba. Le daba miedo que se perdiera y no supiera volver, o peor, que algún animal, ya fuera de dos o cuatro patas la pudiera infligir daño. Aunque nadie en su sano juicio se atrevería a adentrarse en su propiedad. Regan había tenido mucha suerte de sortear los múltiples cepos esparcidos por el suelo, cada día Jeremy los repasaba en busca de comida y los cambiaba de lugar.

Capítulo 9

Hola Helen.

Soy Stanley, te lo digo por si no recuerdas mi letra. He intentado hablar contigo en varias ocasiones, mi mala suerte continúa, nunca he encontrado el momento en el que no estuvieras ocupada. Eso es lo que me dice el hombre con el que vives, no me sorprende, supongo que la forma que tiene de cuidarte es que no me acerque a ti. Antes de sacar el bolígrafo y ponerme a emborronar este papel lo he vuelto a intentar, supongo que he llamado en un mal momento porque la segunda vez que he marcado tu número en la cabina he escuchado la típica locución de que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura.

Insisto ahora con este medio, ya sabes que soy muy tradicional, todavía no tengo cuenta de correo electrónico, y aunque creara ahora mismo una no tengo tu dirección. Supongo que si llamase al hospital podría obtenerla con un ardid, pero no quiero molestar a nadie. Tengo algo importante que contarte, en serio Helen, ya sé que me dirás que las otras veces que te llamaba también lo eran. Ante tanto error he conseguido descubrir que esta vez creo no equivocarme. Te prometí que la encontraría y tengo el convencimiento de saber quién la tiene. Me encantaría que me acompañaras. Supongo que, aunque esté en lo cierto, tú no me creerás.

Ya sé que me dijiste que no volviera a aparecer por vuestra casa, Damien me mira como si estuviera loco, no es un mal tío, pero me hace sentir incómodo. Espero que en esta ocasión no vuelva a llamar a la policía diciendo que había un enajenado molestándoos.

Te quiero confesar que sí, que sí que estoy loco. Lo llevo estando desde los doce años, desde el día que el destino nos unió en la clase de la

señorita Lakeshore. Fue un sueño cuando te sonrojaste al leer la nota que te pasé a la que le faltaban letras, pero no fue un sueño, ocurrió de verdad. Desde ese día he procurado hacerte feliz, te dejé marchar creyendo que si tu camino profesional nos separaba nos volveríamos a reencontrar más pronto que tarde.

Primero te perdí a ti, luego a Wendy. Tanto dolor no se puede curar, lo sé. Pero tengo la certeza de que voy a recuperar a Wendy, por ella, por ti, por nosotros. Espero tener razón, me he esforzado mucho, aunque no se noten los resultados, creo que esta vez no me confundo, por eso he venido a buscarte. Si mi hipótesis no es veraz esta será mi última comunicación, no es una amenaza, no haré nada malo, os dejaré ir, intentaré vivir, pero sé que si no lo intento esta vez no podría mirarme al espejo.

Te aseguré que la encontraría, nunca he perdido la fe. Al noventa y nueve por ciento de seguridad creo que sé dónde está. Ya sabes lo mucho que odio las armas, si no pensara que la he localizado no me hubiera comprado una pistola, no te alarmes, no la llevo encima, está guardada en un lugar seguro. Sabes el respeto que me dan, pero si la tengo que usar para traer a nuestra niña a casa no dudaré en hacerlo. No la portaré hasta el día que se la quite a ese malnacido, sé quién es, he estado muchas veces a su lado, y hasta he creído que era una persona amable y buena. Como tú decías la vida está llena de casualidades, todo fue una coincidencia como todas las cosas buenas que me han pasado en la vida; lo fue repetir aquel curso para coincidir contigo en la misma clase. Como aquel billete arrugado con el que compré la alianza de plata con la que te juré amor eterno. Si, ya sé que espero una segunda hija de Natalie, lo sé... y que las ñoñerías las debería emplear con ella.

Hace unas noches no podía dormir, mi sospechoso afilaba su sonrisa cada vez que cerraba los ojos. Estaba en SnakeRiver, y allí lo único que

encuentras abierto después de las diez de la noche es la oficina del sheriff, él no estaba, las noches siempre se las comen sus dos ayudantes. Uno de ellos, se llama Chuck aunque le llaman Ginger a sus espaldas, lo primero que hizo al verme fue preguntarme si había bebido. Le dije que no, y no me creyó, no entendía que quería hablar un poco, que me sentía solo. Me invitó a dormir en el calabozo, no acepté por más que me quisiera cogerme por la muñeca para meterme dentro de la celda, solo era un hombre en busca de una buena charla, él estaba viendo un clásico de la Hammer y mi interrupción no le agradó. Le quería explicar mi teoría a alguien, Chuck no razonaba, no me dejaba explicarme. Me empujó y me tiró al suelo, le dejé que me engrilletara las manos a la espalda y me lanzó al interior de la jaula. No pudo escuchar nada de su película, el pobrecillo desde ese día creo que irá a la oficina con auriculares. No dejé de hablar y de explicarle mi hipótesis. Chuck, se aburrió de mí, temía que me al final me agrediera, pero me abrió la puerta de la celda y de la oficina y me solicitó, no muy cortésmente, que no volviera por allí en referencia a la oficina y en general a la localidad. Antes de que me cerrara la puerta me gritó que no se me ocurriera acercarme a mi sospechoso, que bastantes problemas tenían ya. No soy muy rebelde, pero ya sabes que cuando me dicen a algo que no... pues me gusta llevar la contraria. Llegué a pensar que Craig tenía algo que ver y me asomé a la ventana de la oficina para observar si el ayudante cogía su teléfono y daba la voz de alarma... pero no, apareció con un bol de palomitas, se descalzó y continuó viendo la película que le había interrumpido.

Esa misma noche me armé de valor, protegido por la oscuridad que me granjeó la luna nueva. Dejé el coche aparcado en la cuneta de la carretera y recorrí un camino de tierra durante unos quince minutos, escuchaba a cientos de bichos amenazantes, pensé en volverme y en regresar

por la mañana, pero no me eché atrás, quería sorprenderles. Trepé, con penosa destreza, despacio, pero conseguí encararme a lo alto de la valla de su propiedad y salté. Al aterrizar casi caigo en una enorme trampa, esa persona debe pensar en cazar osos... o humanos. No había recorrido cinco pasos cuando me encontré otro cepo, esta vez era más pequeño. Saqué una pequeña linterna y la encendí, si me sorprendían prefería tener las dos piernas sanas para poder correr todo lo que pudiera, cuando llegase a la casa la pensaba apagar. Los ruidos de la noche que me habían acompañado cesaron, pero el silencio fue breve, escuché una voz femenina gritar, pensé es nuestra niña y me dirigí hacia aquella voz sorteando trampas y pequeños arbustos lo más veloz que me permitieron mis piernas. No, no era Wendy, la voz procedía de una mujer medio desnuda que avanzaba a gatas con heridas en pies y manos. Quise ayudarla, pero me quedé de piedra, una enorme figura masculina la perseguía, pulsé el botón para apagar la luz de la linterna, pero no me obedeció, es lo que tiene comprar cosas baratas. Tan rápido como pude golpeé la linterna una sola vez contra una piedra, la bombilla se hizo añicos. En la penumbra observé como el hombre la jalaba por el cabello y la arrastraba. Su voz, sus palabras... no hicieron otra cosa que confirmar lo que yo pensaba: «Espero que hayas comprendido que no puedes escapar, siempre te alcanzaré, eres mía y siempre lo serás». La siguió arrastrando, ella chillaba. No me digas el por qué, pero les seguí gateando por el suelo, el hombre echó la vista atrás, creo que le vi olfatear, no me volví a mover. «Tienes que cuidar de la niña, solo te pido eso», no le hizo falta gritar, su voz gutural me dejó helado, era más grave que de costumbre. «No es mi hija, no es mi hija...», repetía sin cesar la mujer hasta que la noche se volvió a quedar en silencio. Me quedé allí quieto hasta que el amanecer me iluminó el camino por donde podía regresar sano y salvo.

Pensarás que solo con eso no entiendes como puedo estar tan seguro,

la mujer hablaba de una hija que no era suya. Tal vez me comprendas mejor si te digo como llegué allí. Suelo acudir a la misma cafetería, los dueños son agradables y sirven la mejor comida de los alrededores. El Freddy's es el típico lugar donde hacen su parada los camioneros que atraviesan la zona, su aparcamiento siempre está lleno como los sitios donde se come bien. Allí se reúnen conductores que eluden la autopista, tal vez no tengan claustrofobia, como yo... tal vez quieran comer bien a un módico precio y disfrutar del paisaje. El caso es que allí con un desayuno de la casa no te hace falta ingerir comida alguna durante el resto del día, para mi economía es algo importante. No tenía nada en mente que hacer ese día, y el dueño del local, una buena persona, me desafió a que me acabara el desayuno especial de la casa, eso no es un desayuno, es una monstruosidad. Supongo que lo hizo para animarme, miré la pared de los héroes, solo unos pocos han completado el reto de meterse entre pecho y espalda esa barbaridad de comida grasienta. Poco a poco, masticando despacio acabé con cada uno de los platos que me fue sirviendo la camarera. Cuando me quedaba menos de la mitad para que mi fotografía quedara anclada en la pared lo escuché. No era la primera vez que la oía, pero fue la primera vez que me fijé en su rostro, creo que estuvo a mi lado peinando la zona al principio de la desaparición de nuestro tesoro... Es un tipo fornido, su espalda es dos veces la mía, le miré y vi algo en su mirada, algo raro, tenía una especie de fulgor en sus pupilas, algo maligno. Pero no fue lo que dijo, fue lo que ocurrió a continuación: la camarera, es una mujer encantadora, siempre está pendiente de su clientela y conoce a la perfección de que pie cojea cada uno de los que acude a su negocio. La vi entregarle una bolsa de la que asomaba ropa de niña, mi perspicacia machista me dijo que era eso por la predominancia del color rosa en las prendas que asomaban. También le entregó una enorme muñeca con trenzas de lana a modo de cabello.

Abandoné el reto, podría habérmelo acabado, ya me conoces, pero me quise acercar a ese hombre. Se sentó en la esquina de la barra y tras devorar un enorme filete, pidió una porción de tarta de tres chocolates... para su hija. ¿Lo entiendes? Si, otra casualidad, a mucha gente le gusta esa tarta, pero tu hija se pirra por ella.

Salió del local, no se dio cuenta que yo lo hice detrás de él. Se subió en una camioneta con el capó pintado en otro color que la carrocería. Le seguí entre arcadas, no por lo que había comido, sino por la ansiedad de creerme estar tan cerca. A cierta distancia le perseguí, la niebla me protegía de ser descubierto. Yo conducía sin apenas ver las rayas blancas de la carretera, en un momento dado, sin poner intermitentes, se desvió. No me lo podía creer, apenas había una milla entre el camino que cogió y... donde la perdí. No sé cómo hizo para sacarla del coche, pero sé que él se la llevó, y que la voy a recuperar.

Tú eres su madre, nació de ti, pero no puedes entender cómo me siento yo, yo fui el que se quedó dormido, solo yo. Está allí, lo sé. Quiero ver su cara, agarrar su mano y llevarla con su mamá. Lo demás es secundario.

Era tan obvio, y no me di cuenta... Nunca hablaba con nadie, susurraba, ocultaba su tono... cuando no lo hizo... su voz no era de este mundo.

Si el destino de mi vida es acabar mis días con Natalie lo haré. Gracias a ella he dejado de ser un borracho solitario. Cuando te marchaste ella apareció, quizás demasiado pronto, pero me sacó del pozo, me recuperó como persona, por ello le debo mucho... por más que no deje de pronunciar tu nombre en silencio. Aunque cada vez me entiendo menos, ahora que estás con... él, ahora estoy menos celoso que cuando te marchabas los fines de semana a tus congresos médicos, supongo que ya tengo asumido que no vas

a volver. Si te hubiera expuesto mis celos y no ir dádomela de hombre del siglo XXI tal vez seguiríamos juntos...

Dejo por ahora esta especie de carta, no sé si alguna vez la leerás. Intentaré volver a llamarte camino a tu casa. Si no consigo hablar contigo terminaré estas líneas anotándote las coordenadas de la propiedad de ese malnacido, tal vez nos tengas que ir a rescatar a los dos, ya sabes lo pusilánime que puedo llegar a ser.

Esta vez a mi escaso valor le acompaña el dolor de vuestra ausencia.

Capítulo 10

Las gotas repiqueteaban en el cristal de la ventana. Helen entreabrió los ojos, se aferró a la almohada y giró sobre la cama buscando un cuerpo caliente que detuviera su rodar. Al notar el frío de la sábana vacía, cerró los ojos y pensó en qué pasaría si la oscuridad no fuera finita. Acarició el ribete del colchón, y poco a poco se incorporó, sentía llevar una carga colosal sobre su espalda. Con los pies descalzos alcanzó la taza del váter, sentada abrió el grifo de la ducha, no esperó a que el agua se templara. Se lavó el pelo con el champú gentileza del hospedaje, pensó en que le saldría caspa, siempre le ocurría cuando dejaba de usar su marca. Tendría que comprar alguna cosa más, había decidido quedarse, hasta que consiguió dormirse no había parado de darle vueltas, dos o tres días, no podía irse sin intentarlo. Tal vez el sospechoso de Stanley fuera otro palo de ciego, pero no le quedaba otra cosa que confiar en que no andaba lejos, no perdería nada. Si lo lograba localizar, llamaría a la policía para que le interrogara. La maleta la había hecho en menos de cinco minutos impulsivos, además de su champú necesitaba hacerse con una caja de tampones, un reguero de sangre se deslizó por el interior de uno de sus muslos. Deseaba que la menopausia apareciera, no pensaba volver a quedarse embarazada, Damien no sabía que estaba tomando la píldora como método anticonceptivo, su marido todavía tenía la ilusión de tener un descendiente.

Helen se había dormido leyendo aquella carta que se sabía de memoria, y se había despertado sin dejar de pensar en Stanley, había perdido a su niña, pero había centrado su vida en encontrarla rayando la locura, no como ella. No dejaría de culparse por haber quedado sentada a esperar a que todo terminara. Al leer aquella carta la primera vez, pensó que Stanley había

perdido la cabeza, pero ir a hablar con ella lo había llevado a la muerte, «¿Y si aquella carta llevaba razón?». Desconocía cuanto tiempo le llevaría, cuan ardua sería la búsqueda, pero estaba decidida a encontrar a aquel tipo. Dejó las toallas en el suelo, peinó hacia atrás su cabello, se colocó las lentillas, también tendría que hacerse con algún recambio. Se miró en el espejo, por costumbre se tapó con el antebrazo sus pequeños pechos, siempre lo hacía antes de ponerse el sujetador. Recordó a Stanley decirle «No hay tanto que tapar, pero algo tan precioso debería de estar expuesto en un museo de arte». Helen se avergonzaba de sus senos, lo único bello que había sacado de ellos fue que alimentaron a Wendy. La primera noche en la parte de atrás del Ford de Stanley, antes de dejarse quitar la blusa pensó: «la gran decepción, me va a dejar». Las costillas se le notaban cada vez más, había bajado de peso, la alianza bailaba en su dedo anular. Sus ojos se volvieron más tristes al volver a la cama, había dormido sobre los folios reciclados que Stanley había escrito. Los intentó alisar contra su pecho desnudo, acarició sus palabras, le creía, Wendy estaba cerca. La iba a encontrar, por Stanley, por ellos.

Guardó la carta en el sobre amarillo, junto a las otras, iba a doler leer las palabras de alguien al que ya no podría contestar. Dejó el sobre en uno de los cajones, bajo su ropa interior. Debería comprarse también un chubasquero, las nubes no habían dejado de acompañarle desde su llegada, y la previsión era que algo parecido al diluvio universal iba a caer en los próximos días. Se subió en el coche, en apenas cuatro minutos el ruido del motor del Prius cesó.

Segunda jornada en Snakeriver, su intención era pasar todo el tiempo que pudiera en el Freddy's haciendo guardia. No tenía nada más donde agarrarse. Antes de entrar en la cafetería cruzó la calle, la única tienda que había visto tenía un cartel descolorido donde leyó Beck. Al abrir la puerta del establecimiento una bocanada de humedad y de olor a rancio le golpeó en el estómago. Detrás del mostrador un hombre de avanzada edad le daba la

espalda, unos tirantes con las barras y las estrellas de la bandera norteamericana le sujetaban los pantalones bastante por encima de lo normal. Helen esperó en silencio, pero al ver que el hombre no se giraba terminó por carraspear. De inmediato el dependiente se giró, le dio la bienvenida con una sonrisa llena de dientes separados de color amarillento. «Si tienes así la dentadura no me imagino como tendrás los pulmones», pensó Helen.

—Soy Charles, Charles Julian Beck III para servirle, ¿qué desea la señorita? — preguntó el vendedor tendiendo su mano hacia Helen para saludarla.

Por educación Helen estrechó su mano, la tenía helada además de huesuda. Una afilada mandíbula se marcaba sobre un cuello carente de grasa. Helen soltó su mano con rapidez, por su olfato comprobó que en el aliento de Julian Beck había restos de química, «Cáncer».

—Buenos días señor Beck, veo que tiene las estanterías llenas de toda clase de cachivaches. Venía a por varias cosillas, pero lo que más me urge viendo el cielo es un chubasquero.

—Oh, por supuesto. Si espera aquí ahora mismo le traigo los que tengo en el almacén, un momentito por favor— contestó el comerciante volviendo a mostrar su sonrisa que esta vez a Helen le pareció más cadavérica.

Con lentitud el señor Beck arrastró los pies, se encorvaba según avanzaba. Helen no entendía que hacía trabajando ese hombre, desconocía la esperanza de vida que le habrían dado sus colegas de profesión, pero intuía que no le quedaba mucho. «¿Tanto tienes que pagar que no puedes cerrar este antro estando tan cerca de la tumba?». Recordó a uno de sus pacientes, Armand, un hombre que, a pesar de la caída de pelo por el tratamiento de quimioterapia, le explicaba que si dejaba de trabajar para cuidarse algo más no sabría qué hacer con el tiempo libre.

La tienda estaba dividida por tres largas estanterías que subían hasta el techo, cañas de pescar estaban colocadas al lado de latas de conserva, bidones de gasolina convivían en el mismo estante con botes de champú de marcas desconocidas para Helen, juguetes anticuados recogían polvo en el plástico que los protegía, pero lo que más le sorprendió a Helen fue la cantidad de animales que había disecados, a Helen le parecieron horribles. Julian le sorprendió mirando un zorro con la boca abierta llena de dientes afilados, el interior de la boca del animal estaba teñido de un rojo estridente.

—¿Admirando mi obra? — preguntó Julian— Por cien pavos se lo meto en el maletero.

—No, muchas gracias. De momento me llevaré el chubasquero y... un bote de esos de champú.

—Vamos a ver lo que le traigo en la caja, estaba muy escondida— Julian rasgó el precinto que unía las dos alas de cartón —. Si es cazadora y quiere disecar sus piezas no dude en traérmelas, desde que mi mujer falleció es lo único que me mantiene ocupado. Bueno, vamos a ver lo que tenemos por aquí.

Del interior de la caja, el tendero sacó una bolsa de plástico transparente, al extraer el primer chubasquero la bolsa se rasgó. El vendedor fue exponiendo los demás sobre el mostrador, cayeron varias prendas con textura más cercana a una bolsa de basura que lo que Helen había acudido a comprar. A la mujer se le escapó una cara de desagrado.

—Lamento que no le hagan tilín, ya sé que no son la última moda, pero es lo que me queda — dijo Charles que se puso a doblar cada uno de los chubasqueros con resignación.

—No los guarde, me tengo que llevar uno, no están tan mal, deme el más pequeño para probármelo.

Helen lo sacudió antes de ponérselo, vio como el señor Beck estornudaba. «Debería de estar acostumbrado a este agujero y su mierda». Era demasiado amplio, y pesaba, no tenía las calidades de las prendas ligeras ni las formas femeninas que se vendían en la actualidad, pero se tenía que conformar hasta que encontrara otro lugar donde comprar.

—Me llevo este— indicó Helen— Además necesito un champú anticaspa de los que tiene detrás de usted.

—Perfecto— dijo el vendedor con satisfacción mientras buscaba una bolsa de debajo del mostrador—. El champú se lo regalo yo— dijo el hombre cogiéndolo y echándolo rápidamente a la bolsa, no quería perder la venta—. Si se va a quedar por aquí y necesita algo más que no tenga no dude en hacerme una lista, mis proveedores me lo servirán al día siguiente.

—Muchas gracias señor Beck.

El vendedor comenzó a frotarse una mano sobre otra a la espera de que Helen abonase su compra. A la doctora Myers le pareció desagradable ver la piel del hombre pegada a las falanges contorsionarse, «Avaricia, o frío...». Creyó oírle reír al abandonar la tienda.

Dejó la bolsa en el maletero del coche, sacó el champú y miró la fecha de caducidad, lo que suponía: había caducado hacía unos años, lo abandonó en la papelera colocada al pie de las escaleras del Freddy's.

El olor de la parrilla a pleno rendimiento sustituyó al del de la tienda en la pituitaria de Helen. No estaba acostumbrada al aroma a grasa y fritanga, pero sin duda era mucho más agradable. Desde hacía mucho tiempo evitaba locales como el Freddy's, intentaba cuidarse, para ella la alimentación era primordial para tener una buena salud. Había tratado a un jugador de la NBA y le había confesado que alimentándose a base de comida basura sufría más lesiones que si lo hacía como ella le aconsejaba. Se sentó en la misma mesa

del día anterior y esperó a que Sally la atendiera. No reconoció a ninguno de los hombres que la miraban con interés, mantuvo la calma, aunque se encontraba incómoda. Dejó en el asiento de al lado una mochila Eastpak, ese día había aparcado la sofisticación de su Michael Kors, los tacones y la gabardina. Estrenaba unos pantalones para practicar trekking y unas botas de montaña. Intentó permanecer abstraída de los comentarios de aquellos hombres, podría haberlos entendido de marineros en alta mar durante meses, pero no de camioneros que podían parar a diario en locales de luces rojas esparcidos por todo el territorio.

—Parece que a la doctora le gustaron las tartas de la tía May— le recibió Sally con una sonrisa gastada.

—Estaba riquísima, pero hoy me he levantado con hambre. Ayer vi el Hall of Fame que tiene expuesto en esa pared, solo veo hombretones, quiero uno de esos desayunos—dijo Helen señalando el cartel donde se publicitaba.

—Doctora, no conozco el saque que tiene, pero como puede observar todos los hombretones de las fotos, como usted les ha llamado, tenían unas enormes barrigas, no sé dónde piensa usted meter el desayuno especial de la casa— Sally intentó convencerla.

—Tengo toda la mañana libre— dijo Helen mirando el reloj—, creo que me atreveré, será un honor ser la primera mujer en conseguirlo. Masticando poco a poco...

—Como usted lo desee doctora, como si está haciéndonos compañía hasta la hora del cierre, pero le advierto que es demasiado hasta para esos burros. Si es capaz de acabar vaticino que tendrá una noche movidita de las veces que irá al baño, lo bueno que si se come todo no tendrá que pagar nada, la casa la invitará. Será divertido poner su foto al lado de esos mostrencos, sabiendo como son los parroquianos todos querrán hacer lo que hace una

mujer, ¿y sabe qué? Será bueno para el negocio— Sally sonrió—. ¡Freddy, un desayuno completo!

El cocinero escuchó las palabras mágicas y comenzó a aporrear el badajo de una pequeña campana que tenía al lado de la plancha. Helen se levantó de la silla y se acercó a la pared donde estaban expuestas las fotografías de los hombres que habían logrado superar el reto del desayuno. Sobre las instantáneas un rotulo señalaba a aquellos tipos como Los gladiadores que sobrevivieron al infierno. Bajo cada foto estaba escrito el nombre, el día de la hazaña y el tiempo empleado, solamente uno bajaba de la hora y media. Helen miró a los ojos de todos los retratados, en ninguno observó nada fuera de la corriente. Fue al baño, se lavó las manos. Desafiante devolvió la mirada a cada uno de los camioneros que la miraban de arriba abajo sin mostrar disimulo. En ninguno de los rostros que se cruzó vio nada malévolo. Desconocía si el personaje descrito por Stanley estaba en la cafetería, tampoco sabía si sería capaz de descubrirle, ni que le delataría.

—Doctora, ¿de beber que desea? Estos bestias suelen intentar despachar toda la comida acompañándola con cerveza, pero no se lo recomiendo— le dijo Sally—. Las burbujas hinchán la tripa y restan espacio a su aparato digestivo.

—No, gracias— Helen iba a contestarla que era temprano para beber—. No bebo alcohol, si me puedes traer un zumo de naranja y un té emulsionado en leche te lo agradecería.

Helen se acomodó en su silla. Al poco, Sally apareció con una jarra de zumo recién exprimido, la dejó encima junto a un vaso vacío.

—Solo quería un vaso...— dijo Helen.

—Querida, te hará falta algo más de líquido para pasar lo que has pedido, te lo aseguro.

Al momento, Freddy apareció con una bandeja metálica que posó sobre el mantel de papel. El hombre extrajo algo del mandil que Helen no supo identificar, lo desdobló y lo anudó alrededor del cuello de Helen.

—Con el babero puesto ya puedo poner el cronometro en marcha, ánimo valiente— dijo Freddy. Volvió detrás de los fogones sin entender nada, para él era imposible que aquella mujer tan escuálida pudiera acabar tan siquiera con la bandeja que le había servido.

La mesa de Helen fue rodeada por varios de los clientes. Olía bien, y ella tenía hambre. La cantidad era abundante y grasienta a la par, su colesterol subiría vertiginosamente. Pinchó el primer trozo de carne y comenzó a masticar con parsimonia. Tras rellenar el segundo vaso de zumo se sintió abrumada, a su espalda escuchaba apuestas sobre el minuto en el que tiraría la toalla. Se sintió motivada al escuchar que la única persona que cubría las apuestas era Sally.

—Sally, no te metas en las cosas de los chicos— gruñó Freddy.

—¿Crees que porque es mujer no lo va a conseguir? ¿Alguno más con agallas que quiera apostar contra mí? — preguntó desafiante Sally.

Helen vio reflejada su sonrisa en el filo del cuchillo. Sin pausa dio cuenta del beicon, las salchichas, el maíz, las patatas asadas y de unas tiras de carne del que no supo descifrar su origen. Sally iba recogiendo los beneficios de las apuestas que había cruzado con los agoreros. La bandeja quedó vacía.

—Buf, creía que no podía con todo— Helen se levantó de la mesa con la boca todavía llena—. Creo que hoy para cenar no me entrará ni un vasito de leche.

Freddy esperaba con los brazos cruzados sobre la barra. Al ver que había terminado se acercó raudo a retirar la bandeja vacía. Helen luchaba con el nudo de detrás del cuello para quitarse el ridículo babero.

—No se lo quite que le traigo el segundo plato— le sugirió Freddy riendo entre dientes.

Helen siguió con la vista el andar descompensado del cocinero, debía de haberle escuchado mal, buscó a Sally, pero no la encontró. Hombres diferentes desde que se había sentado la miraban, no recogió ningún indicio de la maldad que había ido a buscar. Freddy acudió con una segunda bandeja de la que sobresalían patatas fritas. Media docena de huevos fritos coronaban una montaña de habichuelas.

—Pues aquí tiene el segundo acto, voy preparando el dulce— dijo Freddy.

Helen escuchó risas por detrás, no se giró, con disimulo se desabrochó el botón del pantalón. No pensaba amilanarse, cuanto más revuelo hubiera más fácil le podría resultar dar con el sospechoso de Stanley. Se había convertido en el centro de todas las miradas, no había ni un solo cliente que no la rodeara. Ninguno de ellos se dio cuenta que era ella quien les analizaba buscando algo en uno de ellos, algo obvio. Su oído rastreaba una voz diferente a la de los demás, suponía que sería más grave que la de la mayoría, una que destacase por su sonoridad.

Recordó una de las frases típicas de Stanley: «no sé bailar, pero si me pones la música adecuada no me creerás». Era cierto, ella podía constatarlo. Solían acudir a las ferias veraniegas de las localidades cercanas, en ninguna de ellas Helen se salvó de ser pisada por sus largas suelas. Pero la primera vez que fueron al lago no se llevó ningún pisotón, no parecía tan nervioso a solas con ella. En la radio del Ford sonó la música lenta que había estado grabando Stanley de la radio con su radiocasete. Bajo la luz de la luna Stanley no le pareció un palo, tiempo después le confesó que llevaba semanas ensayando para aquella noche para que todo le pareciera perfecto a Helen.

Tras el romántico baile fue Helen la que tiró de él hacia la parte trasera del coche. Con manos torpes se quitaron la ropa, no lograron acompasar el ritmo de sus cuerpos, pero ambos recordarían su primera vez como la mejor noche de sus vidas. No olvidaría aquella canción, la música apropiada para el momento perfecto.

Helen quería creer que en cuanto oyera la voz que Stanley había escuchado o su mirada se cruzase con el extraño una melodía inusual sonaría en su cerebro.

La mayoría de los camioneros y de los granjeros comenzaron a desfilar, tenían que proseguir con su jornada laboral; les resultaba divertido ver a la mujer intentando emular la locura que solo unos pocos habían logrado, ninguno dudaba en que era una insensata. Norman se sentó frente a ella, llevaba observando la escena desde cierta distancia.

—Buenos días Helen, te ha abandonado la afición, ¿no crees que es un buen momento para abandonar? —le preguntó el escritor.

—¿No te contó Stanley que soy muy testaruda? —Helen contrató con otra pregunta.

—Sí, alguna vez, unas cuantas me dijo lo cabezota que eras. Que por más que te respondiera que no, tú no parabas de insistir hasta que él no cambiaba su respuesta por un sí.

—Exacto, esa soy yo— las habichuelas regresaban al plato una vez que se habían escabullido por las comisuras de los labios de Helen.

—Vas a reventar, déjalo ya por favor— le pidió Norman con cara de angustiado.

El local se iba quedando vacío, Helen paleaba con una cuchara una mezcla de huevos y patata fritas al interior de su boca. Sally recogía mesas

mientras Freddy recogía los billetes de la caja registradora. Helen cargó de nuevo la cuchara de habichuelas, resopló antes de meterla en la boca. El té se había quedado frío y la jarra de zumo estaba vacía.

—La perdono lo que queda— dijo Freddy quitándole el plato de la mesa, sin darle opción—. Pero aquí tiene el postre.

En primera instancia Helen pensaba discutir que iba a comerse hasta la última patata frita, pero desistió al contemplar la torre de tortitas bañadas en chocolate humeante.

—¿El batido XL lo quiere de vainilla, o prefiere otro sabor? — Freddy saboreaba la venganza por el desplante del día anterior.

—¿De verdad que esto no se acaba nunca?

—Solo le queda este plato, ya lo tienes casi, casi...—Freddy se carcajeó.

Helen buscó con la punta de la bota el talón de la otra, intentó desprenderse del calzado, pero se había atado demasiado fuerte los cordones de las botas como para que cediesen, la sobraba todo.

es, una vez finalizada su tarea, se sentó al lado de Norman. Se quitó el mandil y lo fue doblando con cuidado en varios pliegues.

—Querida, ayer le comenté que el hospital queda a desmano y si usted no quiere la plaza no disponemos de médico para atenderla. Si quiere estar en esa pared le prometo que trampearé el resultado— dijo Sally.

—El batido si puede ser de fresa, mejor, la vainilla no me va— fue la contestación de Helen, era una broma que Stan solía repetir—, degrada el sabor de todo lo que acompañe.

—Es muy cabezota— apuntó Norman—. Si hay que hacerle un lavado de estómago las casi dos horas de trayecto hasta Portland no le resultaran muy

agradables.

Helen pinchó con el tenedor la primera de las tortitas, de toda la comida que le habían llevado hasta la mesa era lo que mejor pinta tenía, pero no le cabía nada más. Una arcada llegó a su garganta, era el presagio de un previsible y desagradable final. Con el sabor de los ácidos gástricos en su garganta cortó la tortita en seis porciones, a simple vista, idénticas. Metió un pedazo en la boca y lo paladeó. Recordó la última vez que había probado ese plato, se las había cocinado a Wendy, aunque las que Freddy había preparado eran más dulces y esponjosas, estaban deliciosas. Cuando se recuperase de ese estúpido atracón volvería a degustarlas, pero pidiendo solo tortitas. Sería ideal que estuviera acompañada de Wendy, le pirraban empapadas en caramelo.

—Bueno doctora, creo que ya ha hecho la idiotez del mes. Desconozco cuáles son sus motivos, pero zanjemos esto ya. Me ha hecho ganar mucho dinero esta mañana no rindiéndose, pero de verdad, no quiero que enferme— le dijo Helen tirando del plato hacia ella—. Si quiere podemos llegar a un trato, usted me hace un favor a mí y yo se lo devuelvo, ¿le parece?

—Por tu bien, acepta el trato que te propone Sally— medió Norman.

Sally colocó su mano frente a Helen con el fin de estrecharla.

—Por favor, dejadme acabar las tortitas— la siguiente arcada desplazó el cuerpo de Helen hacia delante, contuvo el vómito por muy poco—. ¿Cómo podría aceptar un trato sin conocer las condiciones?

El codo de Sally desplazó por la mesa el plato, la torre de tortitas tembló antes de caer al vacío.

—¡Freddy! El escritorcillo este de tres al cuarto ha tirado el plato de tortitas— dijo Sally con tono enfadado.

El hombre limpiaba con papel secante la grasa que se escurría por la campana extractora, pero tan pronto escuchó a su mujer salió a la carrera a ver lo que había sucedido. El escritor se encogió de hombros ante la mirada recriminatoria del dueño del local.

—No se preocupe, que ya lo recojo yo— dijo Norman mirando las tortitas esparcidas por el suelo ajedrezado—, ha sido mi culpa.

—¿Pero cuantas le quedaba por comer? —preguntó Freddy con tono inquisitorio.

—Amor, ahora que está todo limpio, ¿vas a volver a encender la plancha? Creo que se lo podríamos dar por bueno, ¿no crees? —le preguntó Sally abriendo los ojos más de lo costumbre.

Freddy se quitó el gorro de tela blanca de la cabeza y lo lanzó con rabia contra el mostrador.

—¿Por qué ha hecho eso por mí? —susurró Helen.

—Supongo que por el mismo motivo que usted se quería indigestar— le contestó Sally con los aperos de limpieza en las manos—. Anda escritorcillo, quítate de ahí que al final te vas a llevar un escobazo. ¡De menudo humor has puesto a mi maridito! Hay que ser patán...

Capítulo 11

El armazón que cubría el motor estaba levantado. Jeremy había desmontado todas las piezas, tras limpiarlas y engrasarlas, volvió a encajarlo todo de nuevo. Con un pañuelo moteado de manchas de aceite usado se enjugaba las gotas de sudor que perlaban su frente. El sol picaba entre pomposas nubes, presagio de una tormenta. Subió a la cabina del tractor y se sentó, giró la llave en el contacto, la combustión no se produjo, algo seguía mal. Bajó de un salto, enfadado por no haber acertado a la primera con el fallo, cogió la llave inglesa, le daban ganas de aporrear el motor a ver si de esa forma echaba a rugir. Antes de usar la herramienta, contempló a Nancy, seguía acatando la prohibición de no meter sus pies en el arroyo.

La niña, cansada de hacer dobleces en el papel de estraza colocó algo parecido a un barco de papel sobre el agua. La corriente se lo llevo a la otra orilla, Nancy lo vio encallar en unas piedras, y contó los segundos hasta que el navío terminó por hundirse por completo. Sin quitar la vista de su padre, buscó en el riachuelo algo con lo que entretenerse. Sonrió al descubrir unas crías de rana. Con la palma de su mano ahuecada intentó pescar a algún renacuajo, dudó en ir al interior de casa a por un recipiente donde echar la pesca, pero recordó lo que siempre ocurría, al día siguiente las futuras ranas aparecían muertas. No podía comprenderlo, si ella cazaba insectos para que se alimentaran... tampoco entendía como los renacuajos eran negros, sin patas y cuando crecían perdían la cola y mutaban de color. Ella estaba segura que nunca cambiaría, de la mano de su padre avanzaría por el camino de la vida. Sabía que era serio e intransigente, a veces rudo y poco diplomático, pero también que se esforzaba por ella todo lo que podía. No se pudo resistir, Nancy trotó ante la atenta mirada de Jeremy al interior de la casa. La niña se afanó por encontrar los utensilios que necesitaba y regresó a la orilla del río, «esta vez sobrevivirán». Con un colador sacaba los renacuajos del agua, los

pasaba por un embudo y los dejaba caer en el interior de una olla que con anterioridad había sumergido en el riachuelo. Cuando no vio ninguno más que pescar arrancó un manojito de hierba y lo dejó caer en el interior de la olla. Un ruido en la otra orilla la distrajo, alzó la vista y vio a Regan, se preocupó por ella al verla hablando sola con la mirada ausente entre las copas de los árboles.

Regan hubiera querido tener alas para volar y escapar camuflada por las ramas del arbolado, por las que se colaban tímidos rayos de sol, vacilantes entre la nubosidad. Tenía claro su plan, necesitaba alejarse de aquellas dos personas que no le quitaban la vista de encima en ningún momento. Que lo hiciera el hombre lo consideraba entendible, pero no que la mocosa estuviera pendiente de sus movimientos para después chivarse a Jeremy.

—No hables sola— susurró Helen—. Como te vea... te dará más pastillas, o peor te llevará al sitio ese donde guardan a los locos de remate.

—Tengo un plan—dijo Regan.

—Déjate de planes, si eres buena todo irá bien. Si intentas otra cosa de esas que haces... no te engañes, él nos cuida— le aconsejó la niña.

Regan cruzó el río, se mojó el bajo del vestido, Nancy negó con la cabeza. La mujer no se fijó en los anfibios que nadaban de un lado a otro buscando una salida inexistente dentro del perol. Caminó hasta un poyo de piedra donde se solía sentar y pasar las horas muertas, se balanceó adelante y atrás, buscando una calma que no encontraba. No quería renunciar a otros olores lejanos, tenía un plan, echaba de menos hasta el humo de los tubos de escape. Siempre había pensado que sería bonito vivir rodeada de la naturaleza, estudió para ser veterinaria con ahínco, y cuando estaba a punto de finalizar la carrera universitaria todo se truncó. En pocos momentos a lo largo del día su mente dejaba de estar atrapada por la química que embarullaba sus

pensamientos. Sentía que la condena de las pastillas amarillas la estaba matando, a todas horas tenía sed y sueño. Él le pedía que comiera, pero Regan nunca tenía apetito, no se fiaba, tampoco le dejaba cocinar, le decía que estando medicada podría ocasionar un accidente si estaba en contacto con el fuego. Se mantenía bebiendo agua y comiendo de vez en cuando alguna cosa, sobre todo verdura y frutos secos.

El viento dio un tono más oscuro a las nubes, las primeras gotas comenzaron a caer. Jeremy gruñó, dejó caer la tapa lateral del tractor.

—¡Regan! —gritó Jeremy— No te quedes ahí parada y recoge la ropa de la cuerda.

La mujer continuó impasible con el balanceo de su cuerpo y su mirada perdida.

—Princesa, devuelve a esos bichos al agua y metete a casa, ¿acaso quieres acarrarte? —la pregunta a la niña había cambiado súbitamente el tono de su voz— ¡Vamos, rápido a casa!

Regan disfrutó del agua sobre su rostro, en ese momento la llovizna era lo único que le daba sentido a la vida. Había escuchado a Jeremy, pensó en hacer que no se había enterado, no quería volverle a ver enfadado. Se levantó de la piedra, los primeros pasos no le pertenecían. La fina lluvia era agradable, intentó recordar alguna sensación mejor pero no lo consiguió. Se acercó a la cuerda de la ropa tendida, quitó un par de pinzas y las introdujo en un cubo verde de plástico. Sacudió unos enormes y gastados pantalones de Jeremy, se disponía a doblarlos cuando le escuchó de nuevo, esa vez más cercano.

—No hay tiempo para que doubles cada prenda, y menos con esa lentitud — dijo Jeremy—. Hay que guarecerse pronto, se aproxima una buena.

Regan se asombró, Jeremy comenzó a quitar las pinzas de las prendas

de la colada a una velocidad endiablada. Le miró, no recordaba desde cuando le conocía ni cuánto tiempo llevaban viviendo en aquel lugar.

Un claxon les paralizó, un coche se acercaba bamboleando su carrocería por el camino de tierra.

—¡Nancy! — vociferó Jeremy— ¡Te he dicho que, a casa, ya!

La niña se dio cuenta de que algo malo pasaba, la crispación del rostro de su padre era total. Se levantó ante la orden de su padre. No le diría nada si salía corriendo esta vez, eran pocas las excepciones y esa era una, no podían saber si quien venía en el coche padecía alguna enfermedad. Antes de salir a la carrera se dio cuenta que los renacuajos seguían en la olla, se agachó y la volcó. No recogió ninguno de los utensilios que había cogido de la cocina. Los renacuajos se quedaron varados en la arena dando coletazos.

—Coge el cesto de la ropa y metete dentro— dijo Jeremy cogiendo por los hombros a Regan—. No dejes que la cría salga, no sabemos que enfermedad pueden traer— Regan quiso contestar que el resto de la ropa sin recoger se iba a empapar—. Es importante, meteros dentro, mientras voy a ver quién ha osado a entrar en nuestra propiedad.

Jeremy colocó su mano a modo de visera pegado al arco superciliar de su cabeza. Las gotas de lluvia eran más espesas. El vehículo desconocido estacionó en paralelo a la camioneta de Jeremy. Del automóvil bajaron dos figuras. Nancy, curiosa, observó a los recién llegados desde la ventana. Regan detuvo el paso, les miró con cautela, no los reconoció, desconocía si ellos sabrían quién era ella. Cerró la puerta y vio a la niña subida en una silla observando a través de los cristales.

—Ha dicho que no salgas, obedécele, aunque seas su ojito derecho sabes lo que pasaría si no la haces caso— dijo Regan.

—Pero... ¿Y si están bien? ¿Y si no tienen ningún germen que pegarme?

— preguntó Nancy.

Regan se arrimó a la pared, levantó con cuidado el visillo e intentó ver a los visitantes. Un hombre y una mujer.

—No tienen cara de estar enfermos...no sé, hazle caso, por nuestro bien
— contestó Regan con miedo.

Tal vez venían a ayudarlas.

Capítulo 12

—Pero es que no soy pediatra, no puedo...—respondió Helen a la petición de Sally.

—Es doctora, una maldita matasanos, todos tenemos cabeza, tronco y extremidades, la diferencia es el tamaño— dijo Sally—, menudencias. Si es por tema monetario, desconozco tu tarifa por horas...

—No debe cobrar poco— dijo Freddy sin parar de mover la escoba alrededor de las dos mujeres.

—No sé lo que valen dos horas de tu tiempo, pero te subes en tu cochecito ecológico, ves a la pequeña, regresas y me dices lo que hubieras cobrado en la gran ciudad y yo te lo abono, no necesito facturas. Y cuando regreses su foto estará justo en el medio de la de esos zampones—dijo la camarera.

—Sally, le prometo que no es una cuestión económica, el dinero en estos momentos me importa un bledo. Llevo sin tratar a nadie una larga temporada, ni siquiera soy capaz de cuidarme a mí misma— replicó Helen.

—Se lo voy a explicar despacio para ver si lo entiende, doctora, y le llamo así porque esa es su profesión, por mucho tiempo que lleve sin ejercer será médico hasta que se muera. Esa familia de la que le he hablado vive de la caridad, supongo que usted no sabrá qué es eso— alegó Sally con conmiseración.

«Caridad» —pensó Helen—. Su madre se ingeniaba para no tener que pedir dinero, su dignidad le impedía rebajarse a ser una pedigüeña. Había compañeros de clase que se vestían y comían de lo que les daba la parroquia, y a simple vista siempre tuvieron mejor aspecto que ella. Su padre bebía toda

la cerveza que su nómina le permitía, si la cruda realidad le echaba a patadas de algún garito donde no le permitían seguir bebiendo a crédito regresaba a casa y la emprendía a golpes con su esposa. Caridad... era a lo que se tenía que haber aferrado su madre, haber abandonado a aquel borracho maltratador, pero nunca lo hizo. Helen les dejó con su forma de vida el día que Stanley le ofreció irse a vivir a su casa. Nunca quiso saber nada más de ellos, desconocía si estaban vivos o muertos, no le importó no verlos en el entierro de Stanley.

—No disponen de luz, ni de agua potable— continuó Sally—, ¿sabe por qué? Pues porque no pueden permitírselo.

—Tienen un generador, pero no pueden pagar la gasolina para poder arrancarlo, siempre se iluminan con velas— intercedió Freddy.

—Gracias cariño, pero ya continuó yo— la mirada de Sally mandó a su marido a fregar platos— A esa casucha solo lleva dinero el padre de la niña, con lo que saca con algún trabajillo, y lo que les da algo parecido a una granja de la que obtienen leche y huevos, van sobreviviendo. En el pedazo de tierra que Jeremy heredó de sus padres no crece nada...

—Cuéntale lo de la maldición— volvió a interrumpir Freddy.

—Gracias amor, pero si quieres acercarte esta noche a mi lado del colchón te recomiendo que guardes silencio hasta que acabe de hablar con la doctora— le espetó su mujer.

Al oír esas palabras, Freddy se esfumó.

—¿Maldición? ¿Fantasmas o brujas? — preguntó Helen con gesto burlesco.

—No es una maldición como tal, son habladurías de gente pueblerina sin cultura. Hace tiempo por esta zona no había televisión, y si prueba a

sintonizar una emisora de radio se dará cuenta de que es una misión imposible. Pues en esos tiempos, no tan remotos, se hablaba que había monstruos por la zona del bosque donde tiene la granja Jeremy, luego pasó lo del incendio en el que murieron sus padres, y se le podría sumar la locura de la mujer y la enfermedad tan rara de la pequeña. Yo le llamo casualidades, pero el idiota de mi marido piensa que es una maldición.

—Más bien es mala suerte— opinó Helen.

Quiso desdecirse al momento, no sabía por qué había dicho eso, no creía en la suerte, las cosas sucedían... normalmente a consecuencia de acciones.

—Cuando parecía que remontaban nació Nancy, y su madre enloqueció. Yo creía que era algo normal en una primeriza, no quería que nadie la viera, la familia de ella dejó de venir tras no ser recibida en múltiples ocasiones. Luego ya nos enteramos de la enfermedad extraña de la niña, lo que no recuerdo es si fue antes o después lo del brote psicótico que le dio a Regan. A él le ha dado igual que un rayo quemara su antigua casa con sus padres dentro, la levantó con sus manos de nuevo. Es trabajador, pero para pagar los estudios clínicos de la pequeña se metió en un crédito, imposible de pagar, yo creo que un día vendrán a desahuciarlos... Le hemos ofrecido ayudarle, pero es obstinado y se niega a aceptar dinero si no es por alguna labor que pueda realizar. Pretendía ser feliz a pesar de haber visto los cadáveres de sus padres calcinados, el pobre debía de tener catorce años, no pudo hacer nada más que contemplar como las llamas les engullían. Todo el mundo pensamos que iba a ser feliz cuando le vimos agarrado de una mujer de bandera, debían de haber pasado diez años, pero la bendición de su suerte le continuó gastando malas pasadas. Vendió casi todo el ganado para ingresarla en una institución mental. Al parecer regresó muy cambiada, era alguien jovial y dicharachera, ahora hace mucho tiempo que nadie la ve, creo que fue el pastor el único que la vio

una vez, dijo que parecía otra. A los nueve meses de la vuelta de Regan nació la niña. Dio a luz en su cabaña, nadie asistió el parto. Debe tener seis años y todavía no la conocemos. Al principio lo entendíamos, padres primerizos que querían disfrutar de su hija. Pasados los dos meses fuimos a su finca a entregarles unos regalos que les habíamos comprado. Cuando llegamos no estaban, creímos que le había dado otro brote a la madre. A las semanas Jeremy apareció, su rostro estaba abatido, no quisimos preguntar el por qué. Vimos a la pequeña en el asiento trasero de la ranchera, era preciosa, aunque se le veía cara de malucha tenía carita de ángel. Nos dijo que no sabía lo que le ocurría, la fiebre no le bajaba. La había llevado al hospital, pero los doctores no daban con lo que le pasaba. Entre lágrimas nos dijo que la habían hecho muchos análisis de sangre; no para saber lo que tenía, sino para descartar la mayor parte de enfermedades, más o menos, comunes. No le volvimos a ver hasta medio año después, vino con una máquina de coser, necesitaba dinero para volver a llevar a Nancy a hacerse más pruebas, creía que le iban a dar una solución, pero volvió desolado. Le diagnosticaron que su sistema inmunológico no había terminado de formarse, y que hasta que encontraran una solución debía de tratarla como a una niña burbuja—Sally paró para respirar— ¿Te he logrado ablandar un poquito el corazón?

Helen permaneció sentada mirando a Sally a los ojos, la veía emocionada.

—No quiero cobrar nada, ni que pongas mi fotografía en la pared, ¿pero podrías poner el retrato de Stanley? — preguntó Helen.

Sally se escupió en la palma de la mano y se la ofreció a estrechar a Helen, que hizo lo propio antes de dejar salir una risa sanadora del alma.

—Tu marido... bueno, tu ex intentó estar en la pared por méritos propios— señaló Norman.

—Y no recuerdo que le pasó, llevaba un ritmo endiablado— añadió Freddy que había regresado tras el apretón de manos de las dos mujeres.

—Le debieron sentar mal tus tortitas...—opinó Sally, satisfecha de haber conseguido convencer a Sally—. Doctora le apunto la dirección en esta hoja— Sally comenzó a garabatear sobre la libreta.

—No te preocupes Sally, si a la doctora no le importa te acompañaré encantado— dijo Norman.

—Acepto, será un placer tener tu compañía— respondió Helen con algo parecido a una sonrisa dibujada en su cara, no entendía el motivo, pero se sentía arropada.

—Muchas gracias— dijo Sally acercándose a Helen—, esto para gasolina, ¿sí? — la camarera metió algo en uno de los bolsillos.

Helen comprobó que Sally había metido un billete arrugado de cien dólares.

—No lo voy a aceptar, me habéis alimentado como a un oso, podría hibernar hasta que llegase la primavera con todo lo que he comido esta mañana— dijo Helen.

—Hablando de comida, llévale estos filetes a Jeremy, son gorditos como a él le gustan— intervino Freddy dándole una bolsa de plástico blanca.

Norman cogió la bolsa, calculó que debía haber unos tres kilos de carne.

—Vamos en mi coche, tiene pinta de ser más cómodo que el tuyo— dijo Helen.

—También es más nuevo y más grande... y supongo que estará más limpio, pero tengo que coger mi cámara.

Norman sujetó la puerta del Freddy's, Helen miró al cielo, las nubes se

movían rápidas con empujones de viento, pero de momento no dejaban caer el agua con el que cargaban su neblina. El escritor metió medio cuerpo en su pequeño utilitario, la cámara a la que había aludido Norman no era una simple réflex, el equipo fotográfico llenó el maletero del Prius de Helen.

—¿Para sacar una fotografía necesitas todo eso?

—Si...—Norman se encogió de hombros.

—No me extraña que saques fotos tan buenas— alabó a Norman que no podía ocultar el rubor en sus mejillas—. Ya lo decía Stan, con buenos ingredientes se hacen excelentes comidas, lo complicado y meritorio es lo contrario.

Los dos entraron en el Toyota, ante la vista de Freddy que apoyaba su cabeza sobre el extremo del mango de la escoba, Sally le abrazó.

—Espero que les pueda ayudar...— masculó Sally.

Helen se sintió incómoda, Norman no le quitaba la vista de encima, permanecieron en silencio con el motor encendido. De repente, una mano del escritor enredó la de Helen con la suya. Helen quería que la soltara, pero no quería resultar violenta.

—Yo también le echo de menos— dijo Norman—. Cuando mi libro salga a la venta te mandaré un ejemplar de la primera edición, no solo en esa pared va a estar su nombre.

Helen se sintió halagada, pero revolvió su mano para soltarse.

—Gracias. Pero es hora de ver a esa niña, no creo que esté preparada para más chantajes emocionales, dame la dirección y la pongo en el GPS— dijo Helen.

—Son tan desdichados que no tienen ni dirección, no te preocupes que te voy indicando, sal hacia la derecha— dijo Norman poniéndose el cinturón

de seguridad—. Perdona por cogerte la mano, no quería resultarte desagradable... No quiero nada contigo, eras la chica de uno de mis amigos, tal vez el mejor que haya tenido.

—No me has molestado, no te preocupes, pero si prefieres no darte el viaje dime cómo se va y ya me las apañaré.

—No es tan fácil llegar, además Jeremy... es buena persona, pero algunas veces un poco ruda, además llevo la cámara y podría sacar unas fotografías buenas, su cabaña no está tan lejos, unos veinte minutos desde aquí, pero en la distancia que nos separa todo el paisaje es diferente, ya lo verás— explicó Norman—. A Stanley le encantaba esta zona, pero siempre decía que el mejor lugar del mundo era al lado tuyo.

Helen dudó que la incomodaba más, sí que hubiera cogido de la mano, o que le hablara de los sentimientos de Stanley hacia ella. Norman notaba a Helen diferente del día anterior, más abierta y cordial... hasta el momento en que la había tocado.

—Durante mucho tiempo pensé que nuestro hogar era el Edén...

—Parece que Freddy se equivoca, y no eres tan arpía como él opina— bromeó Norman.

—Tengo mis días, hoy estoy un poco mejor que ayer, pero si no quieres ver a la bruja del oeste no me menciones más a Stanley— las palabras de Helen sonaban secas y cortantes—, cada día que pasa me entristece más su ausencia.

Norman no supo que contestar. En el trayecto no volvió a abrir la boca salvo para indicar el camino. A través del menú táctil, Helen buscó la carpeta nombrada como *Americana*. Por los altavoces sonaron desde Alabama Shakes hasta el pionero Gram Parsons.

—Ahora vete decelerando—solicitó Norman—, a mano izquierda sale un camino de tierra, ten cuidado, hay poca visibilidad.

El Prius fue aminorando la velocidad, Helen acertó un estrecho camino que separaba dos cultivos de maíz. Antes de dejar el asfalto, Helen fue precavida de más, dejó pasar por el carril contrario a un camión. Cuando, por fin, iba a realizar el giro una motocicleta de gran cilindrada invadió el carril contrario con intención de adelantarles. El motociclista dio una sonora pitada cuando pasó pegado a la carrocería del Prius. El corazón de Helen bombeó a toda velocidad, había anticipado el impacto que no se produjo.

—¡Malditos motoristas! — gritó Norman— Se creen los dueños de estas carreteras, siempre es lo mismo. Los virajes les atraen, tumban sus motos y hacen este tipo de adelantamiento, se creen inmortales... luego pedirán que instalen guardarraíles anticorte...

—Por desgracia sé lo que es, he visto demasiadas amputaciones... y yo también estoy a favor de que se gastaran algo del dinero en quitamiedos que no cortaran, o en ambulancias para lugares como Snakeriver, pero el dinero público desaparece con gran facilidad...— opinó tajante Helen.

—En eso tienes razón, pero me faltan dedos para contar los volantazos que he tenido que dar para evitar accidentes con estos tipejos— protestó Norman.

Helen recordó lo que le gustaba a Stanley el mundo del motor, y como se divertía derrapando en el circuito de dirt track, era el mejor de toda su cuadrilla haciendo las curvas del ovalo de ceniza utilizando solo el freno trasero.

—¿Ahora por dónde tiramos? —preguntó Helen al llegar a una bifurcación— Ya debe de quedar poco, ¿no?

—Por la izquierda, todavía nos queda un poco por este camino de

cabras— contestó Norman.

El camino de tierra moteado de piedras de buen tamaño permitía una velocidad limitada. De vez en cuando los amortiguadores bamboleaban el habitáculo, Helen comparó las constantes subidas y bajadas con las de las montañas rusas que tanto pánico le daban. En el siguiente cruce de caminos tampoco había ningún letrero que indicase que en alguna parte de ese terreno hubiera algo civilizado.

—¿Izquierda o derecha?

—Siempre por la izquierda, hacía la zona boscosa— contestó Norman, enfrascado en observar por la ventanilla algún ave que fotografiar.

El carril se hizo más estrecho y pedregoso a la vez que ascendía. Helen no quiso imaginarse que sucedería si se cruzaba con otro auto de frente. Los espigados tallos de maíz que hacía bailar el viento se habían dejado de ver hace un par de millas, al rodear la loma Helen los dejó de ver por los retrovisores.

Helen creyó escuchar un crujido del coche bajo su asiento, sin duda el Toyota había rozado el suelo, no había sido buena idea meter su utilitario por ese camino, esperaba que el cárter no se hubiera dañado.

—Me da en la nariz que esos cúmulos no me van a dejar retratar ningún pajarillo...—apuntó Norman—. Los animales son más inteligentes que nosotros, saben que viene una tormenta de las que se recordarán en el tiempo y están resguardados, en cambio nosotros los humanos por mucha alerta que haya nos creemos invencibles.

—A ver si puedo echarle un vistazo a la niña antes de que caiga la tromba de agua. No me quiero imaginar regresar por este camino lloviendo.

—Mira Helen, su parcela comienza ahí— indicó Norman con el dedo.

La doctora Myers detuvo el coche, una de las ruedas había encallado. Dejó caer el coche y la rueda salió del socavón. Antes de reiniciar la marcha alzó la vista al lugar que señalaba su acompañante, el perímetro estaba rodeado por unas altas vallas metálicas coronadas por una alambrada llena de pinchos, sin duda no era una invitación para los amigos de lo ajeno.

Helen volvió a detener el coche ante la cancilla oxidada, el viento impulsaba con brusquedad la puerta contra el bastidor. Norman se bajó del Prius y colocó una piedra sujetando la cancilla, con la mano le indicó a Helen que avanzara. La mujer bajó la ventanilla y señaló a Norman un cartel donde indicaba la presencia de un perro peligroso. El escritor subió con rapidez al Toyota.

—¿Crees que deberíamos continuar? —preguntó Helen— El lugar no incita a entrar, estamos traspasando una propiedad privada.

—Supongo que es normal tomar alguna medida de seguridad, pero si la cancilla está abierta no deberíamos preocuparnos— contestó el escritor.

—Esta bienvenida no es muy afectuosa...—Helen miró la pantalla de su móvil, comprobó lo que pensaba— Si no tengo cobertura en el pueblo como la voy a tener aquí. ¿Te parece que mañana vengamos con Sally? Ella es su especie de mecenas...

—Si los augurios de los meteorólogos son acertados esta noche una gran tempestad va a azotar esta parte del país, no creo que mañana los caminos estén practicables.

—¿Y si los caminos se vuelven un barrizal antes de que regresemos...? Tiene pinta de ponerse a llover en nada.

—Ya que estamos aquí, lo suyo sería que vieras a la niña, como dice mi madre no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—Ya...— dijo Helen. Pisó el acelerador decidida.

—Espero que no le importunemos, tiene fama de mal genio....

—¿Ahora me dices eso?

—No te preocupes, tenemos el salvoconducto de la carne— contestó Norman levantando la bolsa.

El Prius avanzaba despacio, Helen estaba pendiente de que apareciera una feroz jauría de rabiosos canes en cualquier momento. No estaba segura de que estaba haciendo allí, pero tenía ganas de quitarse de en medio el encargo de Sally. Esperaba que al día siguiente no le surgieran más pacientes por haber atendido a la niña. No podía perder más tiempo, su prioridad era encontrar a Wendy. Paralelo al camino transcurría un riachuelo con abundante caudal. Tras una curva pronunciada, aún más por la cuesta abajo, Helen discernió un claro rodeado de árboles centenarios de gruesos troncos, en el centro se levantaba una casa de madera. Varios vehículos agrícolas estaban desperdigados alrededor de la cabaña. Unas gotas salpicaron el cristal del coche, los limpiaparabrisas automáticos las barrieron al instante.

—Pita— sugirió Norman.

—¿Para qué? —Helen no entendía el motivo por el que debía hacer sonar el claxon.

—En estos lares se frecuente tirar de escopeta cuando alguien comete un allanamiento, luego si el intruso sigue respirando se le pregunta que hace allí— contestó Norman.

—¿Allanamiento? Pero si la puerta estaba abierta...

—¿Pero crees que estaba abierta o que la abrió el aire? Hazme caso y pita.

Helen tragó saliva. Pulsó el claxon en dos ocasiones. Una figura

masculina comenzó a moverse hacia ellos con rapidez. Norman bajó su ventanilla y saludó con la mano.

—¡Venimos de parte de Sally y Freddy! —repetía Norman a gritos.

Helen sacó la llave del contacto. La persona que avanzaba hacia el coche era un hombre, sonrió al reconocerlo, se lo había cruzado en la cafetería el día anterior. Le había parecido atractivo, pero con todo lo que le había pasado se había olvidado de él, esperaba que esa noche apareciese en sus sueños. Norman salió del coche con la bolsa levantada sobre la cabeza, Helen lo siguió al exterior, el viento alborotó su cabello.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Norman con una sonrisa como tarjeta de presentación.

Jeremy se detuvo frente a ellos, cruzó los brazos sobre el pecho. Ladeó la cabeza y escupió en el suelo.

—Se acerca un vendaval, y Freddy piensa que se puede poner feo para que bajes al pueblo, y nos ha pedido que te subamos unos succulentos filetes— el escritor movió la bolsa de lado a lado—. Y de paso la señora Sally le ha pedido a su amiga, la señora Myers que le eche un ojo a su pequeña, está muy preocupada por su salud. Es doctora de uno de los más prestigiosos hospitales del país. ¿Qué me dice, nos invita a un café?

Jeremy no quitó la mirada de Helen mientras Norman hablaba.

—Ayer nos vimos— leyó Helen en los labios de Jeremy. El sonido de su voz apenas era audible, la lluvia comenzó a caer con fuerza.

Helen esbozó media sonrisa, desde tan cerca Jeremy le pareció más fornido que en el Freddy's, también más atractivo.

—Si, ayer nos cruzamos en el local de Freddy, usted llegaba cuando yo me marchaba. Disculpe la intrusión, pero mi amiga Sally me ha insistido en

que vea a su hija, un simple chequeo rutinario— dijo Helen.

Jeremy tensó los músculos de su cuello al girar la cabeza de un lado a otro.

—La doctora sabe que usted no quiere que su hija reciba visitas, que no quiere exponerla al mínimo contagio— dijo Norman—. Pero la doctora Myers es una gran experta en enfermedades extrañas... Creo que deberías sopesar dejarnos verla, por el bien de la niña, tal vez lo más prudente sería que la examinara, ¿no crees?

Jeremy siguió negando con la cabeza. Helen había visto casos similares de familiares que se cerraban en banda en confiar en la ciencia, pero ella siempre se las ingeniaba para intentar ayudar.

—¿Cree que criándola así no está expuesta a enfermarse? —le preguntó Helen— No sabe lo que es perder a una hija, pero es algo muy duro, por favor déjeme ver los informes del hospital, tan solo eso. Los leeré con detenimiento, y si puedo hacer algo porque la calidad de la vida de su niña mejore le aseguro que lo haré.

Jeremy escrutó con intensidad el rostro de Helen, no se iba a ir hasta que cediera. La lluvia mojaba al trío; Helen, impassible le sostuvo la mirada.

—Está bien, le sacaré esos papeles— dijo en tono apenas audible—, pero ustedes se quedarán en el porche, no tendrán contacto con mi hija, ¿queda claro?

La pregunta sonó como amenaza. Helen se encogió de hombros.

—Claro como el agua que nos está empapando— se anticipó a contestar Norman—, hay que darse prisa que vamos a acabar calados.

Los tres recorrieron en silencio la distancia hasta la cabaña. Helen se sorprendió que Jeremy siendo tan grande se moviese con tanta agilidad. El

escritor y la doctora se sacudieron el agua del cabello y las ropas, mientras Jeremy entró con cuidado en la casa.

—Por lo menos estamos resguardados bajo este techo, a ver si este chalado nos saca un café para entrar en calor— dijo Norman.

Helen miró el porche, una mecedora y un par de sillas alrededor de una tosca mesa hecha con una vieja y enorme bovina de cable eléctrico, Helen se imaginó que los dibujos geométricos, con la que estaba adornada, los habría hecho Jeremy con sus manos. Ya en la cafetería le había parecido sexy, había algo especial en él. Helen se frotó las manos, intentó calentarlas con su aliento, sentía la humedad en los huesos, su última compra reposaba en el maletero, con restos de polvo, pero bien seca.

Norman se sentó en una de las sillas, y comenzó a ver fotografías de otros días en el visor de su Canon. Sonreía cuando veía las que mejor le habían quedado. Helen comenzaba a impacientarse, imaginaba lo difícil que se podía poner el camino de vuelta. Se acercó a una de las ventanas, le extrañaba que no saliera claridad del interior. Apoyó la nariz en el vidrio en busca de vida, creyó ver a la niña, estaba sentada en un taburete, se cepillaba el pelo echado hacia delante lo que le impedía verle el rostro. Llevaba puesto una especie de camión blanco hasta los pies, aunque por la penumbra podría haberse equivocado. La niña levantó el cabello, Helen vio el contorno de la mandíbula, se echó la mano a la boca ahogando un grito, no podía ser. No, no era ella, o sí. Necesitaba acercarse a ella, necesitaba comprobarlo, su respiración comenzó a agitarse. No, no era ella, Wendy a la fuerza tenía que ser más alta. Norman se giró hacia Helen al escucharla jadear.

—Doctora, ¿algo va mal? —preguntó Norman.

Helen seguía tapándose la boca con una mano, con el dedo índice de la otra señaló al interior de la casa. Las bisagras de la puerta reclamaron aceite

con un pavoroso chirrido. Una mujer cruzó el quicio de la puerta, portaba una bandeja sobre sus manos con una jarra de agua y un par de vasos. Helen la miró, no sabía desde cuando era un saco de huesos, pero había algo en su rostro que le indicaba que con buena salud tuvo que ser muy bella. Detrás de la mujer, apareció Jeremy con una gruesa carpeta de plástico de la que sobresalían papeles.

—Regan, llena los vasos, lamento no poder ofrecerles nada más que agua—La mujer miró de soslayo a los recién llegados, su mano temblaba por el peso de la jarra—. Ya puedes irte.

—¿Me puedo ir de verdad? — preguntó Regan sonriendo—. Yo quiero irme.

Norman y Helen se miraron sorprendidos. Jeremy torció el gesto, sus ojos parecieron tornar de color hacia un tono cercano al azabache.

—Yo no estoy loca, de verdad...—logró a decir Regan.

Jeremy dejó caer una mano sobre el hombro de Regan, la apretó por encima de la clavícula, la mujer dejó de hablar. Helen quiso decirle que la soltara de inmediato, pero pensó que en bastante lío se había metido ya haciendo caso a Sally como para llamar a la policía por un caso de violencia doméstica. A menudo había atendido a mujeres maltratadas que después se retractaban, ellos nunca las hacían daño, como le ocurría a su madre, siempre tenían problemas de estabilidad y se caían o se golpeaban contra las puertas... La tensión iba en aumento, Jeremy la miraba con ira, Regan cerró los ojos, no se movió.

Helen no entendía lo que pasaba, no sabía si la mujer desafiaba a su marido o bien es que su enfermedad mental no le permitía discernir el obvio enfurecimiento de Jeremy. Helen no quiso mirar lo que iba a pasar, su incomodidad le hizo regresar con la vista hacia la ventana.

—¡Ah! — chilló Helen

Ante el grito de la recién llegada, Regan abrió los ojos y rio sin pausa, todos se quedaron mirándola.

Helen se había asustado al ver al otro lado del cristal la cara pálida de la niña pegada al vidrio. No era Wendy. Después de la duda llegó el sobresalto y la angustiada decepción.

—Perdonad, pero me he dado un buen susto, no me la esperaba— se excusó Helen.

Tras las palabras de la doctora Myers, la otra mujer comenzó a carcajearse exageradamente.

La niña desde el otro lado de la ventana sonrió con una boca desdentada, sus pupilas se veían brillantes sobre unas ojeras púrpuras. Helen la saludó con la mano. Regan comenzó a reír, sin parar, con diferentes tonos y velocidades.

—He dicho que entres...— ordenó Jeremy — No te lo voy a repetir más. Y tú— se dirigió a la niña a través de la ventana—, a la cama, necesitas descansar.

Helen observó cómo la niña se despegaba de la ventana, lo último que vio de ella fueron sus pies descalzos subir por una escalera. Jeremy cogió de la muñeca a Regan, le dio un tirón y la mujer comenzó a caminar aflojando la cadencia de su risa. Jeremy le entregó la carpeta a Helen cuando creyó que Regan, por fin, había entrado. Antes de desaparecer asomó su cabeza con restos de una sonrisa sardónica.

—Así que la niña que he venido a ver casi me mata del susto antes de que la pueda curar—intentó bromear Helen—. Aunque la he visto poco el color de su piel... ¿Está bien nutrida? A primera vista me inclinaría a pensar

que tiene déficit de alguna vitamina.

—Come— contestó Jeremy—, no suele dejar nada en el plato.

—¿Pero se alimenta de todo?

Helen creyó escuchar un leve gruñido mientras leía en diagonal el primer informe, levantó la vista de los papeles y vio a Jeremy apretar los dientes con la vista fija en la ventana por la que se asomaba su mujer.

—Come todo lo que podemos permitirnos— dijo Jeremy con lentitud, masticaba con rabia las palabras—. Si ha terminado de leer los papeles de sus colegas matasanos creo que es hora de que se vayan.

—Apenas he comenzado, aquí tengo lectura para rato...— dijo Helen.

—Se acerca la tormenta, tengo que cerrar todo antes de que comience a llover de verdad. Si son tan amables...

Helen miró a Norman quien buscaba a través del objetivo de la cámara algo que captar, de vez en cuando pulsaba el disparador ajeno a la conversación. Helen no consiguió ver ningún pájaro, pero Norman era el experto, algo interesante habría visto. Antes de devolverle la carpeta, pensó en Sally y en el gruñón de su marido, habían estado pendientes de Stanley, por él insistiría en ayudar a la niña.

—Quiero contribuir a curar a su hija, cuando realicé el juramento hipocrático me dije a mi misma que haría todo lo posible porque la gente a mi alrededor tuviera mejor vida, por favor permítame llevarme esta documentación, en cuanto la fotocopie se la devolveré.

Jeremy no quitaba ojo del ventanal.

—Señora... doctora, a mi hija la han visto muchos médicos, demasiados, ¿y sabe cuándo ha estado mejor? Ahora. Sin medicación, durmiendo y comiendo mucho. Además, usted aquí no tiene ni para hacerle un

simple análisis de sangre, y no tengo dinero para llevarla a un laboratorio a que se lo hagan.

—Por favor...—le rogó Helen.

Una de las hojas de la ventana se abrió, la cabeza de Regan salió a la luz.

—Quiero irme, ¿señorita me puede llevar? Seré buena, no estoy loca, se lo juro— dijo Regan.

—Llévese la carpeta, cuando deje de llover hágamela llegar— Jeremy se fue hacia la puerta con paso decidido—, ahora largo de aquí.

Helen resopló, metió la carpeta bajo el cárdigan y se subió la cremallera de la cazadora con el fin de que no se mojaran los informes de la niña. Norman se quedó rezagado disparando unas últimas fotos. Los dos corrieron hacia el vehículo, Helen echó la vista atrás, esperaba que Jeremy tuviera paciencia con la mujer. Cuando volvió la cabeza hacia el Prius algo la desconcertó, había dejado a un hombre con su mujer y su hija en la cabaña, pero le parecía haber escuchado el alarido de una bestia salvaje proveniente del interior de la morada. Se le puso el vello de los brazos de punta, no quiso volver a mirar hacia atrás. Llegó antes que Norman al coche, le dio tiempo a girar la llave en el contacto. Helen aprovechó a regular los espejos retrovisores exteriores, vio a Norman en cuclillas haciendo fotos, intentó localizar lo que retrataba: una sábana blanca bajo la lluvia, le pareció bucólico, tendrían que volver a lavarla cuando escampase, si no salía volando con la tempestad.

—¿Has capturado algún pajarraco? — preguntó Helen.

—Las aves son más inteligentes que nosotros, no sé cómo perciben que va a llover, deben tener un sexto sentido, desaparecen antes, también son las primeras en notar un terremoto— contestó Norman que no paraba de mirar el

visor de la Canon.

—¿Entonces a que le prestas tanta atención? — Helen recapacitó—
¿No me digas que le has sacado una fotografía a la niña?

—No me hubiera atrevido, aunque ese hombre me hubiera permitido hacerlo. No es nada singular, he visto el encuadre adecuado y... no sé, algo me ha dicho dispara, dispara... Mira.

Norman le tendió la cámara a la doctora Myers.

—¿Es artístico fotografiar un mantel mojado? — preguntó Helen.

—Si te fijas bien comprobarás que es una camisa.

Helen apretó el botón del zoom, observó que las dos mangas apuntaban hacia la escapatoria del viento. La camisa ajedrezada era la que llevaba puesta Jeremy el día anterior, sonrió. No supo cómo, pero al pulsar en la pantalla hizo scroll en la imagen. Al lado de la camisa de franela estaba tendido un abrigo, Helen se quedó sin oxígeno, sus cuerdas vocales emitieron un grito sordo. No podía existir tanta casualidad.

Capítulo 13

El sonido de los limpiaparabrisas al cruzar el cristal pausaba el de la lluvia incesante. De vez en cuando, con rapidez, Norman quitaba la vista del camino y miraba a Helen. Ella, a su vez, miraba por la ventana lateral desde el asiento del copiloto. Le había dicho que se encontraba mal una vez tras pasados el terreno que acotaba la valla metálica. Se bajó del coche y vomitó. Norman quiso quitar hierro al asunto haciendo unos chistes sobre la comida de Freddy, aunque para él no eran tan malos, no obtuvo éxito.

—¿Quieres que paremos? Me da la impresión de que no estés aquí conmigo...

Al volver a no obtener respuesta Norman desistió de intentar comenzar una conversación de nuevo. Norman conducía despacio, con excesiva cautela, el agua arrastraba barro en los laterales del camino. Respiró al llegar al firme asfaltado.

Helen reconocía que estaba cercana a un estado de shock. Sujetaba entre sus manos la Canon, quería volver a mirar para cerciorarse, aunque sabía lo que había visto. En su cabeza la música sonaba, la melodía dolorosa había tomado forma. Sentía martillazos en sus sienes a cada respiración, intentaba ralentizarla. Cientos de preguntas se agolpaban en su cabeza, pero la que más daño le hacía era que Stanley hubiera identificado el mismo lugar.

—Perdona por no contestarte... ese desayuno me ha caído fatal— se disculpó Helen al llegar a Snakeriver. Le había oído hablar, pero no sabía lo que le había dicho.

—No te preocupes— Norman la volvió a mirar—. Ya me dijo Stan que cuando no te encontrabas bien no hablabas... perdona por haber vuelto a

repetir su nombre— Se lamentó, apretó el volante con fuerza y se mordió el labio inferior.

—No pasa nada, está todo bien—mintió Helen.

—¿En qué piensas? El innombrable— lo pronunció con falsete intentando sacarle una sonrisa a Helen— decía que cuando te ponías a cavilar en algo el resto del mundo se podría parar que tú no te enterarías.

—Tiene... tenía razón.

—¿Es algo que has leído sobre la niña? — insistió Norman.

—¿Tu amigo no te dijo que cuando no tengo ganas de hablar y me insisten me sale una mala leche que no veas? — preguntó Helen con sorna—. No quiero ser grosera, pero en estos momentos necesito mi espacio.

—Perdona, te entiendo, pero llevo mal estar con alguien y no poder conversar.

Helen realzó su postura original mirando por la ventanilla, su dedo pulgar acariciaba la pantalla de la cámara. Las gotas que chocaban contra el cristal impactaban con más fuerza, las plantas de maíz no sabían hacia qué lado inclinarse, el viento soplaba con fuerza en todas las direcciones. Norman comenzó a tararear *Singing in the rain*, Helen se giró hacia él y sonrió.

—Me habías dicho que conocías al padre de la niña de antes, ¿verdad? — preguntó Helen.

—Si, un poco, de vista— Norman agradeció que el silencio se quebrara.

—¿Y siempre es así de extraño? No me parece normal su actitud, yo creo que debería de ser más amable si una persona intenta ayudar a su hija.

—Las gentes de por aquí son muy suyas, pero tal vez Jeremy sea de los más hoscos. A los forasteros nos pueden parecer huraños, pero ya te digo que

el espécimen tipo de estos territorios no suele ser agradable con los extranjeros como nos llaman— dijo Norman—. Aunque creo recordar que Jeremy estuvo muy colaborativo los primeros días de la búsqueda de vuestra hija. Siempre está dispuesto a ayudar, con una familia como la que le ha caído en suerte y aún tiene energías para colaborar con todo el que se lo pida.

Helen guardó la pregunta de si le veía capaz de haberse llevado a Wendy.

—¿Y si piensas eso qué haces aquí? —preguntó Helen con extrañeza— Con lo mal que lo pasas en un pequeño trayecto en coche sin hablar no me imagino como te las apañas con gente así.

—Aunque hay alguna excepción la mayoría de los habitantes de Snakeriver están cortados por el mismo patrón, no suelen ser amantes de una buena conversación. Pero no tener con quien hablar tiene ventajas, escribo y hago fotos sin que nadie me moleste. Para desquitarme, todas las noches me llama mi madre, siempre con el mismo interrogatorio, que, si he comido bien, que cuando voy a regresar...

—Mejor solo que mal acompañado— a Helen se le escapó un mohín.

—Pareces triste, ¿te encuentras bien? —preguntó Norman con exagerada preocupación.

—No te preocupes, y mira hacia delante por favor— dijo Helen—. No sé si es que me tengo que quitar las lentillas, pero veo todo cada vez más borroso. Necesito una ducha caliente y descansar.

—Es un buen plan, según está el día creo que es la mejor opción. Ya estamos llegando, ¿crees que podrás conducir desde la cafetería hasta tu motel?

—Claro, ya me encuentro mejor, ha sido el dichoso desayuno. ¿Tú

estabas presente cuando Stanley lo intentó?

—Si, de donde venís tenéis un buen saque, es mejor no invitaros a comer— Norman rio, aminoró la marcha hasta hacer parar el coche de Helen al lado del suyo—. Ya nos veremos mañana

—Sabes dónde encontrarme— Norman le guiñó un ojo—. Espero que descanses.

—Gracias Norman, eres un encanto— dijo Helen.

El hombre abrió la puerta, tan pronto como salió del Prius el viento la cerró de un sonoro portazo. Helen apretó con fuerza los ojos, no podía estar equivocada. No le había querido comentar nada a Norman, no quería que pensara que estaba loca, quería cerciorarse. Miró la pantalla de la cámara, amplió el zoom todo lo que le permitió, comenzó a gimotear.

Dos golpes secos en la ventanilla hicieron que Helen saliera del trance. En acto reflejo saltó hacia atrás al asiento del conductor, buscó algo que le sirviera como defensa, sus manos recorrieron el suelo del vehículo, no consiguió dar con ningún objeto contundente, solo encontró alguna moneda pequeña. Giró la llave, el motor se encendió. Repetidos golpes en el techo de la carrocería alteraron más si cabe a Helen; sin querer, su mano accionó la palanca de los limpiaparabrisas, las escobillas recorrían la luneta a toda velocidad. No era capaz de detenerlos, tampoco de pisar el acelerador, estaba bloqueada. El enorme hombre les debía de haber seguido, si no conseguía moverse de allí, con seguridad Jeremy haría por entrar.

«Concéntrate, eres Helen Myers, y has encontrado a tu hija. Está en esa cabaña».

Helen chilló al ver la cabeza tapada con una capucha. Clavó la columna arqueada en la tapicería del asiento, sus manos estrangulaban el volante, cortas respiraciones le llevaban a la cercanía del mareo. «Cálmate, no

hiperventiles o te desmayarás». El sujeto golpeaba con sus nudillos el parabrisas, si Helen aceleraba se lo llevaría por delante. La suela de su bota acarició el pedal. Escuchó al hombre, gritaba algo inteligible, abundantes lágrimas rodaban por las mejillas de Helen, presa del pánico. Imágenes de Wendy se agolpaban en su mente, tenía que serenarse. Sus dedos dejaron de estar agarrotados a medida que controlaba su respiración. La voz exterior comenzó a volverse comprensible.

—¡Helen! ¡Doctora Myers, mi cámara!

Lo comprendió todo, bajó la ventanilla. Norman estaba empapado. Vio en su cara enfado al entregarle la máquina. Helen no quería deshacerse de ella, si por lo menos pudiera imprimir esa imagen... Desconocía cuanto tiempo le había dejado bajo la incesante lluvia. Le vio marchar, aunque a poca velocidad los neumáticos dejaron olas como estela.

Helen permaneció en silencio, sola con sus demonios, con los ojos cerrados. Aunque su pulso era firme notaba temblores en el interior de su cuerpo, sus músculos vibraban ajenos a la voluntad de Helen, le resultaba imposible serenarse. No creía que pudiera volver a conciliar el sueño tras haber visto aquel abrigo floreado tendido al lado de la camisa de cuadros.

«¿Recuerda que ropa llevaba?» No se le olvidaría jamás, había contestado a aquella pregunta varias veces, estaba segura como iba vestida la niña, la había ayudado ella misma. La había subido la cremallera hasta el cuello justo antes de que Wendy saliera a la carrera en busca de los brazos de su padre. La despidió en el amparo del umbral, ese lugar que Stanley se negaba a cruzar.

Era demasiada casualidad que una prenda que le había costado casi quinientos dólares estuviese en el tendal de una familia tan necesitada. Se vio inundada por un tsunami de sentimientos: ira, enfado, tristeza, esperanza... ¿Y

si Sally sabía algo? Tal vez por eso la había insistido tanto en dirigirla hacia esa cabaña de madera. Tenía que hablar con ella, le urgía.

Condujo como si el firme de la calzada estuviera seco, no tenía tiempo para ser precavida. Cogió el chubasquero, le quedaba enorme, la lluvia le limpió los restos de polvo. Corrió escaleras arriba. La campana sonó al abrirse la puerta, el establecimiento estaba vacío y a media luz.

—¿Sally? —se inquietó al no obtener respuesta, no podía ocultar su desesperación— ¿Hay alguien ahí?

Freddy salió de la trastienda, en sus manos llevaba unas enormes tijeras.

—¿Se ha quedado con hambre doctora? — preguntó con malicia Freddy.

—No, gracias. No creo que me entrase nada de comida, ¿está su mujer dentro?

—La gente inteligente se ha marchado, solo quedo yo, todos están bien resguardados en sus casitas. En cuanto ese reloj lleve sus manecillas a y media, dejaré de afilar los cuchillos y de poner todo a punto para mañana.

—¿Me podría dar su dirección? Necesito hablar unas cosas con ella de mi visita— solicitó Helen con premura.

—Lo lamento querida, ha ido a ver a su tía May, nos hemos quedado sin tartas que ofrecer mañana— dijo Freddy abriendo y cerrando las puntas de las tijeras.

—¿Y la dirección de su tía?

—No vive aquí en el valle—Helen no era tan tonta, sabía que no le iba a decir donde estaba Sally—, si quiere puede dejarme una nota con lo que la quiera contar que yo gustoso se la entregaré cuando llegue a casa.

Helen dudó de si escribirla. Podría haberle dejado el número de su móvil y un escueto «llámame». Pero de nada valdría con la nefasta cobertura.

—No se preocupe, intentaré decírselo mañana.

—Jeremy es un buen tipo, ¿verdad? — preguntó Freddy mostrando sus colmillos algo afilados como sonrisa.

Helen comprobó que apenas se veía en el exterior, entre la lluvia y la oscuridad del anochecer los restos solares eran nimios. A la carrera se metió en el coche. Resopló en el asiento.

—¡Paleto de mierda! — gritó— Stan, sabe dónde está Sally... No puede ser que al segundo día de estar aquí la haya encontrado, no puede ser que tú te sacrificaras durante tanto tiempo en buscarla.

Tal vez si le hubiera acompañado a buscarla hubiera visto el abrigo antes, y Wendy ya estaría en casa y Stanley no hubiera muerto. Stanley no se preocupaba que la ropa conjuntase, buscaba la practicidad, si hacía frío le ponía varias capas de ropa. «Somos la familia cebolla», protestaba Wendy. Un grito autocompasivo acompañó al castañetear de sus dientes. Alterada por completo golpeó el salpicadero. Un rayo prologó a un estruendoso trueno. La portezuela de la guantera se abrió en uno de los impactos de los antebrazos de Helen. Al cerrarla se tropezó con el trébol de cuatro hojas. Era una especie de camafeo de bisutería barata, «A ver cuando llenamos la cuarta hoja, mujer suertuda» le decía Stanley. En cada una de las hojas se podían ver las fotos de quien formaban la familia cuando se lo regaló. «No se puede tener tanta suerte, tienes a la hija más preciosa del mundo y también al hombre que tiene el record mundial de amar». Helen callaba, no le gustaba expresar sus sentimientos.

—¿Y ahora qué hago? ¿Dónde voy? — preguntó Helen acariciando las caras amarillentas del trébol—. No puedo esperar a mañana, ¿es tu abrigo,

verdad, cariño? No sé qué hacer, ¿y si me lo estoy imaginando y estoy perdiendo la cabeza?

El viento soplaba con fuerza, Helen creyó escuchar algo en el ulular... Norman.

Arrancó el vehículo, el aguacero era tal que sus neumáticos se desplazaban a una velocidad apenas imperceptible. Una balsa de agua intentó lanzarla contra la cuneta. Los rayos parpadeaban alejando la oscuridad por momentos. Tenía frío, no por la lluvia o el viento, era algo interno. Bajó del coche, no se tapó con la capucha, no le importaba mojarse, necesitaba respuestas.

Subió los cuatro escalones que levantaban la planta baja del suelo. Pulsó el botón del timbre. Luego otra. No le abrió la puerta. ¿Y si el timbre estaba desconectado? Golpeó con vehemencia la puerta, sus nudillos entraron en calor. Esperó, pero Norman no le abrió la puerta. Volvió a llamar, nada. Apoyó el oído en la puerta y gritó el nombre del escritor. Tal vez se estuviera secando de la mojadura que le había hecho padecer, tal vez por esa razón estaba tan enfadado con ella que no la quería abrir.

Norman visionaba las fotografías que había sacado esa tarde en el sótano al ritmo de la obertura de *El muro del diablo* de Smetana. Había realizado varios retratos de Helen sin que ella se hubiera percatado, respetaba la memoria de Stanley, pero la realidad es que ya no estaba. Si sabía jugar sus bazas todo podría suceder. La fotografía en la que aparecía el abrigo la eliminó de la memoria, el encuadre no le parecía bueno.

Helen se cansó de esperar. Con la tormenta que estaba cayendo no le quedaba otro remedio que guarecerse. Al llegar a la habitación del motel corrió hasta el baño, se arrodilló frente a la taza e introdujo sus dedos en la boca, vomitó lo que todavía quedaba en su estómago. Se despojó de las

prendas húmedas y las dejó esparcidas por el suelo. Abrió el grifo del agua caliente de la ducha, mientras el vapor inundaba el baño, se quitó las lentillas. Debajo de la alcachofa se dejó llenar de calor, su piel blanca enrojeció, permaneció acurrucada hasta que las yemas de sus dedos quedaron arrugadas. La ducha había sido reparadora, su cuerpo estaba más relajado, su cabeza seguía igual de confusa. ¿Era real lo que creía haber visto?

Recordó las palabras de la única carta que había leído de Stanley. El sheriff no le había hecho caso, pero a ella sí que se lo haría. Estaba decidida. Estaba segura de que había visto el abrigo de su hija mojándose prendido de unas pinzas en el tendedero de la granja de Jeremy. No sabía cuántos abrigos habría por el mundo igual al de su hija, pero le resultaba imposible que aquellas personas que no podían permitirse tener luz eléctrica pudieran poseer esa prenda.

Se tomó su tiempo para vestirse, creía que no iba a cambiar de opinión, que no iba a volver a dudar, pero quería un poco más de tiempo para afianzarse en su idea de acudir a la oficina del sheriff. Se subió la cremallera de la cazadora, por encima se colocó el amplio chubasquero.

Corrió hacia la recepción, la lluvia no amainaba. Sonrió a la mujer de la noche anterior.

—Buenas tardes señora, como me alegra que no nos haya dejado— la recepcionista ladeó la cabeza—. Perdone, ¿pero se encuentra bien? Trae mala cara

—Me ha debido sentar mal el desayuno, fue demasiado copioso, y yo no estoy acostumbrada— contestó Helen llevándose la mano a la boca escenificando el acto de vomitar.

—Nada que no pueda solucionar una sopa casera, ¿le apetece un cuenco? — la ofreció la recepcionista— Está calentita, lleva toda la mañana

en el fuego haciéndose poco a poco.

—Muchas gracias, pero hoy no voy a abusar de su hospitalidad— rechazó Helen con una tímida sonrisa—, tan solo me he acercado para ver si es tan amable de indicarme donde se encuentra la oficina del sheriff.

—¿Le ha ocurrido algo malo, señora? — el rostro de la mujer se llenó de preocupación.

—No ha sido nada, un ligero golpe en el aparcamiento del Freddy's... — improvisó Helen—. Con esta agua no se ve nada... un camionero me ha dado el número de matrícula de la camioneta, una vieja Chevrolet Apache pintada en dos colores, el conductor era un hombre alto...

—Como si lo viera... Jeremy y su mala suerte, perdónele, de un parte a su seguro y no mencione el número de la matrícula. Apenas tiene dinero, no creo que disponga siquiera de seguro.

—Pues espero que si...— replicó Helen.

—Señora Myers, hágame caso por favor, la mala suerte le persigue, sus padres fallecieron en un incendio con él delante, de las cenizas levantó su cabaña con sus propias manos. De vez en cuando viene por aquí a hacer alguna chapuza que las delicadas manos de mi hijo no le permiten realizar, ¿Y sabe lo que nos cobra? No suele aceptarnos nada. Dice que cuando el negocio prospere ya nos pasará la factura de la mano de obra, que mientras su familia tenga para comer nada les faltará.

—Entiendo que sea una buena persona, pero tendrá que hacerse cargo de sus actos— opinó Helen, «dime donde está la dichosa comisaría».

—Una pena de hombre, con lo bondadoso que es y Dios le ha castigado con lo más importante: la falta de salud. Su mujer... pobrecilla, pero lo de su niña... resulta que es una niña burbuja de esas, con un estornudo se puede ir

para el otro barrio, lo que debe sufrir ese hombre no está escrito.

—No se preocupe, si lo mismo no es ese hombre, le prometo que si es el tal...

—Jeremy.

—Pues si el propietario de la camioneta en cuestión es ese Jeremy le prometo que no le denunciaré, les diré que mi seguro me pide la denuncia para que me arreglen el golpe.

—¡Qué alegría me da! Se le ve cara de buena persona.

La recepcionista acompañó a Helen a la salida y le dio las indicaciones precisas con las que Helen, cinco minutos después, llegaría a su destino.

—Si se encuentra después mejor, le estará esperando un buen cuenco de sopa humeante.

Helen no escuchó los gritos de la recepcionista. En su cabeza solo estaba la ruta a seguir. Al volante ordenó todo lo que le iba a decir en la comisaría, los pensamientos se agolpaban, no diría la verdad, tenía que inventarse una historia, a Stanley le habían tomado por loco, tal vez ese era el motivo por el que no le habrían hecho caso.

Al abrir la puerta de la pequeña comisaría, se encontró de frente con dos enormes suelas gastadas encima de un escritorio. Los pies cruzados que veía pertenecían a un hombre con el pelo anaranjado. El agente de la autoridad no se percató de la llegada de Helen, observaba con suma atención la pantalla de un iPad. Helen permaneció de pie en silencio, reparó que el cinturón del policía con su arma reglamentaria descansaba encima del escritorio al lado de una bolsa de chucherías. Tras escucharle dos risotadas, Helen carraspeó. El hombre alzó la vista de la pantalla y se incorporó.

—Perdone, estaba embobado con una vieja película de los Marx. ¿En

qué puedo ayudarle? — con la mano le indicó que tomará asiento, a la vez que el volvía a repanchigarse en su sillón.

—Buen gusto, ahora solo saben hacer quintas partes, *remakes* o *reboots* de los clásicos— opinó Helen.

—Es lo que demanda la juventud, cine palomitero y poco más, poco se puede esperar de las nuevas generaciones, pero dígame que le ocurre, porque con lo que está cayendo no creo que haya venido hasta aquí para mantener una conversación cinéfila.

Helen tragó saliva, podría pasarse hablando sobre cine un día entero. Hablar de la desaparición de su hija era más complicado. Si se presentaba como Helen Myers, poco tendría que ganar, pensó que no la prestarían atención si decía que era la madre de la niña que había desaparecido hacía tres años, la exmujer de Stanley, el paranoico que se negaba a admitir que había dejado el coche abierto y su hija había desaparecido.

—Verá, soy la doctora Helen Myers— frotó sus manos una contra la otra con fuerza—. Por vicisitudes del destino esta tarde he visitado a una familia, y me gustaría que me acompañaran porque lo que he visto no me parece normal.

—¿Normal...? Señora, ¿para usted qué no es normal? Porque para mí lo es, que usted venga a verme con este temporal, ¿no podría venir mañana o pasado cuando todo esté más normal? — dijo el agente remarcando la última palabra haciendo el gesto de comillas con sus dedos.

—¿Perdone? No sé si le he entendido bien, ¿me está diciendo que como llueve no va a hacer su trabajo? ¿De verdad... sheriff? — preguntó Helen.

—Todavía me quedan unos años para que me pueda llamar así, el viejo se tiene que jubilar... eso o que se vaya al otro barrio, son las dos opciones para quedarme la plaza vacante. Y si, ha oído bien, a no ser algo flagrante,

algo de lo que dependa la vida de alguna persona no pienso mover mi culo de esta silla— el ayudante del sheriff estiró la punta de su bigote ligeramente encanecido.

—Señor, soy nueva por estas tierras, pero no soy tonta. Si solicito que me acompañe a....

—Señora doctora, desconozco el motivo por el que ha venido hasta aquí con la que está cayendo, pero le repito que si no es para algo importante, no por algo extraño, no pienso moverme de aquí, ¿entiende?

—Pues si me deja se lo explicaré muy rápido — dijo Helen con arrogante ironía. El policía le animó a darse prisa con un gesto de la mano—. Pues verá, hay una familia algo peculiar a las afueras de esta población, tienen una niña enferma y...

—¿Me está hablando de la niña de Jeremy? — preguntó con sequedad el agente.

—Si... creo que en ese domicilio la niña empeorará, y en virtud de mi profesión le solicito que me acompañe, ese hombre me parece un tanto hosco, y creo que se negaría a trasladar a su hija a un lugar donde la vida de su hija no corriera riesgos innecesarios— dijo Helen.

—Doctora, usted puede pensar que Jeremy es... ¿hosco ha dicho? — el policía resopló— Puedo entender que opine eso de Jeremy, la primera impresión de un tipo de dos metros con su carácter... pero que su aspecto no le lleve a engaños. La realidad es que es uno de los ciudadanos más serviciales, siempre está dispuesto a ayudar... y no lo digo porque seamos medio familia...

—Entonces... ¿no me va a acompañar? ¿No le importa que esa niña que es medio familia suya pueda empeorar? — preguntó nerviosa Helen.

—Mire, conozco a Jeremy desde que tengo uso de razón, él tiene un par de años más que yo y su vida no ha sido demasiado agradable, por lo que no voy a ir a molestarle esta noche, si él cree que su hija está bien en su cabaña será que es así. Si no tiene nada más que decirme le ruego que vuelva mañana, o mejor, cuando escampe.

—Con todos mis respetos, a mí la vida de su familiar me importa una mierda... Lo que quiero comprobar es que...—su voz tembló— solo quiero comprobar que la niña esté bien.

El policía se levantó de la silla. De una pitillera plateada extrajo un cigarrillo, lo encendió frente a una de las enormes pegatinas donde indicaba la prohibición de fumar en el interior de la comisaría. Tras dar dos caladas miró a los ojos a Helen, se sentó sobre el escritorio.

—Doctora, no tendría que darle explicaciones, me bastaría con meterla en el calabozo y dejarla ahí hasta hacerle entrar en razón, pero le voy a contar algo. Como ya le he dicho nuestros árboles genealógicos provienen del mismo ramaje, el abuelo de Jeremy y el mío eran primos. Cuando iba al colegio coincidí con él un curso, su último año escolarizado— dio otra calada e intentó, infructuosamente, hacer un aro con el humo que salía por su boca— Jeremy había repetido en dos ocasiones. A pesar de la diferencia de edad, yo le tenía que defender, en la escuela había más de un capullo, en solitario eran unos acojonados, pero si las hienas se juntan... Nadie se atrevía quitarle el bocadillo ni a insultarle, ya de pequeño era enorme, pero si se reían de él a sus espaldas, apenas hablaba y los compañeros dudaban de que supiera leer. Le apodaban el maldito, decían que en las cercanías de su casa pasaban cosas raras, que su padre hacía pactos con el diablo... a mí me daba pena, me parecía que era un niño bueno, de vez en cuando tartamudeaba, creo que por eso le costaba hablar, pero... yo tampoco le defendí, no quería que me crucificasen a mí también, los niños son muy crueles. El último día que Jeremy

acudió a clase, yo falté, estaba enfermo. Bendije la fiebre al enterarme lo que sucedió— la siguiente calada llegó hasta el filtro, el policía tosió—. Ese día se rieron de Jeremy porque se había olvidado cambiarse de calzados, en sus pies llevaba unas zapatillas de andar por casa, hoy por hoy no sé si buscó que se rieran de él para tener una justificación para lo que ocurrió después. Las burlas no tardaron, imagínese... Con tranquilidad y sin mediar palabra, se levantó de la silla, sacó un revólver y comenzó a encañonar uno por uno a todos los compañeros, a los pocos que no se mearon encima les introdujo el cañón en la boca. La señorita Woodhouse pidió la baja voluntaria al día siguiente, y abandonó el pueblo; la razón que esgrimió fue que había sido incapaz de defender a sus alumnos... Hasta que llegó la hora de salir Jeremy estuvo pintando con sus ceras en su pupitre, nadie levantó la cara del suelo, nadie dijo nada. Al sonar la campana metió el arma en la mochila junto a sus cuadernos y se marchó a casa. No volvió a la escuela, dicen que su padre al enterarse de lo que había hecho le había dado una paliza casi mortal... Espero que entienda el motivo por el cual no la voy a acompañar a estas horas a verle, no me gustaría enfadarle levantándole de la cama.

—¿Y nadie lo denunció? —preguntó Helen sorprendida.

—Los que se habían burlado de él asumieron su culpa... para los demás que no volviera la Woodhouse fue un motivo de alegría. No me mire con esa cara, si usted me dice que la señorita Woodhouse se acaba de saltar un semáforo no dude que iría ahora mismo a sancionarla, pero Jeremy es una buena persona... si nadie se mete con él.

Las manos de Helen temblaban, quería contarle lo del abrigo.

—¿Mañana estará el sheriff?

—Supongo que vendrá, si el tiempo lo permite. No es la primera vez que nos quedamos incomunicados, pero le advierto que él será menos

receptivo que yo. Jeremy siempre está el primero para ayudarlo cuando sucede una desgracia, hace unos años desapareció una niña y él se prestó de inmediato para acompañarnos en las labores de rastreo, conoce la zona como la palma de su mano— contestó el policía.

—Lo tendré en cuenta, muchas gracias y...—Helen pensó en una impertinencia que aquel hombre fuese capaz de entender— Buenas noches.

Las botas del ayudante del sheriff volvieron a cruzarse sobre el escritorio, Helen le echó una última mirada de desprecio. Para ella, lo lógico hubiera sido que la acompañase a la puerta, o por lo menos que hubiese esperado a que hubiese abandonado la oficina para ponerse cómodo.

Capítulo 14

La tapicería del Prius recibió el cuerpo empapado de Helen. Nunca había sufrido una tormenta similar, siempre había contemplado la crueldad de la climatología a través de la televisión. Apenas había corrido cuatro metros y tenía hasta las bragas mojadas. El viento lanzaba los perdigones de lluvia con fuerza, el sonido al caer sobre la carrocería hacía pensar a Helen que estaba en el interior de una lata. Se quitó las gafas y las desempañó con un pañuelo de papel. Giró el volante, metió marcha atrás y salió a la carretera. Volvería al motel Voorhees, se cambiaría de ropa e iría en busca de la sopa prometida. Pulsó el botón de encendido de la radio. El rastreo automático de emisoras no tuvo éxito, entre la *nieve* logró escuchar los primeros acordes de una de las canciones preferidas de Stanley. Sus manos atenazaron el volante, se sintió bloqueada, «ahora no, es peligroso, cálmate». Las interferencias dejaron atrás a *The Boss*, pisó un poco más el acelerador, cuando llegase la sopa estaría fría.

El aparcamiento seguía vacío cuando llegó, el clima no acompañaba a hacer turismo. Corrió lo más rápido que sus piernas le permitieron hasta llegar a su bungalow. Necesitaba una ducha que la hiciera entrar en calor. Abrió el grifo, el agua helada no se templó. Marcó la extensión de la recepción, no obtuvo respuesta. «Bienvenida a Snakeriver, podrá vivir toda una aventura rural, sin móvil, sin agua caliente... venga y podrá decir que ha conocido como vivían los pioneros de Norteamérica». Resopló, necesitaba entrar en calor, aunque su sangre estuviera hirviendo, ella estaba helada. Sopesó echar otra carrera hasta la recepción para preguntar a la madre del dueño el motivo por el cual no se calentaba el agua ni había línea telefónica, supuso que sus respuestas serían que eran los efectos secundarios de la tormenta. Debería

correr ida y vuelta, tomar esa succulenta sopa que no sabría si podría retener sin expulsar de su organismo y seguiría mojada. Y continuarían las cartas sin leer, y todavía tendría que echar un vistazo a los informes de la niña. ¿Y si todo fuera una casualidad? ¿Y si el abrigo se parecía, pero no era el mismo? Los chinos imitaban cualquier cosa, podrían haberlo comprado en un mercadillo. Podía probar a leer, podía encender el pequeño televisor, podía... «No vas a estar bien hasta que compruebes que no es culpable, lo sabes. Y no, no soy estúpida, sé lo que vi». Se cambió de ropa tan rápido como pudo. Lo tenía decidido. Cogió las cartas de Stanley y los informes clínicos de la pequeña, los metió en el cajón de la mesilla del que extrajo el arma. La introdujo en el bolsillo interior de la cazadora.

Apenas conseguía ver las líneas blancas de la carretera. No podía esperar hasta ver como amanecía al día siguiente, si el agente de la ley la hubiera dicho que le diera una hora para acompañarla no habría sido capaz de esperarle. Al llegar al camino de tierra dio un volantazo para dejar atrás la carretera. Cruzó los campos de maíz, la tierra empapada se había vuelto una pasta deslizante. Al ir bajando la colina el coche comenzó a perder la estabilidad del eje trasero, las ruedas patinaban a cada toque del freno. Entre sudores llegó ante la imponente verja metálica. Optó por dejar estacionado el coche frente a la puerta que por la tarde estaba abierta. Cogió del asiento trasero el chubasquero, primero metió la cabeza luego los brazos, le quedaba enorme. Palpó el arma bajo la capa plástica y la cazadora, como de costumbre se miró en el espejo retrovisor, estaba horrible. Se ajustó las gafas y anudó su pelo en una estirada coleta, como cuando entraba en quirófano. Estaba segura de que Wendy la estaba esperando. Algo en su interior le decía que no estaba equivocada, la velocidad de su corazón iba en aumento, la iba a encontrar, estaba segura, iba a demostrar que el presentimiento de que estaba allí era cierto. El ayudante del sheriff le había indicado que le acompañaría al

día siguiente, pero... ¿y si no había futuro para su hija pasada esa noche? ¿Y si no actuaba, qué podría pasar esa misma noche? ¿Y si el tal Jeremy recibía una llamada de la comisaría y junto a la visita vespertina acababa atando cabos? No quería pensarlo más, era el momento, estaba allí. Desconocía si estaba preparada para lo que pudiera pasar, pero estaba segura de que no se iba a rendir. No se iba a arrepentir de que su inoperancia pudiera llevar consigo algo peor, no iba a distraerse por las dudas y el sentimiento de culpa de no haber acudido a esas tierras antes, nunca más.

Sus botas pesaban más a cada paso que daba, la tierra bañada por la lluvia se había convertido en un lodazal. Antes de llegar a tocar el frío metal de la cancela, el barro la zancadilleó. Sus manos evitaron que su rostro se diera de bruces contra el suelo. A pesar del frío, sus palmas habían entrado el calor por el impacto, en su interior algo ardió, bajo el amparo de la soledad y de la fuerte tormenta gritó de rabia, fruto de la caída. La alta valla resultaba más colosal a ras de suelo, las dos hojas estaban atadas con una gruesa cadena que daba varias vueltas bien apretadas, un enorme candado la aprisionaba sin dejar resquicio por el cual poder colarse en la propiedad privada. Lo más alto de la cancela estaba coronado por alambres de espino oxidado. A duras penas consiguió ponerse en pie, las suelas de sus botas resbalaban sobre el terreno. Sin levantar el calzado deslizó un pie tras otro, era obvio que Wendy había sacado la agilidad de Stanley. Helen echaba de menos volver a verla sobre las afiladas cuchillas patinando con su inocencia ante la angustiante mirada de ella ante el temor de un doloroso y húmedo costalazo que nunca se produjo. Ella solía verla amarrada a la barrera con los pantalones empapados y las rodillas amoratadas de tantas veces como se había caído. Con todas sus fuerzas zarandéó la puerta, las hojas apenas se movieron un ápice, por el hueco entre ambas jambas no hubiera atravesado ni un colibrí. Volvió a agarrar el metal y echó su cuerpo hacia delante, luego hacia atrás, no había

forma de mover aquella mole de hierros. Apoyada en los barrotes caminó alrededor del perímetro unos treinta metros a ambos lados, no encontró un resquicio por el cual pasar al otro lado.

Estaba agotada, la lluvia, el peso de sus pies, pero sobre todo la desesperación, apoyaban la opción más fácil: que abandonase.

—Está aquí Stan, no me voy a rendir— dijo Helen en voz alta—, la vamos a encontrar.

Miró hacia arriba, no sabía calcular bien si serían cuatro o cinco metros de altura. Con los ojos puestos en la alambrada oxidada comenzó a trepar, A cada intento de superar el salto inicial sus pies se resbalaban, Las fuerzas le comenzaron a abandonar cuando las caídas superaron en número a los pasos verticales que daba. Apoyó su espalda en la valla, intentó desatarse los cordones, pensó que tal vez descalza podría subir con más facilidad. Al deshacer el nudo, el dolor que recorrió sus falanges fue atroz, estaba aterida de frío, si se quitaba las botas dejaría otra vía vulnerable para que la muerte se acercara a ella.

Sacó fuerzas y se volvió a levantar, el coche no estaba tan lejos, una retirada a tiempo podría convertirse en una victoria, pero no para Helen. Tenía que moverse tan rápido como pudiera, necesitaba entrar en calor tanto como una brecha en la valla. Cada poco intentaba limpiarse con la manga las gafas, por muchos filtros que la óptica le hubiese vendido no estaban preparadas para una ciclogénesis. El viento feroz bamboleaba la valla, pero no con la suficiente fuerza para echarla abajo. Observó los altos árboles, sus ramas azuzadas por el vendaval buscaban la caricia del barro. Le dio la impresión que en esa zona de la valla la altura máxima era menor.

«Ahora».

Una sonrisa de orgullo se dibujó en el rostro de Helen, había elevado

su culo unos dos metros del suelo. Su alegría aumentó, no había rastro de alambrada en ese tramo. Al rebasar con la mano el límite vertical el rigor del esfuerzo cambió por una extenuante sonrisa. Al subir la pierna inversa notó algo, no podía continuar, el pantalón se había enganchado. Tiró con más fuerza y sintió su piel rasgarse. El dolor era tolerable, pero pensó que si insistía en seguir hacia arriba sin liberarse la herida se haría más grande, un paso hacia atrás. Se agarró con una mano a la verja, con la otra cogió un saliente de metal que se le había incrustado en el muslo. Lo movió con cuidado, primero de lado a lado, luego en círculos, la varilla metálica cedía, estaba bien clavada. Helen se concentró en su respiración, poco le importaba que la lluvia le hubiera calado hasta las bragas, si no sacaba aquello de su pierna podría darse por muerta. Cerró los ojos, la negrura de la noche no era suficiente, apretó con fuerza el metal, soltó el aire de sus pulmones por la boca. El aullido llegó antes de que la sangre brotara. Su cuerpo cayó al vacío, el impacto fue amortiguado por el barro.

«Rápido, un trozo de tela».

Se quitó el chubasquero, bajó la cremallera de la cazadora y arrancó una de las mangas de su camiseta. Con rapidez el torniquete cumplió su cometido, la sangre pronto dejó de correr por la pernera del pantalón. El primer paso le dolió, a los siguientes no les prestó atención. Miró hacia arriba, con la pierna lastimada el esfuerzo iba a ser mayor. Por primera vez bajó la cabeza, se mordió el labio inferior y gimoteó. Al volver a abrir los ojos descubrió algo que no había observado hasta ese momento, «siempre hay diferentes puntos de vista». Sus dientes dejaron de apretar, rio, no se lo podía creer. La solución había estado tan cerca, y no se había percatado hasta que sus ojos enfocaron a ras de suelo. El pequeño riachuelo que había visto esa tarde había aumentado el caudal. La fuerza del agua había horadado un boquete por el que bajaba el torrente con fuerza.

Helen tragó saliva, nunca había considerado que saber nadar fuera a ser una prioridad en su vida. Se agachó ante el cauce, el agua arrastraba piedras y barro. Desconocía si su cuerpo podría caber. No lo pensó dos veces, necesitaba pasar al otro lado. Retuvo todo el aire que pudo, con sus dedos a modo de pinza clausuró los orificios de la nariz, apretó los labios y se lanzó contra la corriente.

La zambullida la tuvo bajo el agua apenas dos segundos, a ella le pareció una eternidad. No creía haber abierto la boca, pero sus dientes mascaban tierra. Al escupir, tragó agua, levantó la cabeza todo lo que pudo intentando escapar de aquella avalancha, su cabeza topó con la verja metálica, notó rasgarse la piel de la frente. Se sostuvo agarrada a la valla, buscaba reunir fuerzas para una nueva inmersión con la que lograr pasar al otro lado. Cuando se disponía a llenar sus pulmones a la máxima capacidad observó que algo descendía por el cauce a gran velocidad, cuando consiguió enfocar se dio cuenta que era una rama de un árbol de grandes proporciones, calculó que si solo soltaba una mano evitaría el impacto. La madera golpeó su muñeca, quiso gritar bajo el agua. Notó que sus pies tocaban el suelo, concentró sus energías y se lanzó impulsada en diagonal hacia arriba, en dirección donde ella pensaba que estaría a salvo. Gateó para llegar a la orilla, se sentó con la respiración entrecortada, echó la vista atrás, veía todo emborronado. Un ataque de desesperación crujió su gemido, sus gafas no estaban, se tocó el pecho, tampoco pendían del cordel de nylon. Palpó los alrededores, nada, la corriente las había engullido. Intentó no desesperarse, tenía que moverse, su pierna ardía, pero el resto del cuerpo estaba helado tras la inmersión. Se incorporó y obligó a su pierna a funcionar. Con miedo dejó resbalar su mano por el chubasquero, le costaba respirar, bocanadas cortas, al toparse con el bulto en la cintura suspiró, «no lo hemos perdido todo, cariño. Vamos».

Los relámpagos alumbraban el cielo, el estruendo de los truenos hacía

vibrar el terreno que pisaba, el foco de la tormenta lo tenía justo sobre su cabeza. «Vamos un poco más, lenta, pero segura». Esas palabras se las había sugerido a Wendy más de una vez, la niña opinaba que los deberes eran siempre facilísimos, los hacía a toda prisa sin percatarse de los errores que cometía, y que luego ella le corregía a regañadientes.

Helen se desplazaba despacio, la pésima visión lastrada por la laceración en la pierna se unía a las palabras con las que Stanley le había descrito el lugar. No podía caer en uno de los múltiples cepos dispuestos por la parcela. Arrastraba la pierna herida en busca de algo similar a una senda que le acercara a la cabaña. Cuando tropezaba con algo que no podía distinguir se agachaba y con sumo cuidado palpaba lo que se interponía en el camino. Al topar con una rama se decidió a cogerla, utilizaría el trozo de madera como avanzadilla. Si una de esas trampas hacía su función y la dejaba inmobilizada lo más probable es que no saliera viva de aquel lugar, Wendy jamás aparecería si ella dejaba de buscar.

Entre la densa lluvia consiguió atisbar un claro, cobijada bajo unos árboles de altas copas descansaba la cabaña de madera. Los constantes rayos se reflejaban en los cristales de la casa, otro fogonazo más, Helen cerraba los ojos, el cielo podía resquebrajarse en cualquier momento. Calculó que le quedaba por recorrer una distancia de apenas una pista de atletismo. Sin pensárselo se lanzó detrás de un arbusto, no había caído en la cuenta, si ella podía ver la casa tal vez ese hombre pudiera divisarla. Agazapada, se llevó la mano a la herida. Cogió barro y lo aplicó sobre el torniquete, sintió que el emplaste le calmaba el dolor. No se disiparon las molestias, pero comenzó a pensar que si podía superar una depresión también podía hacer frente a una fea cicatriz en el muslo. Apretó la mezcla de tierra y agua, el dolor amainaba, la lluvia no. Fuera causa de la mezcla de barro, o del poder de su mente se sentía mejor, forzó su vista apretando los ojos. Animada por las sensaciones

comenzó a arrastrarse, su cuerpo acurrucado descendía por un sendero improvisado entre pequeños arbustos y matorrales. De vez en cuando su velocidad aumentaba al resbalar por el lodazal cuesta abajo. Cuando ya creía que la pendiente era escasa se confió, su cuerpo se deslizó por el terraplén que se había formado, como pudo anticipó el golpe contra un tronco, apoyó las suelas en la base del árbol e hizo fuerza. La respiración ajetreada volvió a aparecer, se podía haber hecho mucho daño. Acarició el rudimentario emplaste, cacheó su cintura, el arma seguía en su poder. Su mente no se desprendía de la tiritona, tenía que avanzar. Intentó ponerse en pie, la lluvia calló un quejido, necesitaba grapas para su pierna, no se iba a desangrar, pero tenía la sensación de que la herida se agrandaba.

Nadie podía haberla escuchado ante el atronador ruido de la tormenta, pero Helen se sintió observada. Giró su cabeza hacia todos lados sin encontrar a nadie, ni los animales saldrían de sus madrigueras en esa noche. De todas formas, esperó a moverse, se quedó inmóvil, hecha un ovillo buscó con sus pupilas a alguien. Nada ni nadie se acercó.

—¡Vamos! — se dijo a si misma con la intención de envalentonarse.

La distancia era mínima, pero el último tramo se le estaba haciendo eterno. A cada poco paraba, estaba agotada pero no se iba a rendir, creía estar muy cerca de su objetivo, aquel abrigo les había delatado, era imposible que nadie hubiera entregado aquella prenda a la beneficencia. Volvió a mirar atrás, tenía la sensación de que algo extraño estaba ocurriendo, más allá de que la lluvia le golpease desde todas las direcciones. Esperaba ver en cualquier momento una alimaña chapotear, presa de un cepo, que le hiciera recuperar una tensa calma. Un nuevo trueno hizo crepitar hasta el suelo sobre el que se arrastraba, sintió las vibraciones penetrar en su cuerpo. Se asustó al ver a escasa distancia como un rayo partía en dos un árbol, las llamas duraron un santiamén. Estaba aterrorizada. Su respiración comenzó a dejar de ser

uniforme, giró sobre su cuerpo y dejó su espalda descansar sobre el fango, cerró los ojos. Desconocía cuanto tiempo llevaba mojándose, tocó el móvil dentro de su pantalón, si el agua no lo había estropeado podría saber por lo menos que hora era. Abrió los ojos, su mano sacó el teléfono del pantalón, tocó la pantalla, se encendió. No se lo podía creer, si ese milagro había sucedido porque no iba a encontrar a su pequeña. Con cuidado de no perderlo lo introdujo en el bolsillo interior del chubasquero. Antes de reincorporarse a su lenta marcha su mano retrocedió, con nervios cogió el arma por la empuñadora y la sacó lo más veloz que pudo. Algo, o alguien se acercaba por su retaguardia, una luz artificial había delatado a la presencia. Helen tragó saliva, no tenía tiempo para ocultarse, decidió esperar. Desconocía el funcionamiento de la pistola, de haberlo sabido en el estado de nervios en el que se encontraba dudaba que hubiera podido acordarse, en ese momento sería incapaz de recordar cómo realizar una reanimación cardiopulmonar por más veces que la hubiera practicado en el servicio de urgencias. La luz batía de lado a lado el paraje, debía de estar buscándola con una linterna, su dedo índice tamborileaba sobre el gatillo, no sabía con cuantos disparos abatiría al hombre, pero lo que tenía claro es que haría lo que fuera por ver de nuevo a su hija, hasta matar. La luz se alejó, no la tenía localizada. Helen volteó su cuerpo sobre el barrizal, clavó los talones sobre el suelo y flexionó las rodillas buscando impulso con el que alcanzar el parapeto que le brindaba, lo que le pareció entre las sombras, una roca. El terror le llenó el semblante con un gesto de crispación. ¿Y si el arma no tenía munición? No se había percatado de comprobarlo antes de salir del motel en busca de Wendy.

«Stan, seguro que la cargaste, ¿verdad? Tú siempre tan precavido...», pensó Helen. ¿Y si esa cautela le había hecho presagiar que cualquier persona podría empuñar el revolver? El pánico le impidió buscar alguna palanca o botón que le permitiera extraer el tambor. Las manos de Helen temblaban, no

se percató que la luz era cada vez más intensa y que se movía más rápida, cada vez más cerca de ella.

Un trueno acompañó al instante a un lacerante relámpago que emblanqueció el cielo. Helen no se dio cuenta qué sobre la roca, bajo la que se escondía, se habían posado las suelas de dos botas.

—¡Sal!

Entre la bruma auditiva la mujer escuchó la orden. No iba a hacerle caso. Apretó el arma con ambas manos, su respiración más desbocada, más angustiada.

—¿Qué haces ahí? Sal— dijo la voz que Helen, sin dudar, identificó como masculina.

«No puede sacarte sin que le dispares, aguanta. Se va a poner a tiro», decidió hacer caso a la voz que le aconsejaba en su cabeza. Helen esperaba que diera un salto para sorprenderla, si conseguía apuntarle intentaría alcanzarle en una rodilla, algo doloroso, no mortal, con un balazo en la articulación le sería más difícil alcanzarla. Agitó con levedad el arma, «tiene que haber balas».

—Sé que estás ahí, venga sal— dijo la voz entre la sonora tromba de agua cada vez más acuciante.

Helen no quería parpadear, creía que en cuanto lo hiciera el hombre se abalanzaría sobre ella. No le importaba estar calada hasta los huesos, ni la herida en el muslo, iba a aguantar todo lo que hiciera falta, iba a volver con Wendy. Quería gritarle que estaba armada, pero su voz estaba petrificada. Tenía la duda de que una bala saliera del cañón de su arma al presionar el gatillo, pero estaba segura que si el hombre se plantaba frente a ella y no disparaba, él le arrancaría de las manos la pistola en un posible forcejeo. Un rayo iluminó la estampa del atacante, Helen comenzó el movimiento hacia

atrás del gatillo, tenía que estar preparada y no dudar de lo que iba a hacer. Ser médico no implicaba dejar de estudiar una vez que tuvo el certificado que lo acreditaba, tanto tiempo intentando mejorar como curar y salvar vidas, y se encontraba tumbada en el suelo en disposición de matar si era necesario. Las piernas le temblaban, mezcla del miedo y del frío. El hombre alumbraba con la luz los pies de Helen.

—Por favor, sal. Con esta maldita tempestad vamos a coger una pulmonía— «no, ni de broma, si quieres cogermé ven a por mí»— Vamos Helen, sal.

La voz la acababa de llamar por su nombre, no recordaba habérselo dicho a Jeremy.

—Helen, llevo en la carretera más de cuatro horas, por favor sal.

Con el rostro asustadizo Helen asomó su rostro.

—¿Damien, eres tú? — preguntó Helen con voz quebradiza.

—Soy tu príncipe azul, quien si no iba a venir a rescatarte— dijo Damien tendiéndole una mano, con la otra sujetaba una potente linterna.

«Si estuviese vivo... no habría tenido que venir a rescatarme, me hubiera acompañado». Helen le dio la mano y se dejó abrazar por su marido.

—Creía que no te encontraría jamás, venga vamos a la habitación del motel, vaya pinta llevas, ni que hubieras salido de una tumba— dijo Damien.

Él tiró de la mano de su pareja, pero Helen no se movió. Algo no le cuadraba, no iba a moverse, una fuerza inusitada se apoderó de la mano que todavía sujetaba el arma. La mujer levantó el cañón de la pistola apuntando hacia el rostro de Damien.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? Baja ese cacharro, ya sabes que las armas las carga el diablo, y no he venido hasta tan lejos para que

tengamos un accidente— dijo Damien con tono suave, intentando calmar a su esposa—. Tengo los calzoncillos empapados, por favor marchémonos de aquí.

—No— contestó Helen—. Sé que está aquí.

Le miró con rabia. No solo no le había entregado las cartas de Stan, eso era una certeza. En su cabeza su marido también estaba comenzando a ser sospechoso de tener algo que ver con la desaparición de su hija.

—No seas terca, no está la noche para jugar a los investigadores, necesito darme una ducha para ver si consigo entrar en calor. Esta noche me cuentas tus dos días aquí y si quieres mañana volvemos en compañía del sheriff.

«No solo devolvía la correspondencia de Stan... ha llegado hasta aquí, hasta a mí...seguro que el ayudante del sheriff le ha llamado. Él lo sabe, sabe dónde está mi pequeña».

—Damien, ¿cómo sabías que estaba en medio de la nada? —preguntó Helen.

Helen no pudo discernir el posible gesto delator de su marido, las sombras se apoderaban de su campo de visión.

—Te he dicho que bajes el arma, Helen déjate de tonterías y regresemos al pueblo— le ordenó Damien.

Helen no le contestó, permaneció impasible sujetando el arma. Las manos sutiles de cirujano de Damien se movieron rápidas en la oscuridad, en un visto y no visto agarró el cañón, desmontó el cargador de la pistola y lo dejó caer en el barrizal.

—Ya está, ahora vámonos— inquirió Damien dando media vuelta—. He venido ayudarte, pero si te quieres quedar bajo el aguacero en una finca privada no cuentes conmigo.

Helen se quedó estática, sorprendida de que Damien no la estuviera apuntando con el arma una vez se la había quitado, tampoco se había preocupado en rescatarlo del lodazal.

—Damien, ya no tengo arma, pero tú sigues sin contestarme, si quieres que te acompañe dime cómo has hecho para dar conmigo.

Los pasos del hombre se detuvieron.

—Vamos al motel, y te lo explico allí, estoy helado, pero también famélico— Damien se acercó a la altura de su mujer y la cogió del brazo—, venga vamos, un plato caliente nos vendrá bien.

—La pistola era de... No me toques— Damien no la soltó, Helen le empujó, la linterna cayó—. No me vuelvas a tocar hasta que no me respondas.

Damien se agachó, y recogió la linterna y el cargador de la pistola. Se irguió y entregó el arma preparada para disparar a Helen.

—Venga, ya tienes tu pistolita, mañana seguimos con tu juego de detectives, estoy muy cansado, ha sido un día extenuante.

—Deberías saber que no me voy a mover hasta que me digas que demonios haces aquí— respondió Helen.

—¿Que qué hago aquí? — preguntó Damien— Eso mismo te podría preguntar yo a ti, por si no te ha quedado claro, lo que hago aquí es venir a ayudarte para que no te mueras en medio de este lugar tan inhóspito. ¿Qué te ha pasado en la pierna? — preguntó al percatarse del torniquete que llevaba Helen en la pierna— No tiene muy buena pinta, le tengo que echar un ojo.

—Damien, aunque me tuvieran que amputar la pierna si no me contestas no me voy a mover. Te lo vuelvo a repetir, ¿cómo me has encontrado? Y otra cosa, ¿cómo has logrado cruzar la valla? — las preguntas de Helen iban cargadas de ira.

—He trepado, aunque tenga unos añitos todavía soy capaz de eso. Y de más cosas que desconoces, hay tanto que no sabes de mí...—Damien estaba reprochando a la reina de los reproches — Ahora lo más importante es ver esa pierna, no querrás tener una horrible cicatriz de por vida, ¿verdad?

—Damien, sé que está aquí, y si no me dices el motivo por el cual has llegado hasta mí pensaré que esta información ya la conocías y no me quedará otra opción más que volarte la jodida tapa de los sesos.

—Me estás asustando, espero que no me dispaes por la espalda porque me voy a ir, no sé si el camino de vuelta seguirá practicable, y no voy a perder más tiempo— respondió Damien a la acusación.

Helen presionó el gatillo. Damien percibió el clac entre el sonido de la lluvia, se detuvo. Era el momento de decir la verdad. Se arrodilló.

—Helen no lo vas a entender...

—Voy a contar hasta tres, te aconsejo que hables antes— dijo impertérrita. Helen comenzó la cuenta ascendente.

—Te he encontrado por tu móvil— dijo Damien, tras escuchar en la voz de Helen el número dos.

—¿Qué pasa con mi móvil? No tengo cobertura...

—Si la tuvieses habría conseguido convencerte de que regresaras a casa con esta tormenta.

—Iba por el dos, ¿verdad?

Damien no quería escuchar la detonación, conocía el sonido frecuente del campo de batalla aun estando lejos del frente.

—Tienes instalada una aplicación, no es visible a simple vista... me avergüenzo... Incluso con el móvil apagado he podido saber dónde estabas, intenta comprenderme, estaba muy preocupado por ti— confesó Damien.

—Preocupado... ¿Me estás diciendo que me tienes vigilada? ¿Se puede saber desde cuándo?

—¿Qué más da desde que momento? Lo que te debería importar que ahora mismo estoy aquí; y he venido para salvarte de una muerte casi segura. Ahora, por favor, baja el arma y volvamos a la civilización. Esta lluvia no va a parar, y lo que hayas venido a hacer puede esperar a mañana.

—¿Por qué me tienes controlada? —Helen permanecía impasible, ni siquiera temblaba por el frío— No me hagas volver a la cuenta atrás.

Damien miró al suelo, le avergonzaba haber destapado la verdad.

—Desde que la niña desapareció hablabas muchas veces al día con Stanley, luego desaparecías sin decirme donde ibas, no sabía si la terrible tragedia de la desaparición haría que me abandonaras por él... espero que lo entiendas... pero mira el lado bueno de las cosas, gracias a esa aplicación te he podido encontrar. Ahora ya lo sabes, por favor vámonos a un sitio seco antes de que nos caiga un rayo encima.

Helen le miró sin piedad. Celos. Su marido había sentido celos porque Stanley la llamaba... no se lo podía creer. Si la había tenido localizada, no entendía el motivo que podría esgrimir para no sacarla de los tugurios de mala muerte donde escondía sus borracheras. Es verdad que Stanley la llamaba a diario, intentaba insuflarla ánimos, le contaba con todo tipo de detalles por donde iban las investigaciones, la suplicaba que le perdonara, pero no había nada más. Desde el momento en que Wendy desapareció le había deseado la muerte a su ex en varias ocasiones, otra cuestión era lo mucho que le echaba de menos desde que ya no estaba.

Helen sacó el teléfono móvil del bolsillo, estaba empapado como toda ella, la pantalla táctil no obedecía a las yemas de sus dedos, lo miró por última vez y lo lanzó con fuerza hacia el ramaje de un árbol. Damien no dijo

nada.

—¿Me tienes algo más que contar señor controlador? — preguntó Helen sin atisbo de expresión alguna en su rostro. Intentaba que la rabia no se desbocara, los dos permanecieron en silencio— Sé que me ocultas algo más, hazte un favor y queda en paz contigo mismo.

—Vámonos.

—No iré contigo a ningún sitio, ¿qué más me tienes que decir? — insistió Helen.

—¿Qué quieres que te confiese? ¿Qué te puse un localizador? Ya te lo he dicho— Damien apretó los labios, no quería hablar más, pero las palabras querían escapar de su garganta. Sabía que si subía otro escalón hacia la cima de la verdad tendría muchas más opciones de perderla para siempre. Era algo inevitable—. Con la aplicación que instalaron en tu móvil tenía acceso a tus mensajes... incluso a tus llamadas. Pero te prometo que no lo volví a utilizar ... desde que me di cuenta que Stanley era un desgraciado que perdió a ... nuestro tesoro.

Los ojos de Helen se tornaron inquisitivos, gélidos como la noche. No se podía creer que su marido, un directivo de uno de los más reputados hospitales del país hubiera caído tan bajo. Celos de ella, le resultaba incomprensible.

—Stanley no era un desgraciado. Era un hombre al que su mujer le abandonó, y siguió al pie del cañón sacrificándose para que su hija no notase su ausencia. Luego... tuvo mala suerte, y algún hijo de la grandísima puta nos arrebató a nuestro tesoro, no el tuyo. Dudo que quieras que aparezca... celoso tú... he pensado que tenías algo que ver con la desaparición de Wendy, pero tan solo eres un ser patético.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo te amo, y si, estaba celoso, su

desaparición os unía, y yo no podía soportarlo; no soy estúpido, os veía miraros de una forma que jamás lo has hecho conmigo. ¿Cómo crees que podía pasearse por aquí sin que nadie le financiara? ¿Crees que vivía del aire? Hablé con él y llegamos a un acuerdo: si no te alteraba con sus historias yo le iría haciendo ingresos en su cuenta para que continuara con sus indagaciones, lo único que le pedía era que te dejara tranquila que bastante mal lo estabas pasando, ¿y sabes lo que hacía? Gastarse el dinero en médiums y chorradas por el estilo... y seguía escribiéndote.

Helen lo miró.

—Pues si esto va de confesiones, y de dar disgustos solo me queda por decirte dos cosas: mi camino está en aquella dirección— dijo Helen señalando hacia la casa de madera—, y sigo amándole.

Durante unos segundos solo se escucharon las gotas de lluvia, un trueno perturbó el bramido del viento entre los dos, un relámpago trazó una zeta sobre sus cabezas.

—Ya lo sabía— contestó Damien con tristeza—. Hablemos con calma en un sitio seguro y seco, lo podremos arreglar.

—No lo has comprendido todavía, sé que Wendy está aquí.

Capítulo 15

—¿Has visto esa luz? — preguntó Reagan más alterada que de costumbre.

—No es nada, son solo los relámpagos, duérmete, no querrás que cuando padre vuelva descubra que todavía estás despierta...— contestó Nancy entre cuchicheos.

—Vienen a por mí, me van a rescatar, a llevarme muy lejos, ¿te escaparás conmigo?

—Ya te he dicho que nuestro lugar es con padre, no hay sitio más seguro que a su lado, él nos protege del mal del mundo exterior, ahora calla y cierra los ojos— Nancy quería dormir, le daban pánico las tormentas—. Además, si lo intentas otra vez padre te llevará al manicomio. Se buena y cierra los ojos, como regresé y nos pillé despiertas...

A Nancy no le daba miedo el infierno ni la muerte, su terror más profundo era acabar en un manicomio. Según su padre era un lugar donde internaban a personas que habían dejado de serlo, y se limitaban a deambular por sus estancias entre alaridos.

—Pero y si cuando regrese no estamos, no nos podría hacer nada. Con esta tormenta le sería imposible dar con nosotras, ¿verdad? Te lo ha dicho en tus lecciones de caza, la lluvia interfiere en los cinco sentidos— Reagan reptó hasta la otra orilla del colchón, colocó su boca en el oído de la niña— ¿Lo intentamos, que te parece? ¿Las dos juntas?

Nancy se giró hacia el rostro en penumbra de Reagan. Algo debía seguir viendo su padre en ella para seguir cuidándola, para no haberla abandonado en un manicomio.

—Tus luces son los rayos, no tengas miedo que las tormentas siempre pasan— contestó Nancy intentando apaciguar a la adulta.

—Sé distinguir la luz artificial de los relámpagos, no soy tan estúpida. Salgamos a ver si tengo razón.

—No seas necia, padre ha cerrado la puerta y las ventanas.

—¿Has escuchado que haya corrido el cerrojo? — un relámpago iluminó la sonrisa de Reagan, sus ojos flotaban en sus cuencas apuntando a la salida. — Con las prisas se le ha olvidado, ¿vienes?

Reagan se levantó de la cama, sonreía, veía muy cerca la materialización de su fuga.

— Con la que está cayendo, si sales ahí fuera lo más seguro es que mueras— Nancy no abandonó la posición fetal sobre el colchón— O te cae un rayo, o con esta negrura te caes por un barranco... o si te pilla padre...— no quería pronunciar lo que en ocasiones había pensado— acabarías en el manicomio. Padre ya está al llegar, vamos acuéstate.

—No pienso acabar en una habitación acolchada atiborrada a pastillas como estas—Reagan sacó del bolso de la bata un puñado de los comprimidos que se sacaba de la boca en las últimas fechas y las hizo polvo aplastándolas con la mano—. Además, si muero como sugieres que me va a pasar, la única diferencia con la actualidad sería adelantar un poco la hora—Reagan se arrodilló en el suelo al lado de la niña—. Si se le han escapado los animales tardará en volver, ya sabes que les tiene más aprecio que a nosotras, bueno que a mí. Ven conmigo, por favor. Tendrás una vida mejor que aquí encerrada.

Nancy se tapó la cabeza con el almohadón, no quería escucharla, ¿y su fuera verdad lo que decía? ¿Y si su padre no estuviera en lo cierto? Quería jugar con otros niños, conocer sitios desconocidos, pero sobre todo conocer el mar. Deseaba probar las cosas prohibidas por su padre, aprender a leer y a

escribir como en ocasiones le había sugerido Reagan, según ella en el mundo exterior existían infinidad de actividades por realizar. Pero la realidad que le había contado su padre, distaba mucho de lo que le había descrito Reagan. La niña sabía que su padre quería protegerla, pero dudaba que el exterior fuera tan peligroso, las pocas veces que había salido de la granja recordaba a la gente muy cariñosa con ella. Era mejor vivir apartada que metida en un hospital, los médicos no pararían de hacerle más pruebas en busca de la enfermedad extraña que padecía. Cuando salía la conversación, su padre le repetía que estaría llena de cables y tubos sufriendo hasta que se muriera, era mejor ocultarse en su terreno hasta que creciera. Le había prometido que cuando superara la mayoría de edad la acompañaría a donde quisiera si así lo deseaba, mientras cuidaría de ella alejándola de cualquiera que llevase una enfermedad que pudiera dar con sus huesos en la fosa familiar sobre la colina por la que se escondía el sol.

Reagan cogió una chaqueta desgastada y se la puso sobre el camisón, le apenaba que la niña no la acompañase. Si conseguía llegar a la civilización con vida buscaría la forma de sacar a la pequeña de aquel lugar, se merecía un futuro mejor que el que le brindaba Jeremy.

Desde el jergón, Nancy escuchó el crujido de los escalones bajo los livianos pies descalzos de Reagan. Tal vez su padre se enfadaría por no haberse interpuesto en el intento de fuga, pero en su defensa argumentaría que se había dormido profundamente y no se había percatado de nada. Un mar de dudas inundaba su pensamiento, la balanza de su deseo no acababa de tornar hacia ningún lado. Lo que tenía claro es que ella no sufriría si no volvía a ver a Reagan. No discernía que opción sería mejor para ella, que Reagan huyera o pereciese en su intento, lo que no quería era estar presente si su padre la lograba alcanzar, no quería oír sus quejidos, no quería contemplar el resultado al pasar por sus grandes manos. «Vete ya, no vuelvas», pensó la cría, antes de

escuchar un grito. El ruido procedía de la garganta de Reagan. La niña se incorporó del colchón. Inconscientemente bajó a la planta inferior.

Vio a Reagan saltar, su grito no había sido de pavor. Saltaba, jubilosa, señalando con un dedo a través de un pequeño resquicio que había en la vetusta contraventana de madera. Nancy comprobó que de vez en cuando aparecía una luz por la oquedad a la que apuntaba Reagan. Y no, no eran relámpagos.

—Te lo dije— Reagan bailaba alrededor de la niña—. Vienen a por nosotras, seguro que es mi familia, no podían haberse olvidado de mí, te lo dije. Nos van a salvar, ahora sí que me acompañaras, ¿verdad?

Nancy no supo que contestar, estaba asombrada. Las dos usaron el hueco en las tablillas de madera como mirilla. Ninguna de las dos sombras que los relámpagos reflejaban pertenecía a Jeremy, eran demasiado pequeñas. Acostumbradas como estaban a la infinita oscuridad, la luz de la linterna percutía en sus pupilas hasta encontrar el rechazo de continuar mirando al exterior. Un terror insondable se apoderó de Nancy, su mente se inundó de pensamientos, ¿y si en vez de ser rescatadores como decían Reagan eran personas que venían a hacerles algo malo?

—¡Vamos! ¡Vamos al escondite! — gritó la niña dándole un fuerte tirón a la chaqueta de Reagan, con tanta fuerza que la manga se descosió.

La mujer permaneció impasible como hipnotizada por la luz exterior. La niña al ver que no se movía de al lado de la ventana la empujó, Reagan la retiró con la mano. Por una vez Nancy no vio a Reagan como un despojo humano, la había apartado con una fuerza inusitada.

—Vamos, sígueme— le imploró la niña.

—No — contestó sonriendo Reagan—. Me encanta esa luz, vuelvo a casa.

—¿Y si no es nadie de tu familia, ni padre?

Reagan permaneció callada absorta con el baile de las sombras del exterior. Nancy tiró de una pequeña alfombra de colores gastados. La aldaba de la portezuela, que ocultaba, estaba oxidada. Nancy tiró hacia arriba, unos estrechos peldaños surgieron de la oscuridad. La niña descendió dos antes de volverse.

—¿Y si nos quieren lastimar? —insistió Reagan— Corre, ven— dijo la niña bajando un escalón más.

Con lentitud Reagan fue girando el cuello, el movimiento estaba salpicado de pequeñas pausas como si la cabeza al moverse se fuera encontrando con pequeños obstáculos. Cuando llegó al zenit de la torsión de los ojos de Reagan cayeron un par de lagrimones, acompañando a la desesperanza.

—¿Qué más da? Yo ya estoy muerta.

Reagan avanzó hacia la puerta. El sentido de su oído no lo había perdido, el enorme cerrojo permanecía sin echar. Con pasos cortos llegó hasta tocar el pomo de latón. Su mano lo giró al sentir la vibración de dos golpes retumbando al otro lado de la puerta.

Nancy salió del hueco que le permitía acceder a un minúsculo refugio que Jeremy había labrado en los bajos de la vivienda. Gateando llegó hasta Reagan, y tiró de una de sus piernas intentando llevársela consigo.

—¡Estoy aquí! —vociferó Reagan.

Las palabras de Reagan devolvieron a Nancy a las profundidades del escondite.

—El señor ha escuchado mis plegarias— dijo Reagan al entornar la puerta.

Nancy cerró la trampilla y arrastró su cuerpo hasta el lugar más distante del acceso de entrada al subsuelo.

Capítulo 16

Helen y Damien golpearon la puerta con fuerza.

—¿Has escuchado eso? — preguntó Helen.

—Solo oigo los dichosos truenos, ¿te he dicho que me aterran las tormentas?

—Un buen día para tus confesiones, es más normal la brontofobia que tu pánico al ver una persona vestida de payaso— contestó sin mirar a su esposo.

Helen golpeó de nuevo la madera. Damien sacó una navaja suiza de su macuto y comenzó a hurgar en la cerradura. Sus dotes como ladrón eran nulas, en su primer intento la punta de su herramienta múltiple salió roma.

—¿No has oído eso? Son gritos de mujer sin duda— dijo Helen con ansiedad en el rostro por no poder entrar en la cabaña— Y hazme el favor de darme la navaja, que al final acabarás cortándote un dedo.

—Te juro que no he oído nada, pero si tú dices que hace un bonito día soleado te creeré— dijo Damien intentando resarcirse como pareja de Helen.

La doctora se echó para atrás unos pasos con la intención de arremeter con su hombro en la puerta.

—No lo hagas Helen, no lo conseguirás. Si tuviera una radiografía a mano... no es una broma médica, al parecer es así como los cerrajeros abren las puertas, quiero decir con un plástico fino.

—Sorpréndeme sacando una de tu mochilita de boy scout, como eres el director de un hospital seguro que siempre llevaras una mano, no estaría de más un estetoscopio para ver que está a punto de darme un ataque al corazón... —dijo Helen con sorna.

La pierna le estaba martirizando, aun así, Helen dio dos potentes zancadas. Su cuerpo liviano dejó de tener los pies en el suelo. El impacto contra la puerta no se produjo. Al otro lado Reagan giró el pomo. Helen cayó a sus pies. Reagan se sorprendió de ver a uno de sus rescatadores tirado por el suelo, luego vio al otro con una navaja en la mano apuntando hacia ella, retrocedió.

—¿Dónde está mi niña? — logró articular Helen desde el suelo, los dolores se iban acumulando.

Reagan no contestó, se encogió de hombros. Luego sonrió al ver a la mujer caída incorporarse ayudada por la mano del hombre.

—Soy la doctora Myers, esta tarde he estado aquí, ¿lo recuerda?

Reagan rio.

—Sí, pero con otro hombre.

—No sé quién sería ese otro, pero dígame, ¿conoce el paradero de una niña llamada Wendy?

Reagan se volvió a encoger de hombros, no paraba de sonreír.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Reagan— Jeremy llegará de un momento a otro, y sería mejor que no nos encontrase aquí.

—¿Dónde está la niña? —preguntó Helen. La sonrisa estúpida de Reagan la estaba comenzando a desquiciar.

—¿Qué más os da donde esté esa pequeña presuntuosa? No quiere venir, dice que se queda, ¿os lo podéis imaginar? Así que vámonos.

Los ojos de Helen estaban como platos, se encaminó hacia Reagan reduciendo la distancia entre sus frentes a la mínima expresión.

Damien la abrazó por la espalda en busca de calmarla, a simple vista

aquella mujer no estaba en sus cabales. Sin duda era una mala idea haber ido a ese lugar. Tendría que haberle impedido a Helen tan siquiera ir al funeral de Stanley, si ya estaba trastornada por la ausencia de Wendy, la muerte de su ex había terminado por quebrar por completo la mente de su mujer. Había accedido a dejarla ir a aquel lugar con la intención de que se diera de bruces con la realidad; para luego recoger los pedazos de Helen y ser él quien la recompusiera, nadie más que él en su vida.

—¿Dónde está mi hija? Por favor dímelo— insistió Helen.

Reagan no contestó. Helen la cogió por los hombros y la zarandeó hasta que Damien separó a ambas mujeres.

—Si puedes estar quieta, voy a echar un vistazo a la planta de arriba— dijo Damien.

La luz salpicó todos los rincones de la casa. Al regresar al piso de abajo, Damien reparó en la trampilla mal cerrada por Nancy, tiró de un aro metálico y descubrió la oquedad, introdujo su cabeza, estaba muy oscuro. Alumbró con la linterna y descubrió en el habitáculo forrado de madera a Nancy. Permanecía acurrucada sujetándose unas rodillas huesudas con sus pálidas manos.

— Vamos pequeña, sal de ahí, no venimos a haceros daño— dijo Damien antes de sacar la cabeza del escondrijo —. Hay una niña aquí abajo, pero no es Wendy.

En el interior de la cabeza de Helen la idea de que Wendy estuviera allí escondida se resquebrajó. Helen se sobresaltó al escuchar gritar a su marido.

—¿Cómo has llegado tan rápido hasta aquí? —preguntó Damien a la niña—. No esperaba que fueras tan veloz, estoy en edad de que me dé un infarto, no me des más sustos, ¿vale?

La niña asintió. Rechazó la mano que Damien le ofrecía para salir del agujero.

—Márchense. Si padre los ve aquí me temo que se enfadará mucho— dijo la niña—. En nada volverá, ha ido a comprobar que los animales estuvieran bien, no nos podemos permitir perder ningún otro.

—La que se va soy yo— dijo Reagan entre carcajadas—Os ha contratado mi familia, ¿a qué sí? Es que me quieren mucho

La mujer ataviada con la chaqueta sobre el camisón salió al porche y observó el cielo. Extendió las manos más allá de la cobertura que le brindaba el tejado del porche y dejó que la incesante lluvia las empapara en un segundo, se pasó las palmas por la cara, era el momento de despertarse de aquella pesadilla. Se llevó las manos a la cintura y esperó a que aquella pareja la acompañaran.

—Reagan sabes lo que va a pasar si llega padre y te ve ahí fuera...—la voz de la pequeña sonó inquietante— Vámonos a la cama que estos señores ya se van por donde han venido.

Damien y Helen se miraron asombrados, la pequeña los estaba echando llevando su menudo cuerpo hacia ellos en dirección a la puerta de entrada.

—Si no te importa podríamos esperar a tu padre cobijados del aguacero en el interior— sugirió Damien.

—Tenemos que registrar el resto de la casa, sé que está aquí— le susurró Helen a Damien, luego elevó la voz—¡Wendy! ¿Dónde estás?

La mirada gélida de Nancy acompañó a una mueca, su expresión era de desprecio absoluto. La niña continuó avanzando como si fuera un perro pastor llevando al rebaño al redil.

—Está bien, nos vamos, volveremos cuando esté tu padre— dijo

Damien.

Helen negaba con la cabeza, tras lo que había sufrido hasta llegar a la cabaña no se iba a ir con las manos vacías. «El abrigo».

—Antes de irnos, ¿te podría preguntar una cosa? —la niña, más sosegada, asintió— Cuando he venido esta tarde he visto tendido un abrigo muy bonito en vuestro tendal, ¿de quién es?

—¿De quién va a ser? Es mío, es obvio que a la loca esa no le entra.

—¿Vivís solos los tres? —insistió Helen.

—Dijo que me iba a preguntar solo una cosa... ¿ve usted a alguien más? Si le gusta el abrigo supongo que por un módico precio podrá llegar a un acuerdo con padre.

—No, no pequeña. No lo quiero para nada, es que hace unos años compré uno igual para mi hija y hace mucho que no se lo veo puesto... ha crecido—Helen se volvió hacia Reagan— ¿Dónde lo compró señora?

—¿Me está preguntando a mí? —Reagan negaba sin parar con la cabeza — ¿Creen que en mi posición puedo comprar algo? Por favor, déjense de sandeces y llévenme con mi padre antes de que vuelva ese monstruo.

—Ahora nos iremos, pero sea amable y dígame a mi esposa donde adquirieron el abrigo por favor—rogó Damien.

—De verdad que no lo sé, ¿nos podemos ir? Está volviendo— dijo Reagan señalando con el índice los dos focos delanteros de la camioneta que se aproximaba a la cabaña.

Antes de salir del refugio que le brindaba el techo del porche Reagan miró a los lados como si estuviera delante de un paso de cebra. Sus pies descalzos chapotearon en uno de los infinitos charcos, echó una última mirada a Nancy. Los haces de luz estaban más cerca. Reagan no dudó, y comenzó a

correr en dirección contraria a los focos cada vez más cercanos.

Nancy cerró sus ojos, no creía que se fuera atrever; previó que el futuro más dulce de Reagan sería ser apaleada a manos de su padre. Ante la sorpresa de aquella huida, Nancy no se dio cuenta de que Helen se le acercaba. Sintió sus dedos helados alrededor de su escuálido cuello, la mujer no apretaba con fuerza, pero la sujetaba.

—Niña, no me obligues a hacerte algo malo, dime lo que sepas del abrigo— dijo Helen con los ojos inyectados en sangre.

—No sé nada— Nancy no vio compasión en la mujer, tragó saliva—. Me lo regaló mi prima.

—¿Quién es tu prima? ¿Dónde está? — Los dedos de Helen se tensaron un poco más.

—Cariño, suéltala. Su padre está llegando, no me imagino lo que le harías a alguien que tuviera agarrada así a Wendy— las palabras de Damien cayeron al vacío.

—Mi prima Beverly estuvo una temporada aquí con nosotros, cuando se marchó me dejó alguna cosa, pocas... se había escapado de casa de sus padres, decía que se habían separado y que unos buenos padres no le harían eso a sus hijos...

Las manos de Helen se derrumbaron. Damien se acercó a ella y le pasó un brazo por encima de los hombros. Nancy buscó amparo bajo el dintel.

—¿Y al final volvió con sus padres? —preguntó Damien.

—No lo sé. Si quieren pueden preguntarle a padre por ella, yo me voy a la cama— dijo Nancy protegiéndose detrás de la puerta—, no quiero que me vea levantada.

—¿Cómo es Beverly? —preguntó Helen.

—No la recuerdo bien— la respuesta de la niña fue acompañada de una mueca parecida a una sonrisa maliciosa—. Váyanse por donde han venido, a padre no le gustan las visitas.

—No nos iremos a ninguna parte sin saber dónde está mi hija—replicó con rabia Helen.

Damien se apresuró a sacar, de la mochila, su teléfono móvil de una fundado en un plástico impermeable. Con rapidez buscó una fotografía de Wendy y le mostro la pantalla a Nancy.

—¿Beverly es ella? — preguntó con ansiedad Helen.

Nancy mantuvo una actitud inexpresiva antes de contestar, desconocía si haría bien.

—¿Es usted mi tía? Qué suerte que sea doctora, me podrá quitar esta enfermedad, ¿verdad?

Helen cayó sobre sus rodillas, con la boca abierta, petrificada. Damien la intentó levantar, la cogió del brazo y tiró de ella, pero su pareja no reaccionaba.

—Mejor que nos vayamos, a no ser que quieras esperar a ese hombre— Damien comenzaba a pensar que su mujer llevaba razón, y comenzaba a sentir pánico de lo que veía cada vez más cerca como una horrible realidad—. Mañana volvemos con el sheriff— le susurró al oído a Helen.

—No, no nos vamos a ir sin saber dónde está Beverly— dijo Helen intentando recomponerse— Esperaremos dentro a tu padre, ¿vale?

—Si es la hermana de padre... será entrañable su reencuentro— contestó Nancy, dejándoles pasar.

Jeremy saltó de la furgoneta, las llaves las dejó puestas en el contacto. Estaba empapado, había tardado más de la cuenta en recoger y calmar a los

animales. A grandes zancadas avanzaba hacia la cabaña, no entendía que hacia la puerta abierta de par en par. De las tres figuras que vislumbró a través de la cortina de agua tan solo reconoció a su pequeña. Jeremy se limitó a correr hacia ellos, impetuoso, solo pensaba en poner a salvo a Nancy de aquellos desconocidos.

Helen no se iba a ir de allí sin atar los últimos flecos que le dieran a conocer el paradero de Wendy. El matrimonio entró detrás de la niña al interior de la cabaña de madera, Damien resbaló en un charco que se estaba formando por una filtración en el tejado. Helen acudió en su ayuda. Se vieron sorprendidos por un descomunal portazo, de frente a ellos una enorme estampa fue alumbrada por un relámpago zigzagueante. El robusto hombre llevaba el cabello empapado y peinado hacia atrás, su mirada estaba crispada, en su mano derecha sujetaba el mango de un hacha, el filo lo arrastraba por el suelo, con paso lento se fue acercando. Damien se levantó del suelo hipnotizado por los exagerados arcos superciliares del hombre, Helen creyó oírle gruñir.

—¿Qué hacen dentro de mi propiedad? — las palabras rasgadas de Jeremy se impusieron al tronar de la tormenta.

La voz cavernosa de Jeremy no obtuvo respuesta, había paralizado a los extraños. Oteó entre las penumbras, la niña parecía encontrarse bien, hasta la encontraba alegre.

—Padre, ¿esta señora es mi tía? — preguntó Nancy al recién llegado.

Jeremy buscó con la mirada a Reagan.

—¿Dónde está Reagan? ¿Qué le habéis hecho? —Jeremy alzó el filo del hacha sobre su hombro.

—Si se refiere a la mujer que estaba aquí, le aseguro que nadie le ha hecho nada, ha salido corriendo— dijo Damien echando un paso adelante con la intención de interponerse ante la amenaza representada por Jeremy, miró a

Helen, esperaba que se sintiera protegida con aquel gesto—. No quiero entrar en valoraciones médicas, pero creo que su esposa necesita, con urgencia, atención psiquiátrica, a simple vista la enajenación se ha cebado con ella.

—¡Reagan no está loca! — rugió Jeremy separando las silabas— Ninguno lo estamos.

— No he dicho eso, pero su comportamiento dista mucho de ...— Damien no quiso profundizar en lo que pensaba tras verla actuar— No creo que esté lejos, iba descalza y con esta lluvia le costará avanzar.

—Desconozco la enmienda que me protege ante unos asaltantes en mi propiedad, pero si no se esfuman ahora mismo les aviso que...

—No me voy a ir de aquí sin mi hija— atajó Helen la amenaza—. No se llama Beverly, se llama Wendy, ¿dónde la tienes malnacido?

Jeremy echó una ojeada al teléfono que Helen blandía frente a su rostro. Un manotazo seco hizo volar el móvil, el impacto contra la pared hizo añicos la pantalla.

—¡Alto! —gritó Damien— No se le ocurra tocar a mi mujer.

—¿O si no que...? — preguntó Jeremy antes de soltar una macabra carcajada.

Con rapidez Damien sacó un machete de su mochila, se colocó como escudo humano delante de Helen, la agarró por la cintura y comenzó a girar sobre el eje que marcaba el cuerpo del dueño de la casa en busca de la puerta de salida.

—Nos vamos a ir, y usted se quedará tranquilo guardando de su hija y nos dejará marchar, ¿entendido? — la voz de Damien temblaba, presagiaba que el dueño de la casa no le haría caso.

La explosión cogió a todos por sorpresa. Un rayo impactó sobre el

tejado de la cabaña. Unas inmediatas llamas comenzaron a abrirse paso llenando el boquete producido por la descarga eléctrica. Los cuatro cuerpos quedaron tendidos en el suelo, a su alrededor se esparcían brasas. El agua que caía por el agujero no era capaz de apagar el fuego que comenzaba a propagarse.

Helen tosió al salir del letargo, apretó la mano de Damien, pese al impacto todavía seguían unidos. Su segundo marido le acarició con los dedos mientras se desperezaba. Al saborear el humo, se sobresaltó y arrastró el cuerpo de Helen lejos de las ascuas. Le dolía tanto la cabeza que tenía la sensación de que le fuera a reventar.

—¿Qué ha pasado? —dijo Helen, aturdida—¿Ha sido un rayo?

—O eso, o ha descarrilado un mercancías contra nosotros—dijo Damien. Se llevó la mano a la frente, sangraba, el corte era superficial—Es hora de levantarnos de aquí y marcharnos, o quedaremos hechos cenizas.

El hombre ayudó a incorporarse a su pareja sin quitar la vista del dueño de la casa. Permanecía tumbado, en apariencia inconsciente. La amenazante hacha estaba siendo pasta de las llamas, esa visión fue un alivio para el matrimonio. Helen respiraba sofocada, el humo era cada vez más abundante.

—Vámonos—dijo Damien cogiéndola en brazos.

Con las energías que le restaban Helen se deshizo de los brazos de su marido.

—No podemos irnos...—dijo Helen entre toses— La niña se va a quemar...

Helen gateó hasta el cuerpo de Nancy. No observó que su pecho se elevara, no tenía tiempo de pararse a comprobar si respiraba. La agarró por un brazo y estiró su menudo cuerpo. La fue arrastrando a medida que el hollín

tiznaba su piel.

—Date prisa, no sé cuánto tiempo van a aguantar estos maderos en pie — dijo Damien bajo el dintel—. Podría derrumbarse en cualquier momento, ¡date prisa!

Helen cogió en brazos a Nancy, las extremidades de la niña pendían colgantes. Acercó la oreja al pecho de la niña, el corazón latía. Al pasar al lado del cuerpo inconsciente de Jeremy pensó en lo que le costaría sacarle de allí, debía pesar cinco veces lo que ella, dudaba poder hacerlo con la ayuda de Damien, pero tenían que rescatarle, tal vez fuera la única persona que les pudiera revelar la ubicación de su hija.

—Hay que sacarle— dijo Helen ahogándose en su respiración.

—Es muy peligroso...—dijo Damien a modo de negación. Los ojos de Helen se lo suplicaban— Lo voy a intentar, lo hago por ti, pero como me pase algo prometo ser un fantasma muy pesado.

Helen se quedó a medias entre darle las gracias y una media sonrisa, estaba agotada. Las llamaradas rompieron los vidrios de las ventanas que salieron volando por los aires.

—Nancy, abre los ojos por favor—la niña no reaccionaba, antes de iniciar la RCP retorció un pezón de la pequeña, Nancy se encogió por el dolor, respiraba, Helen sonrió— Nancy, ¿te acuerdas de Beverly?

No obtuvo respuesta, a la niña le costaba mantener levantados los párpados. Helen echó la vista al frente, Damien se había zambullido en un mar de llamas, no entendía como las llamaradas crecían si no cesaba la lluvia ni por un instante. Confiaba en que Damien no la fallase esta vez, tenía que sacar al hombre, ella ya se encargaría de lo demás, conocía punto de dolor que ni los torturadores más expertos dudaba que conociesen. Le daría la información de las personas con las que estaba su hija. Dentro de poco ver el retrato de

Wendy en los bricks de leche sería un mal recuerdo. Helen incorporó el cuerpo de Nancy, al flexionar la pierna el dolor le recordó la laceración que tenía en su muslo.

—Vámonos de aquí, tenemos que alejarnos y no puedo correr mucho

Helen miraba hacia atrás cada poco, Damien seguía sin salir, esperaba no acarrear a su espalda otra muerte más. A una distancia prudencial, Helen llevó sus nalgas al suelo, necesitaba encontrar resuello. En su regazo la niña comenzó a tener espasmos, Helen no recordaba haber leído que la niña padeciera epilepsia. Con rapidez tumbó de costado a Nancy, echó una ojeada a la casa, las llamas ascendían y no había rastro de los dos hombres. Contó los segundos de la convulsión, cinco. Por mucho que la cultura popular dijera que un epiléptico podía ahogarse tragándose su lengua sabía que era una falsedad generalizada. Espero a la siguiente convulsión espasmódica, cuando finalizó no espero más. ¿Y si había tragado mucho humo y...? No se le iba a ir esa niña. Metió su mano y separó con firmeza los dientes de la pequeña, si le rompía alguna pieza ya le saldría, por su edad la mayoría de sus dientes serían de leche. La niña tosió, Helen sonrió al sacar un grumo de barro de la boca. Mientras buscaba algo más en la garganta, que entorpeciera la respiración de la niña, vio la figura de Damien aparecer en el porche. A su espalda arrastraba como podía el cuerpo del padre de la niña. «Buen trabajo en equipo». Notó como la boca de Nancy succionaba el dedo con el que Helen había buscado en la cavidad bucal, le pareció un dulce recuerdo de su etapa infantil. Sabía la dependencia que originaban los *tetes* como los llamaba su hija, pero inundar la cuna de Wendy de chupetes fue la única solución a la que había llegado, junto a Stanley, para dormir durante más de horas seguidas. En sus pupilas se reflejaban las llamas que consumían la casa, Helen levantó la vista, Jeremy se había repuesto, caminaba en paralelo a Damien con la única dirección de alejarse de lo que había sido su hogar.

Los dientes de Wendy apresaron el dedo de Helen, la niña se asustó con el aullido que emitió Helen y con rapidez soltó la mordida. Un pequeño reguero de sangre descendió por la comisura de los labios de Nancy. El grito de Helen alertó a Jeremy, con rapidez su mirada se posó en ellas.

—¡Doctora, devuélveme a mi hija! —vociferó Jeremy mientras avanzaba hacia ellas.

Helen apretó con fuerza la herida que le había producido el mordisco de Nancy, el corte era profundo.

—¡Primero dime donde está la mía! —Helen gritó todo lo que pudo intentando ser audible bajo la cortina de agua.

Los pasos de Jeremy eran torpes, todavía estaba afectado por la explosión del rayo, de vez en cuando se apoyaba en Damien para avanzar.

—¡Como le pase algo a mi pequeña te juro que te arrepentirás! —respondió amenazante Jeremy.

Todo cuadraba. El abrigo, la espantosa voz que parecía proceder del averno que había descrito Stanley en su carta... Por más miedo que pudiera darle aquel enorme tipo, Helen no se iba a amedrantar. Tenía dos ojos, una boca y un corazón como todo el mundo, no era un ser diferente a ella, y Helen sabía cuál era su punto débil.

—Vaya mordisco me has dado, no te preocupes— le susurró Helen a la niña—. Lo que voy a hacer ahora es una bromita, ya sabes que soy la tía Helen, a ver si consigo sacarle a tu papá una sonrisa, ¿vale?

La niña asintió. Helen la puso en pie. Colocó el arma en la cabeza de la pequeña y dio un paso al frente.

—¡Dime donde está Wen, o le vuelo la tapa de los sesos! —Helen intentó ser lo más convincente que pudo dando un meneo al cuerpo de Nancy.

Damien la observaba perplejo, no se podía creer que Helen adoptara esa posición. Jeremy se quedó paralizado, tan solo por un momento. Luego reinició la marcha. El avance de Jeremy, tan decidido, le resultó estremecedor le daba igual que tuviera encañonada a su pequeña. La mano de Helen temblaba, estaba bloqueada, la decisión de Jeremy de continuar le había dejado sin plan, era algo imaginable, al menos para ella. Helen pensaba que, por más alarmas que tuviera una casa, un ladrón amenazando a un ser querido con un arma era la llave para entrar en cualquier mansión. Debía de haberse topado con el minúsculo porcentaje al que le daba igual que su oponente estuviera encañonando a su hija. Unos segundos antes el hombre se tambaleaba, Helen permaneció inmóvil ante su asombrosa carrera, se había plantado delante de ella en un pestañear. El dorso de la mano de Jeremy despidió el cuerpo de Helen a cierta distancia. La espalda de la doctora crujió al topar contra el suelo, no le dio tiempo a levantarse. Sobre ella notó el calor del hombre, de su boca asomaban unos feroces incisivos por los que colgaba una densa saliva. Helen cerró los ojos, esperaba el final. Un ruido cerca le hizo abrirlos de nuevo, un golpe seco, el cuerpo de Jeremy derribado a un costado de ella. Damien sostenía, triunfante, una piedra. De la sien izquierda de Jeremy brotaba sangre.

—¿Vas a hacerme caso de una vez? —preguntó Damien ofreciéndole la mano para incorporarse— Te creo, pero vámonos de aquí, te prometo traer al séptimo de caballería.

Helen le abrazó. Le daba igual todo lo anterior, a partir de ese momento todo había cambiado, le había salvado de una muerte segura.

—Si, vámonos— dijo Helen comenzando a correr hacia la niña— Se viene con nosotros, no podemos dejarla aquí.

Damien intentó seguirla, pero no pudo. Algo le había atrapado el

tobillo, giró su cabeza. El golpe con la piedra tan solo había atontado al hombre, le había cogido de la pernera del pantalón y no tenía intención de soltarlo.

—¡Corre! En nada te alcanzo— dijo Damien con el rostro desencajado.

Helen hizo caso, aunque antes cogió entre sus brazos a la niña. No sabía cuál era el camino correcto, pero no iba a dejar de correr. Damien se consiguió zafar, llegó a pensar en rematarlo con la piedra que todavía sostenía, pero decidió emprender la huida hacia donde creía que había ido su mujer. A la tercera zancada el barro llevó sus costillas contra el suelo.

No sintió la amputación, fue un corte limpio. Se incorporó como pudo, el siguiente paso no pudo darlo. El machete había separado su pierna a la altura del gemelo. No sentía el dolor, sentía pánico. El rostro de Jeremy estaba ensangrentado, sacó la lengua y lamió la hoja del cuchillo con el que le había cercenado parte de la extremidad. Cerró los ojos, no quería despedirse con ese recuerdo, dejó de oír la lluvia. Le encantaba viajar, descubrirle a Helen lugares mágicos, quiso quedarse con el recuerdo de China, no podría volver a hacer la excursión para ver a los osos panda en su hábitat natural, era un lujo observarlos devorar el bambú con pausa, relajantes crujidos. Quiso tener el contacto de la piel de Helen, había leído que estaba demostrado que si le das la mano a alguien la sensación de miedo se reducía. *Crac*. No eran los pandas, fue su cuello al partirse.

Capítulo 17

Reagan miraba hacia atrás, como los corredores no acostumbrados a cruzar la línea de meta en primera posición. Cada poco, un traspies la llevaba al suelo, los rasguños no le importaban. Calculaba que le quedarían unos trescientos metros para alcanzar la valla, no se había percatado del gran obstáculo a vadear, pero pensaba que los astros estaban de su lado esa noche, si aquella pareja había logrado entrar, ella también podría salir de la propiedad. Rezaba porque ninguno de sus pies descalzos acabase en un cepo con los que Jeremy llevaba comida a la casa. Una mirada más hacia atrás, nadie, nada, solo la lluvia y la oscuridad le acompañaban. Según la valla se hacía más alta Reagan sonreía, existía el futuro al otro lado. Desconocía por cuanto tiempo debería de seguir huyendo, no iba a parar de hacerlo hasta encontrar un refugio inaccesible para Jeremy, o hasta verle achicharrado en la silla eléctrica. Lo primero que debía de hacer tras pasar la valla metálica sería buscar un lugar donde guarecerse del agua, su primer plan había pasado a ser secundario, diluviando de aquella forma nadie en su sano juicio estaría conduciendo por la carretera.

Llevaba días escupiendo la medicación que le suministraba desde hacía... no sabía cuantos meses llevaba allí, ¿tal vez años? Al principio de estar allí, Jeremy era escrupuloso, inspeccionaba su cavidad bucal a bien de que se hubiera tragado las capsulas. En los últimos tiempos confiaba en ella, Reagan le daba pie a ello, con el tiempo se había vuelto obediente en todos los sentidos.

Cuando la metió en la furgoneta, pensó que se contentaría con violarla y dejarla tirada en un descampado. No se imaginaba que no la fuera a tocar.

Permaneció amordazada, y atada de pies y manos con cinta americana durante todo el viaje en el suelo de la parte trasera de una vetusta furgoneta. La luz le cegó cuando Jeremy la sacó, no lo hizo por la fuerza, fue amable ayudándola a bajar. Ella no intentó escapar, la corpulencia de Jeremy le había atemorizado desde el principio. Sus manos eran enormes, fuertes, con nudillos amenazantes llenos de cicatrices. Le presentó a una niña con chupete en la boca.

—Esta es tu nueva mamá—dijo el hombre—. Espero que dure más tiempo entre nosotros, te vamos cuidar bien, Reagan.

—Mi nombre es Annabelle...—dijo la mujer alarmada, el terror le impedía dejarla tragar la saliva que se acumulaba en su boca.

El hombre se levantó hacia una alacena con platos desgastados, de uno de los cajones de madera sacó un bote transparente del que sacó un par de capsulas que pasaron de la mano de Jeremy a la boca de la mujer rebautizada como Reagan.

—Mañana pensarás más claro, ¿verdad Reagan? —dijo Jeremy forzando a la mujer a tragar los comprimidos— La cama está arriba, a los pies del colchón tienes un camisón.

Reagan decidió hacerle caso, y subió la escalera de madera. De nada habían valido sus gritos ni sus pataleos en el aire. Jeremy la había levantado del suelo con una sola mano y con la otra le había introducido las capsulas en la boca. Le rompió un diente al hacerla tragar.

Lo que en un comienzo Annabelle pensó que eran desvaríos de una de las enfermas, otra pobre infeliz más, podrían no serlo, y lo más terrorífico era que ella era podría haber ocupado su lugar, el horror se apoderó de Annabelle.

Annabelle había conocido a Jeremy en la cafetería del sanatorio mental donde trabajaba en horario nocturno. El hombre acudía a diario a ver a la mujer, y por la noche se quedaba acurrucado en las escaleras dormitando. El

director del centro le permitía pasar las noches frías en el interior, según le habían comentado aquella familia no tenía donde caerse muerta. El hombre con más intención que dinero la había llevado a su clínica. La solución que le dieron, como a otros tantos pacientes fue medicarla hasta que la mujer estuviera en un limbo en el que no supiera si era de día o de noche, o en que galaxia se encontraba respirando. Anabelle había visto a Jeremy como trataba a su mujer, era dulce, a pesar de que su mujer renegaba de él en cuanto le veía. Sus gritos eran constantes, él permanecía impasible a su lado hasta que bien Anabelle u otro compañero le inyectaban un sedante.

—Es un demonio, ¿no lo veis? Es un enviado de Belcebú, ¡abrid los ojos! —solía repetir la mujer antes de caer bajo los influjos de la química. Anabelle escuchaba alaridos a diario, pero los de aquella mujer le sonaban más desgarradores que los de los demás pacientes.

Al entrar en su trabajo Anabelle desconectaba su conciencia, iba a aquel lugar porque le extendían un cheque cada viernes, sus facturas no se pagaban solas, pero no era su empleo soñado sin lugar a dudas. En opinión de Anabelle las personas que deambulaban por las salas del tétrico lugar con la vista perdida tenían que estar encerradas de por vida, en el mundo exterior podrían ser un peligro público; aunque tenerlos con vida era un gasto excesivo para sus familias. Algunos de los pacientes no recibían visitas, en cambio aquel enorme hombre no desistía de verla de lunes a domingo, todos los días llevaba una fiambarrera y le daba de comer haciendo miguitas lo que poco a poco, y entre suspiros, le metía en la boca.

Una tarde sorprendió a Jeremy en el despacho de administración, desde el otro lado del opaco cristal le veía gesticular. El secretario era impasible, su negativa no entendía de piedad, ni de deudas. Annabelle acercó la oreja a la puerta

—Entiendo que no puedan atenderla si no abono la deuda, pero el mes que viene me pagarán un trabajo...

—Señor, no sé cuántas veces le tengo que decir que no, entiendo su situación, pero se tiene que llevar a su mujer a otro centro— dijo el secretario con tono frío, carente de cualquier empatía.

—Entiende mi situación dice... no tengo ni un dólar para la gasolina para volver a casa...

—Es su problema caballero, este es el informe de alta de su mujer, mañana recibirá el desayuno y tendrán que abandonar el edificio, si me hace el favor...— el secretario abrió la puerta.

Annabelle esperó en el pasillo, su turno había terminado, pero tenía un billete de veinte para las emergencias que pensaba darle a Jeremy. Le entristecía la situación de aquel grandullón, era una situación que, por desgracia, ya había vivido con frecuencia. Familiares desesperados, todavía más abatidos por no poder abonar las facturas de los tratamientos que el marketing vendía como lo nunca visto. No había nada de milagroso en atar a los enfermos a sus camas ni a darles más pastillas de las necesarias para que las guardias fueran relajadas. De una carrera Annabelle se acercó al puesto de enfermería y cogió una de las cajas de bombones con las que los familiares agradecían al personal los cuidados de los enfermos mentales. «Si ellos supieran...». Al regresar, comprobó que el hombre ya no estaba en el interior del despacho, se dirigió al ascensor por si le podía dar alcance. Lo encontró sentado en uno de los escalones de piedra, con la cabeza entre sus manos. Se imaginó que intentaba disimular sus lágrimas amparado en el escondite que le brindaban sus grandes palmas. Se sentó a su lado con la intención de que sus palabras no sonaran vacías. Trascurridos unos minutos el hombre no levantó la cabeza, Annabelle no oyó gimoteo alguno, miró su reloj, no podía quedarse

más tiempo, había quedado a cenar con Jamie, luego una partida de bolos acompañada de unas cervezas, y luego lo que surgiera.

—Perdone, me he enterado que nos dejan... quería darle esto— dijo Annabelle.

Como respuesta creyó escuchar un gruñido gutural. Se quedó sin saber qué hacer, si dejaba los bombones y los veinte pavos quizás no los cogería. Con rapidez se levantó y se dirigió a la habitación marcada con el número catorce. Reagan descansaba en la cama en un duermevela, embriagada por los fármacos. Annabelle se acercó y le acarició la muñeca, todavía tenía marcas de ataduras recientes, por su boca babeaba.

—Ya me he enterado que te vas, estarás contenta—Annabelle esbozó una sonrisa, no sabía si la mujer de la cama podría captar su esfuerzo—. Te dejo estos bombones para que te acuerdes que no toda la gente que estamos aquí somos malos, y un billetito que me acabo de encontrar, supongo que se le habrá caído del bolsillo a tu marido. E intenta ser feliz, ya quisieran todos los habitantes de este lugar tener las visitas que tú tienes—«hasta yo tengo algo de envidia, me encantaría que un hombre estuviera tan pendiente de mí», pensó la joven enfermera—, tu esposo te quiere mucho, apóyate en él para salir de esta mala racha, ¿Ok?

Annabelle la peinó por última vez y le dejó un beso en la mejilla. No quiso echar la vista atrás, le daba pena que buenas personas se vieran abocadas a no poder tener un tratamiento digno por no tener dinero. Al asir el pomo para cerrar la puerta creyó oírle decir algo, la enferma lo repitió.

—No me quiero ir, me va a comer— balbució Reagan.

Annabelle sacudió la cabeza, otra incongruencia más. Se alegró de oírla, no recordaba cómo sonaba su voz, prefería escuchar sus desvaríos que verla rígida como si estuviera muerta, absorta con los ojos perdidos en el

vacío. Le debían haber pautado ir disminuyendo la dosis para que cuando saliera del centro no pareciera una maceta. Cuando ingresó también decía otras barbaridades semejantes, nadie de los que trabajaban allí le daba la más ligera importancia al ser similares a los sinsentidos de los demás pacientes. Su marido aguantaba a su lado sin decir nada, por más veces que le lanzara la comida al suelo no se resignaba. Tras alimentarla recogía lo que la enferma había desperdigado fuera de su boca.

El marido de la enferma reapareció en el parking una noche pasadas varias semanas, botaba con fuerza una pelota amarilla contra el suelo. Annabelle quiso ser amable, dejó atrás su coche y se acercó al hombre que estaba apoyado en una desvencijada furgoneta, le preguntaría que tal su mujer, a sabiendas de que la respuesta sería que seguía sin mejorar, que estaba desesperado o que no sabía qué hacer con ella. Al ponerse frente a él entendió que algo iba mal, cuando escuchó su propio quejido ya era tarde, no le había dado tiempo a gritar. De un certero golpe en la zona abdominal la había dejado sin aire, la cogió en volandas y la lanzó a la parte trasera de la furgoneta. Antes de que pudiera intentar levantarse estaba aprisionada bajo la zona inguinal del hombre. Le ató de pies y manos, y le introdujo un pañuelo en la boca, la tristeza que Annabelle había creído ver en sus ojos se había transformado en perversidad.

—Tu vida será mejor si te portas bien— dijo Jeremy ladeando la cabeza.

Annabelle cerró los ojos, prefería estar rodeada de oscuridad, no iba a ver lo que hacía con ella, no quería recordarlo. El sonido del portazo destensó un poco sus músculos. No pensaba que los neumáticos rodaran durante tanto tiempo.

Corría entre la lluvia, tropezaba, caía, pero se levantaba, no iba a parar

de hacerlo. Se iba a ir, pensaba volver a por la pequeña, la había visto crecer, la había visto comer... su secuestrador la alimentaba con aquello, no sabía en qué momento habría perdido la razón, pero esperaba que no fuera tarde para la niña. Jeremy le decía que era bueno comer esa carne para la enfermedad de Nancy, tal vez no la curaría, pero sí que la iba a hacer más fuerte, hablaba de un libro que había pasado de generación en generación.

—Se quemó en el incendio... con todo lo demás, pero mi padre nos lo leía a mí y a mi hermana, y mira como he salido— decía Jeremy ante la expresión de repugnancia de Annabelle cuando veía a la niña engullir de su boca como lo hacen las crías de los pájaros.

Jeremy salía a cazar a diario, se solía contentar con piezas pequeñas que encontraba en los cepos desperdigados por la parcela. Lo que atrapaba lo llevaba al cobertizo donde despellejaba a los animales y los dejaba secar unos días. Annabelle le había oído decir que en los mejores restaurantes dejaban pudrirse la carne para aumentar su sabor. A la casa llevaba las pieles de ardillas, de serpientes o de lo que cayese en sus trampas, las pieles las vendía a un curtidor por un precio muy inferior al del mercado. Solo cuando iba a un lago cercano de pesca, Jeremy encendía una hoguera sobre la que ponía los peces que había capturado, eran los días que la nueva Reagan daba rienda a saciar su apetito. Aunque al principio se negó de forma sistemática a comer la comida cruda, tuvo que dejar sus intenciones atrás, no sabía cuánto iba a estar allí. No podía alimentarse solo de agua y leche, las fuerzas se le iban, y las necesitaba para cuando llegase el día poder escaparse.

Una mañana vio la puerta entornada, estaba muy mareada fruto de la falta de alimento y de las pastillas que Jeremy le hacía tragar, Nancy dormía, Jeremy no estaba cerca, por lo menos no le oía desde hacía bastante rato, le resultaba difícil llevar la cuenta de los segundos hasta alcanzar el minuto. Se calzó sus deportivas, estaban sucias como todo en ella, fue incapaz de atarse

los cordones, sus manos no eran capaces de coordinarse para realizar un nudo. Caminó por una vereda a la espalda de casa, no sabía cuánto tiempo había andado, sus piernas le pesaban, vio el cobertizo, pensó que aquel lugar sería un buen escondite hasta que el efecto de los narcóticos desapareciera. Al abrir la puerta se quedó petrificada, el hedor era nauseabundo, la carne colgada de varales estaba en período de descomposición, larvas de gusanos estaban instaladas en todas las piezas cazadas. El olor era insoportable, no tenía nada que vomitar en su estómago, el día anterior Jeremy no había ido de pesca. Se arrodilló a expulsar bilis por la boca.

Tras limpiarse en la manga de su jersey, contempló algo inimaginable. No se podía creer lo que tenía enfrente. Una soga daba varias vueltas a una de las vigas sobre las que se apoyaba la estructura del tejado. El otro extremo de la maroma sujetaba un cuerpo humano. Los restos de una mujer desnuda pendían atados por los tobillos. Chorretones de sangre secos descendían por su piel impregnando una maraña de pelo que rozaba el suelo. Annabelle no podía ver el rostro de la mujer, el cabello se lo tapaba. La nueva Reagan no se atrevía a levantarse para constatar la identidad de la mujer, la frágil estructura ósea era identificable, la había tenido que lavar muchas veces con la esponja. Annabelle intentó correr, lo hizo lo más rápido que le permitieron sus piernas, al llegar a la cabaña nadie la había echado de menos. Se tumbó al lado de la niña, e hizo que dormía.

Al día siguiente, como todos los domingos Jeremy llevó a la mesa unos filetes grandes. Annabelle no probó bocado, sabía de donde salía aquella comida especial para celebrar el día del Señor. Jeremy la violó aquella noche por primera vez, había decidido darle una hermana a Nancy.

Escuchó un nuevo trueno, sintió que ese era diferente a los demás, más cercano. De nuevo, giró la cabeza hacia atrás, vio un destello, incomprensibles llamas que no sofocaba la tormenta, deseó que el trueno

hubiera hecho diana en el demonio que la había tenido retenida. No se tendría que dejar violar nunca más. Sus piernas corrieron hasta la valla, la meta estaba muy cerca. El viento no era un buen aliado, empujaba a la lluvia contra su cara con tremenda fuerza. Los dos forasteros no habían ido a sacarla de allí, no le importaba, tampoco que Jeremy se fuera a deleitar con su sufrimiento, cuanto más tiempo estuviese entretenido, más ventaja podría tomar. Estaba muy débil, pero convencida de salir de la jaula por más altura que tuviera que vadear. Comprobó que la valla era irregular, en unos puntos la distancia vertical era inferior al resto, se acercó a uno de ellos. Un salto hacia delante para ganar un poco de altura y luego a trepar, le dolió la mandíbula al sonreír. Sus pies descalzos se resintieron al rozar la alambrada oxidada. Echó su cuerpo hacia adelante y atrás, comprobó que la verja no cedía. Tenía que moverse hacia arriba, si o si, elevó la mano contraria al pie que comenzó el avance vertical. Ya quedaba menos para volver a ver a salir el sol desde la ventana de su apartamento. Se moría de ganas de comer una pizza con triple de mozzarella, o meterse entre pecho y espalda una enorme y grasienta hamburguesa... bien pasada. El dolor en los pies era insoportable, no quería mirar abajo para comprobar cuanto sangraba, no aguantó, se soltó. Tardó en levantarse, negó con la cabeza, no tenía fuerzas suficientes para pasar al otro lado por aquel lugar. Rozando con su mano la valla bordeó el perímetro, se quedó perpleja al observar en que se había convertido el arroyo que lindaba la cabaña. Dio gracias a la tormenta, uno de sus relámpagos había iluminado unas gafas, por su diseño eran de mujer.

«Si tú has podido pasar por aquí yo también puedo» pensó Annabelle, a la vez que asentía con reiteración. Mientras estuvo corriendo no había sido consciente de que estaba rozando la hipotermia. Miró el río, el caudal de la corriente la golpearía en todas las partes de su piel, pero si se atrevía a meterse en el caudal lograría su objetivo. Se despojó de la chaqueta y del

camisón, no quería que la tela se enganchara en una roca o en una raíz de un árbol. Tan solo llevaba puestas unas bragas. su cintura apenas las sujetaba. No recordaba cual había sido la última vez que había ido a la piscina obligada por su padre. Esperaba que flotar fuera como montar en bicicleta. Hinchó sus pulmones todo lo que pudo. Antes de zambullirse en el caudaloso torrente se arrepintió, no quería ahogarse al lado de la casilla de meta.

—Tú puedes, venga, la próxima vez que te metas en el agua será como mínimo en Hawái— se dijo a sí misma.

Volvió a inflar su pecho con todo el aire que pudo almacenar. «3,2...». La cuenta no llegó al uno. El filo de un hacha le seccionó la cabeza. Satisfecho como un bateador tras sacar la bola del estadio, Jeremy sujetaba con las dos manos el mango de madera.

Capítulo 18

Los ojos de Helen consiguieron no salirse de las orbitas. No podía hacer nada por Damien, solo podía correr.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada Nancy—¿Por qué lloras?

—Algo malo ha pasado— contestó Helen.

—¿A padre?

—No... no te preocupes— dijo Helen con resignación—. Tenemos que correr lo más rápido que podamos, ¿de acuerdo? —propuso Helen.

—¿Cómo si las luces vinieran a por nosotras? —preguntó la niña.

Helen asintió, «como si el demonio nos estuviera pisando la sombra». La sonrisa que esbozaba la niña le llenaba por completo su faz demacrada. Hubiera querido ser como ella, y vivir ajena a la realidad. No le iba a decir que su padre acababa de matar a Damien, no era la idea de protegerla que tenía en mente.

Helen corría sujetando la enclenque muñeca de la pequeña, quien parecía divertirse sorteando pedruscos desparramados por algo que debió ser una senda tan solo unas horas antes.

—Tenemos que correr más, no te entretengas brincando— solicitó Helen a la cría.

—No puedo ir más aprisa, no sabía que correr fuera tan cansado— logró a decir Nancy entre sofocos.

Helen la izó contra su pecho. La carga no era tan liviana como había pensado antes de cometer el esfuerzo de elevarla. La velocidad se redujo ostensiblemente, el dolor de la pierna era cada vez más incipiente. Con la cría

a cuestras giró varias veces trescientos sesenta grados, no había rastro del cazador.

—Pequeña no puedo llevarte mucho más tiempo...— dijo Helen boqueando— Necesitamos escondernos...

Los jadeos de Helen no cesaban. Nancy aguardaba dispuesta a seguir con la carrera, en su rostro Helen contemplaba una alegría desbordada por continuar el juego.

—Si estás muy cansada... conozco un lugar, no nos mojaríamos, pero...

A Helen le dieron ganas de zarandear a la niña para que escupiera cuanto antes la situación exacta del lugar, respiró profundo y se puso en cuclillas para tener sus ojos frente a los de la pequeña. La herida de la pierna era cada vez más dolorosa, rugió hacia dentro.

—¿Pero...? — pregunto Helen intentando dulcificar las palabras.

—No te lo puedo decir... si padre se entera que he cruzado la línea roja se enfadaría— Nancy bajó la cabeza—. Si sabe que me escapó tan lejos...

—Confía en mí— dijo Helen tendiéndole la mano—, yo no le contaré nada, ¿secreto de chicas?

Las dos aferraron con fuerza el apretón de manos.

—¿Sabrías decirme dónde queda tu escondrijo? —preguntó Helen con avidez.

—Como no lo voy a saber, dentro de poco cumpliré siete años— contestó Nancy alzando los hombros.

La niña comenzó a caminar con seguridad. Helen la siguió. El camino que trazaban los pies de la niña era serpenteante sin llegar a coronar una ladera que estaban atravesando, Helen no atisbó que nadie se acercara, eso supuso más aliento a sus fatigados pulmones.

—Vamos, ya no queda nada— dijo Nancy pasados apenas cinco minutos.

Helen se rezagaba, la herida de su parecía no sangrar, aunque la pérdida de sensibilidad en la extremidad inferior era un hecho. La fuerza de la lluvia fue decreciendo, el humo a sus espaldas se espesaba.

—¿Ese humo...? — preguntó Nancy.

—Ha caído un rayo... se ha quemado la casa donde vivías, tendremos que buscarte una nueva... sin duda un sitio mejor, ¿qué te parece?

—Fenomenal, era una casita pequeña, en la próxima quiero tener mi propio dormitorio, padre ronca mucho. Menos mal que mi tía ha venido a salvarme, ¿podré ir contigo a la ciudad? —Nancy apretó en un abrazo a Helen, que se dejó hacer, las dos contemplaron las llamas por un instante, la niña sonreía—, ¿sabías que el fuego purifica a los pecadores? Padre me dijo que os lo contaba el abuelo, ¿verdad?

Helen asintió. Siguió los pasos de la niña, intentando que la distancia que las separaba no creciera más de la cuenta, si la perdía de vista no sabría cómo regresar a la civilización. No estaba dispuesta ni a trepar ni a volver a sumergirse, tenía que haber alguna otra escapatoria que la niña conociera. Su pierna le dolía una barbaridad, el siguiente pinchazo ardió, sus pasos se pararon en seco, el cuádriceps de su pierna debía de estar rasgado. Siempre había tenido problemas musculares, su última rotura de fibras la había sufrido por intentar mantenerse en forma jugando un partido de squash, había estado renqueante durante un mes, nunca volvió a coger una raqueta. Apretó la herida con fuerza, y avanzó sin que su mano soltara el muslo arrastrando la pierna. No se dio cuenta de cuando la niña desapareció. Forzó sus ojos, múltiples arrugas que aguardaban incipientes inundaron su rostro. No sabía si debía hacerlo, pero gritó su nombre. Giró y giró buscándola, la niña no estaba, se

sintió abandonada a merced de la tenebrosa noche huracanada. No sabía hacia qué dirección dirigir sus pasos, se había despistado tanto que no recordaba de qué dirección había llegado. Una vez más la llamó, no obtuvo respuesta. Sus rodillas se rindieron, abatida se echó a llorar. Todas sus opciones se habían desvanecido, necesitaba guarecerse, recuperar fuerzas. Se creía una luchadora, pero su tiempo de batalla se agotaba, acarició la tierra húmeda, nadie la encontraría, su cuerpo se desharía poco a poco si las alimañas le respetaban. Necesitaba encontrar acomodo para su espalda, no iba a sufrir más, suponía que llegaría al amanecer, se congratulaba con morir al alba. No vio llegar la mano, salida de la frondosidad, que tiró de ella hacia atrás.

—¡Vamos tía! — dijo Nancy— Dentro estarás más seca.

La niña y la mujer sonrieron. Había vuelto a por ella, todavía había opciones de salir de allí y de encontrar a su pequeña. Entre una pared de helechos la niña desapareció, Helen la siguió gateando, su altura la impedía entrar en la oquedad de otra forma. La cortina vegetal dio paso a una pequeña cueva. Helen aligeró el peso de su cuerpo quitándose la ropa húmeda, la niña la imitó. Helen aplicó sobre su pierna un torniquete más fuerte. Las dos permanecieron abrazadas en silencio, Helen se deleitó con la dulzura de los rasgos de Nancy una vez que se durmió. Resistió hasta el amanecer dando cabezadas, la claridad adelgazaba el grosor de la lluvia. Cada poco se masajeaba el muslo, no sangraba, pero estaba preocupada por la pérdida de sensibilidad. Nancy se había metido bajo el calor de la axila de Helen y emitía ligeros ronquidos. A Helen le hubiera encantado dejarse llevar a la tierra de los sueños, necesitaba descansar, se veía en la necesidad de estar alerta después de lo que había visto. Helen no podía dormir, en sus retinas se había grabado el rostro de desesperación de Damien. Otra vida más con la que fustigar lo que le quedara de existencia. Si hubiera frenado sus deseos de cambiar un pueblo de mala muerte por algo mejor ni Damien ni Stanley

hubieran muerto, tal vez el destino se los hubiera llevado por delante en la misma fecha, pero ella no se sentiría responsable. Si no hubiera querido dejar atrás las tediosas tardes del invierno se hubiera ahorrado muchas lágrimas, desde que nació Wendy se ha habido propuesto que su prioridad elemental sería brindarle a su hija una vida mejor que la que ella había tenido. Ella quería volar rauda por encima de las nubes grises del pasado con dirección a paradisiacos destinos, a Stanley le daba miedo acercarse tan siquiera a un aeropuerto. Su elección por una vida con ocio nocturno, musicales, visitas a la ópera envuelta en abrigos de pieles fue divertida hasta la noche que Wendy desapareció. La niña dejó de ir a hípica y a ballet, la profesora nativa no le pudo dar más lecciones de francés, todo había cambiado, la vida perfecta que había diseñado se había esfumado.

Acarició la pálida cara de la niña, a fin de despertarla, con la máxima suavidad. Se preguntó si aquella niña estaba enferma, o era cautiva de aquel enorme desalmado. Disiparía sus dudas llevándola personalmente al hospital, ya no estaría dirigiéndolo Damien, pero conseguiría que trataran a la niña como a los pacientes más ricos, aquellos que pensaban que los dólares podían vencer cualquier enfermedad. La niña no se parecía a ninguno de sus dos progenitores, no había apreciado que salvo Nancy ninguno de sus padres tuviera el hoyuelo de la barbilla, la idea de que no fuera hija suya le hizo temblar, tal vez era otra víctima arrebatada a una familia como le había ocurrido a Wendy.

La niña pestañeó sorprendida por la claridad del amanecer, la lluvia ya no mojaba tanto.

—Buenos días tía— dijo Nancy estirando su menudo cuerpo todo lo larga que era.

El tono de la voz infantil era dulce como el de Wendy. Sus pequeñas

vertebras chascaron, a Helen le dio la sensación que la espalda de la niña era tan frágil que se podría haber resquebrajado con facilidad. Helen frotó sus manos para hacerlas entrar en calor y le dio unas friegas antes de ayudarla a vestirse. Las ropas retenían bastante humedad, pero no había otra cosa.

—Casi no llueve, ¿vamos ya a casa? —preguntó Nancy.

—No, no podemos volver...—dijo Helen entre muecas de dolor, era complicado meter el pantalón en la pierna herida, la tenía hinchada, no quiso mirar dos veces su piel amoratada— Acuérdate de lo que pasó anoche, el rayo... el fuego. Tenemos que ir al pueblo y buscar ayuda.

—¿Y padre? — el rostro de la niña languideció.

—Seguro que está bien— Helen deseó entre suspiros que la realidad fuera otra—, seguro que ya nos está esperando. ¿Sabes la forma de salir de llegar al pueblo?

—Claro. Por la puerta, ¿padre te dejó las llaves para abrirla?

—¿No hay otra opción? — preguntó Helen a modo de respuesta.

La niña apretó en sus labios una sonrisa que acabó esbozando con una mueca pícaro.

—¿Eso es un sí? — la pequeña asintió— ¿Y padre no lo sabe?

La niña arrugó la nariz y rio entre dientes.

—No sabes cómo me alegra que seas tan pillina— Helen ató con celeridad las botas—. Pues cuando quieras nos vamos a por una porción de tarta, sé de un lugar que las sirven deliciosas aquí cerca.

La niña tomó la delantera para salir del refugio nocturno. Helen repasó que no se dejaran nada en el interior de la minúscula cueva y salió tras ella. Intentó concentrarse en que pronto calmarían el dolor de su pierna con analgésicos. Arrastró sus rodillas y codos hasta la salida de la montaña.

Vio las piernas de la niña elevarse una y otra vez, saltaba contenta, Helen supuso que ya no caía nada de agua del cielo. Presurosa avanzó el último tramo. Quiso retroceder, se había quedado petrificada, era tarde. Nancy abrazaba el pantalón manchado de barro de su padre.

—Padre, ¿cómo nos has encontrado?

—Te lo he explicado cientos de veces, hay que desarrollar los cinco sentidos, pero para cazar el más importante es el olfato, y he tenido la ventaja de que tú hueles mejor que todas las flores— respondió la voz cavernosa—. Doctora, ¿va a poder salir por si sola, o la tengo que ayudar?

Un reguero de orín acarició los muslos de Helen. Sus extremidades comenzaron a temblar, el llanto no de su garganta salió presa del pánico. Al irse a levantar, tropezó con la navaja suiza de Damien, no sabía cómo no la había extraviado hasta llegar allí. La ocultó en la caña de una de sus botas, no la podía utilizar hasta que no supiera el paradero de Wendy. Helen arrastró sus rodillas hasta tener delante de ella al hombre que desde el suelo tenía un aspecto más gigantesco.

—Además— prosiguió Jeremy con la explicación a su hija—, al amanecer es más fácil cazar, los animales andan medio dormidos y te puedes acercar con mayor facilidad, ¿verdad doctora?

Jeremy ofreció su mano a la mujer para ayudarla a levantarse, Helen despreció el gesto con un desaire. Permaneció a cuatro patas buscando fuerzas para incorporarse, no podía disimular el dolor.

—Vamos, levántese—dijo Jeremy elevando a la niña sobre sus hombros—Tenemos un largo camino de regreso a casa, hay que recoger lo que se haya salvado.

Helen negó con la cabeza, si quería que se moviese la tendría que llevar por la fuerza, pensó que no se atrevería a hacer tal cosa en presencia de

la niña.

— Si quiere...— Helen omitió la palabra “máteme”, aunque ambos la sobreentendieron—. No voy a dar ni un paso más, lo que tenga que hacer conmigo lo puede hacer aquí.

—Si se levanta ya, la llevaré con ella— dijo Jeremy comenzando a caminar.

Helen hizo un sobreesfuerzo y se incorporó. Fue arrastrando la pierna todo el camino a la sombra del hombre. La niña jugaba con los mechones de su padre, y de vez en cuando echaba la vista atrás.

—Vamos tía, que te estás quedando rezagada.

La mirada de Helen estaba fija en la espalda de Jeremy, vestía un jersey azul marino manchado de barro y restos de sangre. La marcha a la luz del día, sin el ansía de la huida y las trabas de la tormenta, no le resultó tan larga y extenuante como la nocturna. Al llegar a los restos de la vivienda el trío comprobó que el fuego lo había devastado todo por completo, hasta la lluvia se había llevado las cenizas. De no ser porque Helen había estado allí el día anterior nunca hubiera sabido que en aquel lugar se había erigido una construcción. Nancy comenzó a lloriquear, el padre, con cuidado la bajó al suelo y se arrodilló frente a ella, la consoló con arrumacos y susurros al oído. Helen bendijo la inocencia de la cría, con la impunidad del momento se agachó y ajustó la navaja, había ido bailando durante la caminata. No tendría la precisión de un bisturí, poco le importaba el destrozo que le fuese a originar.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó la niña con desesperación.

—No te preocupes, todo irá bien— dijo Jeremy—, no es la primera vez que levanto una casa de la nada, aunque creo que en este lugar...

—¿Dónde está? — interrumpió Helen la conversación.

—Tía, hemos perdido la casa, mi muñeca, todo...—dijo Nancy entre gimoteos— ¿Podríamos ir a vivir contigo?

Helen se quedó en silencio mirando a la niña. El hombre negaba con la cabeza.

—¿Te gustaría vivir conmigo en la ciudad? Si tu padre quiere...

—¡Basta ya de estupideces! —bramó Jeremy— Nancy, esta señora te ha engañado, no es familiar nuestra.

—¿Eres una persona mala de las que me habla padre? — preguntó la niña con cara de sorpresa.

—No, yo soy buena...— contestó Helen.

—¡Vamos! — gritó Jeremy.

El hombre se dirigió a una senda que partía de la parte trasera donde había estado su vivienda. Las esperó en la puerta de un cobertizo, enganchada al hombro llevaba una bolsa de tela negra.

—Quédate aquí— le ordenó a la niña—. Si tienes hambre hay algo de cecina colgado en el último varal, enseguida vuelvo.

La niña obedeció despidiéndoles con la mano, y entró al cobertizo. Estaba hambrienta, salivó antes de bajar la pieza de carne del palo.

El hombre caminaba por delante, sin prestar especial atención a su acompañante. Helen le seguía a cierta distancia, el filo de la navaja se clavaba en su tobillo. En cuanto viera a Wendy no pensaba pedir explicaciones, ser doctora le permitía conocer los puntos mortales del cuerpo, no era tan difícil matar si se sabía dónde asestar la cuchillada.

—Es para hoy— dijo Jeremy sin mirar atrás, no iba a ralentizar la

marcha—, tengo muchas cosas por hacer.

Ascendieron una pendiente que coronaba un enorme roble primigenio, el hombre se sentó apoyando su espalda contra el tronco y se limitó a contemplar las vistas.

Helen llegó con la lengua fuera, la humedad de la lluvia se mezclaba con el sudor de la subida. El último tramo lo había hecho agachada por la fuerza del viento que parecía querer lanzarla lejos de la colina. Lo miró desafiante, tuvo el impulso de sacar la navaja suiza, se contuvo, era demasiado pronto, y a la distancia que estaba la acción sorpresiva podría no dar los frutos deseados.

Jeremy sacó una caja de cigarrillos, ofreció uno a Helen. Ella, con rabia en el rostro, negó con la cabeza. Al abrigo de su enorme mano el hombre encendió uno de los pitillos con un antiguo mechero. Dio una profunda calada y comenzó a hablar.

—Eres una mujer fuerte, como mi madre...— dijo Jeremy— Ella siempre al lado de mi padre, intentando que mi hermana y yo fuéramos uno más de la comunidad, pero no lo éramos. Padre nos apartó a este terreno, lejos de las miradas curiosas, nunca fuimos normales o eso decían las malas lenguas. Para mí los raros eran los demás, mi hermana no lo pudo soportar y se marchó... Yo he intentado ser como mi madre, llevar la tierra adelante, que la familia siempre estuviera unida... y no sabes cuánto me ha costado.

—Me da igual tu familia, quiero recuperar lo que queda de la mía, me dijiste que me ibas a llevar con Wen, ¿Cuándo vas a cumplir tu palabra?

—Eres valiente... pero esa rabia que tenéis las mujeres no te llevará a ningún sitio. No se puede ser tan obstinada, eres como madre... Esta noche he vivido mi segundo incendio. El primero lo provoqué, padre había bebido de más, solo era capaz de decir que la sangre que llevábamos estaba maldita,

madre comenzó a pegarle sartenazos en la cabeza... no recuerdo más, todo se envolvió en llamas— Jeremy hizo girar el encendedor entre sus dedos—. Lo que quedó de mis padres yace bajo esa piedra.

Helen observó una losa entre la hierba alta. Jeremy se acuclilló frente a ella y repasó las letras que él mismo había cincelado.

—La tierra está blanda, cava— dijo Jeremy entregándole una pequeña azada que sacó del saco negro.

—No, no pienso cavar mi propia tumba, dijiste que me dirías dónde está mi hija— contestó Helen—. ¡Dímelo!

—¿No me has entendido? He dicho que caves.

Helen permaneció inmóvil, «aguanta, aguanta un poco más», se dijo a sí misma. La navaja quería salir de su escondite, un corte y desangraría al enorme tipo en unos segundos. Ante la impasibilidad de Helen, el hombre le hizo coger la herramienta forzándole su mano.

—No tengas miedo... —Jeremy hizo una mueca que erizó la piel de Helen— no te voy a enterrar, te lo prometo.

—También prometiste que me llevarías con Wendy— Helen no pudo controlarse y comenzó a sollozar.

—Yo nunca miento. Cava.

Helen se dejó caer en el suelo

—¿Aquí? — preguntó Helen con voz temerosa.

Jeremy asintió mientras daba otra calada al cigarrillo.

Helen no tuvo que esforzarse mucho, el suelo se abría a pedazos cada vez que hincaba la azada. Se echó las manos a la cabeza cuando descubrió un hueso que identificó como un fémur. Su corazón regresó a la caja torácica, las

medidas no eran de su niña, era un hueso de adulto, Wendy no habría tenido tiempo de crecer tanto.

—No es Wendy, dime donde está, te lo suplico. No la has podido matar, es una niña... una niña bonita— Helen se derrumbó y balanceó su cuerpo hacia delante y atrás agarrándose el vientre donde por casi nueve meses había crecido su hija—. Te lo suplico dime donde está, te daré todo el dinero que quieras, pero por favor...

Jeremy extrajo una manzana verde del interior del saco, la frotó un par de veces en su sucio pantalón y le pegó un bocado. El pedazo de fruta crujió entre sus dientes sucios.

—No, claro que no es tu hija. Si no me traiciona la memoria creo que has encontrado a mi verdadera mujer. En el pueblo decían que era un poco retrasada, pero yo la cuidé, la cuidé mucho, pero al nacer Nancy... no pude ocultar más mi secreto, la niña tenía que alimentarse como lo lleva haciendo la familia desde generaciones atrás... Ella enloqueció, no quería atender a su hombre, yo que lo había dado todo por ella...

—¿Y la mataste? — preguntó Helen entre ahogos.

—Otra vez estás equivocada— Jeremy mordió de nuevo la manzana—. Nos quería abandonar, a una bebé y a mí, la encerré en el cobertizo, al tercer amanecer regresé a por ella, suponía que habría recapacitado. Me la encontré colgada... era una pecadora, como tú.

—¿Yo? Yo no te he hecho nada, ¿dónde está mi pequeña?

—¿Acaso crees que no sé qué abandonaste a tu marido por otro? No sé cuántas veces le escuché la misma cantinela... ¿Tú? Eres peor que él.

—Tú eres un monstruo, ¡nos la arrebataste!

—Todas las pecadoras mentís, sois todas iguales, no os dais cuenta que

la familia es lo más importante, es lo único...—Jeremy dio otro mordisco a la fruta antes de lanzarla colina abajo— Yo liberé a tu hija de un futuro aberrante, conmigo no sufrió más de lo que lo hizo contigo, ella me contó el poco tiempo que estaba contigo y que no te gustaba que estuviera con su verdadero padre.

Helen sujetó con fuerza el mango de la azada, no era mentira lo que Jeremy le había dicho. Apenas veía a Wendy, pero no era una situación muy distinta a las demás niñas de su edad. Ella le había dado la oportunidad de una vida mejor, Wendy iba a clase al más exclusivo, a la par que caro, colegio de la ciudad con todo tipo de actividades extraescolares de lo más variado para cuidar mente y espíritu.

—Me importa una mierda tu opinión, dime donde está, ¡Ya! — Helen amenazó blandiendo la azada.

—No hace falta que te pongas violenta...—Jeremy esbozó una sonrisa sin alarmarse ante la amenaza de ser golpeado— Si no me traiciona la memoria, si sigues cavando será el cuarto esqueleto que te encuentres.

Helen lanzó la azada con todas sus fuerzas con la cabeza de Jeremy como diana, éste no hizo ademán de esquivarla, alzó uno de sus brazos y bloqueó el impacto. Los chillidos de Helen anunciaron la embestida, a la carrera fue en busca del asesino de su hija. Jeremy no se inmutó, tampoco cuando descubrió el lacerante brillo del filo de un arma blanca. La navaja salió por los aires, la patada de Jeremy la había desarmado. Helen no se rindió y vació la rabia incontenible en varios puñetazos, Jeremy dejó que le golpeará. La mujer acabó arrodillada en el suelo, desesperada en un llanto sin lágrimas. Jeremy terminó de masticar los pedazos de manzana que quedaban en su boca.

—He cumplido con mi palabra. Ahora vayamos con Nancy, no me gusta

dejarla sola, está muy enferma. Por cierto, ¿te ha dado tiempo a leer sus informes?

Helen no contestó. Regresó al lugar donde había estado cavando, se dejó caer sobre la tierra removida. Si las palabras de Jeremy eran ciertas los huesos de su hija descansaban tierra abajo, no se iba a volver a alejar de ella. Comenzó a escarbar con las uñas entre gimoteos, necesitaba amortiguar el dolor abrazando sus huesos.

—Perdona, pero te tendrás que fiar de mi palabra, no puedo dejar que estropees todo, lo entiendes ¿verdad? Estoy un poco cansado, no quiero perder más tiempo en ponerlo todo en orden.

Jeremy se agachó y cogió uno de los pies de Helen, no hizo caso a los pataleos que le daba con la pierna libre, él empezó a caminar arrastrando el cuerpo de la doctora por el suelo. Jeremy comenzó a descender la pendiente, Helen se dio por vencida, sus dedos no servirían como ancla ante la fuerza de Jeremy. La luz que alumbraba su esperanza se había apagado, lo poco que quedaba de ella se había consumido al levantar el suelo de la fosa. Al llegar al cobertizo Jeremy liberó a su presa. Helen no intentó levantarse, sangraba con abundancia, estaba magullada por el roce de su cuerpo contra el suelo. La niña asomó su cara entre las dos jambas.

—¿Ya habéis vuelto? No habéis tardado casi— dijo la niña.

—Si, hemos vuelto. Esta ramera mentirosa ya ha visto donde están enterrados los abuelos, se ha puesto tan triste que no se quiere levantar del suelo.

—Padre, ya soy muy mayor para que me intentes engañar, sé que no está triste.

—Perdóname, no te quería mentir, ella a nosotros si, como te he dicho tantas veces la gente de ahí fuera no es buena.

—Tienes razón padre, ¿la vas a dar su merecido? —preguntó Nancy—. Hazla daño, que aprenda a ser buena.

Helen quiso decirle a la niña que ella no mentía, pero se asombró ante su reacción. No merecía la pena en esforzarse, la niña estaba cubierta de la oscuridad que llevaba consigo el padre.

—Voy a hablar unas cositas con ella, ¿te importa ir a ver si el columpio ha aguantado la tormenta?

Nancy se acercó a Helen, le cogió un mechón de pelo y dio un fuerte tirón. El cuerpo de Helen no se perturbó.

—Nancy hazme caso, ya la enseñaré yo, no tengas dudas.

Al verla partir a la carrera, Jeremy volvió a coger del pie a Helen y arrastró su cuerpo al interior del cobertizo. La dejó sobre el suelo de tierra, pensó que no podría ir muy lejos. El olor nauseabundo reanimó a Helen, se tapó la nariz con la mano, olía a cuerpos en descomposición. Tenía el cuerpo entumecido, hinchados los labios, cortes por todo el rostro, su cabello era una maraña de barro y sangre; necesitó dos intentos para quitarse con el dorso de la mano el pelo que le tapaba la cara. Estaba muy mareada, a duras penas consiguió sentarse. Al ver el cuerpo de Damien colgando en un gancho se dejó caer hacia atrás, era atroz su estado. No le vio más de dos segundos, no necesitaba más, la única parte de su cuerpo que no estaba despellejada era su cabeza. Desde el suelo vio otro cuerpo colgado, era una mujer desnuda y sin cabeza, a su lado estaban colgados varios conejos desollados. La impresión le llevó a perder el sentido, todo se volvió negro. Hubiera preferido no volver a despertar.

Al despertarse comprobó que seguía tendida en el frío suelo, desconocía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero no había conseguido mitigar el dolor de cada centímetro de su piel. De fondo oía canturrear la

distinguible voz de Jeremy. El cuerpo de Damien y el de la mujer habían desaparecido de su vista, esperaba que hubiera sido una alucinación, que todo fuese un mal sueño que abarcara los últimos cinco años.

—Bienvenida al mundo de los vivos doctora— dijo Jeremy acuclillándose al lado de Helen—. Gracias a vuestra intrusión tendremos que hacer las maletas.

El hombre continuó con su tarea.

Helen intentó levantarse, no pudo. Saboreó el gusto a sangre de su garganta. Estiró sus manos en busca de un apoyo para incorporarse, sus dedos tropezaron con una piedra, el canto estaba afilado. No iba a existir otra oportunidad. Intentó moverse en silencio. Gateó como pudo hacia Jeremy, con la punta del pie llevaba el ritmo de la canción que tarareaba. El hombre estaba tan atareado haciendo algo sobre un tablero, que hacía las veces de mesa, que no se dio cuenta que Helen se acercaba a él. Helen pensó que sorprendería a Jeremy, moverse era algo impropio de alguien más cerca de la muerte que de la vida. Helen visualizó las piernas del hombre, podría cortar segarle el tendón de Aquiles, le dejaría cojo, no podría dar un solo paso, pero no podía arriesgarse a su reacción. Debía elevarse un poco para cortar la arteria femoral, en menos de treinta segundos el hombre perdería la consciencia, en menos de tres minutos sus órganos internos dejarían de funcionar.

Jeremy dejó de entonar, y miró hacia abajo. Sonrió.

—Pobrecilla, piensa que va a poder escaparse desplazándose como un caracol— dijo Jeremy con sorna—. Ante tu testarudez te voy a explicar lo que va a pasar. En cuanto termine de lonchear a Reagan te voy a levantar del suelo y te voy a tumbar encima de la mesa. Te recomiendo que aproveches tus últimos esfuerzos para recordar tus mejores recuerdos, luego te cortaré el cuello, y por lo que se no hay nada después, no ha venido ningún fantasma a

vengarse— Jeremy chupó la sangre de un puntiagudo cuchillo de carnicero—. Con éste te rebanaré el cuello, la sangre la echaré en ese cubo, luego te filetearé y cuando tu carne se cure un poco pasarás a ser parte de nosotros— Jeremy se quedó un poco contrariado al no notar el pavor en los ojos de su próxima víctima, sabía que botón tocar para ver en su rostro el sufrimiento con el que tanto disfrutaba—. Ya debes de tener los cuarenta cumplidos... no estarás tan tierna como tu cría, pero con que estés la mitad de succulenta que ella me conformo.

Helen cerró los ojos, Jeremy rio gozoso, le gustaba entretenerse ahondando en el miedo y en el dolor. Helen notó la sangre en la palma de la mano de tanto apretar la piedra, contuvo la respiración, no disponía de las fuerzas necesarias para lanzar un ataque furibundo contra el asesino de su hija, el tiempo era escaso, dispondría de pocos segundos antes de que ocurriera lo que Jeremy le había relatado que iba a suceder, ella solo necesitaba un instante. Le daba igual morir en ese sucio lugar, pero no iba a dejar que aquel hombre la hiciera daño a más personas. Tras la pausa que hizo ante al discurso de Jeremy continuó avanzando con extrema lentitud. Necesitaba entretenerle para darle el corte en la femoral.

—Haz conmigo lo que quieras, no me queda nada ni nadie...—Helen articulaba las palabras con temblor, estaba consumiendo sus últimas energías en hablar—Me has quitado todo...—Helen reptaba con las encías llenas de saliva sanguinolenta, un poco más cerca, no lo suficiente—Solo quiero que me digas una cosa, ¿cómo la sacaste del coche?

Jeremy mostró su dentadura llena de dientes puntiagudos y podridos a modo de sonrisa malévol.

—Todos los días le doy gracias a Dios por los regalos que me brinda— Jeremy miró hacia el cielo a modo de agradecimiento—. Aquella noche volvía

de trabajar en las obras de alcantarillado de Elmtown, unas ratas como mi brazo de grande, ninguno de los lugareños le apetecía llevarse la rabia a casa a consecuencia de un mordisco, a mí los bichos me respetan. El caso es que a la vuelta vi el coche parado de tu... ¿puedo llamarlo de tu hombre? No te esfuerces, no hace falta que respondas, estaba el Ford en el camino de los maizales de John Everet, me suele dar trabajo de vez en cuando, creía que habría sido una pareja calenturienta que se había parado a fornicar, pero no. Tú hombre y la niña dormían a pierna suelta. Si su coche hubiera sido más moderno no habría podido abrirlo sin despertarles, los viejos Ford tienen ese defecto—Jeremy extrajo del bolsillo la pelota amarilla y la hizo botar antes de clavarle el dedo pulgar—. Colocas la bola en la cerradura, golpeas, y la presión hace que el pestillo del seguro suba, así de simple.

Helen le quería borrar la expresión de satisfacción del rostro de Jeremy, estaba a punto de desmayarse, pero antes quería segarle la vida.

—No pienses que era la primera vez que abría un coche de esa forma, pero ten por seguro que fue la que me llevé un manjar tan exquisito, deberías de sentirte orgullosa— dijo Jeremy mientras botaba la pelota.

Las carcajadas siguientes reverberaron con eco. Helen dejó asomar el filo de la piedra en su mano y se lanzó con ímpetu a por la pierna del hombre.

—¡Padre! —chilló Nancy al entrar en el cobertizo.

Jeremy, alertado por el grito de su hija dio un salto hacia delante. La piedra desgarró la piel, no como hubiera querido Helen que ocurriera. El hombre se llevó la mano al tobillo. Pateó la mano de Helen hasta que soltó la piedra.

—Gracias por avisarme cariño, esta zorra quería hacer pupa a papá.

—Padre cuida esa boca, o te la tendrás que lavar con estropajo— dijo Nancy.

Padre e hija se fundieron en un abrazo ante la mirada agonizante de Helen, había llegado un segundo tarde, toda su vida había sido igual, nunca había estado en el momento y lugar preciso. El negativismo se esfumó al recibir un puñetazo en el pecho, se quedó sin respiración tras el impacto. Se despertó sobre la mesa, como pudo abrió los ojos, estaba desnuda, sus extremidades estaban atadas a las esquinas del tablero, a sus pies se encontró con la mirada de Nancy.

—Ayúdame, me va a matar...— suplicó Helen entre estertores, quería escupir un grumo sanguinolento que obstaculizaba que entrara el aire por su tráquea.

—Es el ciclo de la vida, algunos deben morir para que nosotros podamos alimentarnos— dijo Nancy disfrazando la dura verdad en una dulce sonrisa.

Capítulo 19

John volvió a escrutar el techo, ni rastro de cámara alguna que le pudiera grabar, sin embargo, se bajó la visera de la gorra, cuantas menos personas recordaran su anguloso rostro mejor que mejor. La elección de Uma era perfecta para realizar su primer atraco, ella no estaba nerviosa, no como él, o por lo menos eso aparentaba. La idea no era cabal, pero se había dejado arrastrar por los ojos verdes rasgados de Uma. John le había prometido conseguir un par de armas, hasta la noche anterior no se había decidido a levantarle de la mesilla de noche a su padre dos magnum que guardaba como oro en paño en el armero. No había dormido, deseoso de que sus ojos le mirasen con deseo por querer su chico malo.

—Nena, ¿estás segura? —preguntó John, esperaba que la prueba de que sería capaz de hacer por ella concluyera— Si crees que es demasiado arriesgado acabamos la tarta y lo olvidamos, seguro que surge otra oportunidad.

—Yo estoy segura de que te amo, ¿tú a mí? —preguntó acariciando sus manos que acababa de estrechar.

—Qué cosas tienes—John tragó saliva, llevaban un mes saliendo de manera oficial, y todavía no se creía que su sueño se hubiera hecho realidad —, lo que no quiero que suceda es que te echés atrás en el último momento y nos coja la policía y acabemos en chirona, no podría soportar estar un día sin verte— contestó John, «que pare ya este juego» deseó John más que desnudarla.

—Presiento que todo va a salir bien, pero recuerda si hay algún problema nos reunimos en el embarcadero al caer la noche— dijo Uma antes de hacer un enorme globo de chicle azul.

«Por favor que no lo explote, que no llame la atención», John cerró los ojos, Uma era una persona de costumbres, el ruido al reventar el globo llevó muchas miradas a su mesa. En el local apenas había mesas libres, desayunos tardíos, la caja registradora estaría llena de billetes.

—A estos paletos les molesta que una señorita haga un poco de ruido...
—Uma negó con la cabeza, a la vez que apretaba con más fuerza las manos sudadas de su novio— No te preocupes por nada, lo tengo todo estudiado, en cuanto quiera llegar algún poli barrigudo nosotros ya habremos puesto millas por medio con dinero suficiente para llegar a Las Vegas, con un poco de suerte esta noche nos podrá casar Elvis. Juntos nada nos puede salir mal.

Los dos rieron, John con desgana. No iba a echarse atrás, llevaba deseando que Uma le hablara desde que empezaron el instituto, hasta ese curso creía que si la hubieran preguntado por él no sabría que compartían la mayoría de las clases. John le pasó la bolsa de deportes a Uma por debajo de la mesa empujándola con el pie, si John oía el ruido de la cremallera abrirse sería que la cosa iba en serio. Iba en serio. Le dieron unas enormes ganas de volver al baño, no creía que en sus tripas quedara nada después de expulsar por su ano todo lo que había salido en forma líquida en su visita anterior al escusado.

—Por favor, no hagas fuego, esta gente son familias inofensivas, no creo que si hay un poli con sus hijos los exponga por unos cuantos billetes—le rogó John.

—Bombón, no te preocupes tanto, ya te he dicho que no es la primera vez que disparo—dijo Uma limpiándose de migas el vestido floreado—
Bueno, ¿ya?

John la miró de nuevo y cuestionó si merecía la pena cruzar al lado oscuro. No tenía dudas. Una vez levantado, titubeó, se volvió a sentar.

—Cuando he ido al baño había un tipo afeitándose— dijo John.

—Pues muy bien por él, eso que se ahorra. Supongo que si oye algún disparo estará en el lugar preciso por si se caga de miedo — en la sonrisa de Uma asomaba un diente roto. Saludó con la mano a la mesa de al lado—¿Tú que crees, que es niño o niña?

John bendijo esa pregunta, un poco más de conversación quizá haría que Uma se pensara mejor subir sus botas militares a la mesa y se pusiera a gritar aquello de “esto es un atraco”, o algo por el estilo. Pensó en contestarla lo primero que le había venido a la cabeza, «¿y a ti que te importa?», pero hubiera perdido puntos con ella, la gustaba mandar, y a él que lo hiciera.

—No se acierta a ver si tiene pelusilla sobre el labio, dudo entre que sea chico o chica, si quieres se lo pregunto, lo que está claro es que le falta comer un poco más...—opinó John sin ocurrírsele algo más con lo que la decisión de levantarse de la mesa se demorase lo más posible.

—No, no le preguntes, el caso es que no para de mirarnos, da igual, a la de tres empieza el show, ya sabes lo que tienes que hacer. Una, dos...— Uma comenzó a contar, no esperaría llegar al tres para levantarse.

—Espera, espera...—dijo John al sacar su arma de la bolsa de deportes, había llevado algo más por si acaso sucedía lo que parecía ya era inevitable—Nos falta algo— John le lanzó un pañuelo rojo, él se quedó con uno azul—, a lo forajido del oeste.

Mientras ambos jóvenes se anudaban el pañuelo, a la mesa de al lado llegó un hombre que se sentó frente a quien la pareja de atracadores no había conseguido definir su sexo.

—Padre estás mucho más guapo sin barba—le espetó Nancy.

—Gracias hija, toma esta gorra y cúbrete, esos trasquilones que te he hecho...— dijo Jeremy entregándole una gorra con el trébol de los Celtics.

—Padre no te preocupes, es pelo, ya crecerá, lo que a mí me importa es esa herida que te ha hecho esa pecadora.

—Se curará, antes o después, como tú. No has probado las tortitas, ¿te encuentras mal? —preguntó con preocupación el hombre.

—No, es que me reservo para lo que llevamos en el coche— le susurró Nancy.

—Espera que me coma esto, tenemos que aparentar que somos como ellos, ¿quieres un poco?

Jeremy ofreció su tenedor con un trozo de filete pinchado, había sido escrupuloso para afeitar con el cuchillo las partes que habían estado en contacto con la plancha. La niña negó con la cabeza, estaba salivando ansiosa por sentarse en la parte trasera del Prius que había pertenecido a la doctora Myers.

—Padre, ¿te has fijado en la camarera? He pensado que podría ser nuestra nueva mamá— sugirió Nancy.

—Esa piernas flacas... mi vida, es pronto— a la vez que masticaba el último pedazo de carne dejó un billete de veinte sobre la mesa—. Tenemos que encontrar un sitio seguro primero, cuando estemos asentados no te preocupes que te buscaré una madre.

—¿Has hablado con Carrie? — preguntó la niña levantándose del sillón a la par que su padre.

—Sí, ya lo he hecho— dijo Jeremy limpiándose la comisura de los labios con la lengua—. A más tardar mañana nos reuniremos con ella, por fin conocerás a tu verdadera tía, está deseando verte. ¿Tienes ganas de conocerla?

—Claro. ¿Le has dicho que le llevamos...?

Jeremy asintió.

Los comensales no se percataron en que Nancy y Jeremy abandonaron el local, Uma y John si lo hicieron.

—Vamos a esperar a que el coche abandone el aparcamiento, ese tipo...—Uma negó repetidas veces con su cabeza.

—¿Y si lo dejamos para otro día? —le replicó John.

Epílogo

Helen se veía radiante, todo era perfecto, el cielo tenía un azul diferente al de la ciudad, el sol estaba en su máximo esplendor. La pradera verde por la que caminaba estaba salpicada de florecillas silvestres. Creía conocer la sorpresa antes de entornar la puerta de la pequeña casita pintada de blanco. Al entrar en el pasillo le escuchó, nunca había sido muy ducho en los quehaceres de la cocina, pero se afanaba en que todo estuviera dispuesto para la llegada de Helen. Sonrió al verle dar un respingo, al sacar la bandeja del horno se había quemado, llevaba un mandil lleno de unicornios, Helen sabía quién lo había elegido.

—¡Por fin has llegado! —exclamó Stanley sin saber si podría acercarse a ella.

No recordaba la última vez que la había estrechado entre sus brazos. Su cuerpo le pedía darle un beso húmedo y lento, pero pensó que podría alterarla, si todo iba bien ya habría tiempo. Por mal que se lo hubiera hecho pasar seguía deseándola como el primer día. Con valentía avanzó hacia ella y le plantó un tímido ósculo en la mejilla.

—Bienvenida— le dijo con tono emocionado.

A ella le resultó imposible contestarle, le abrazó. Stanley, aunque sorprendido, dejó que sus corazones se acercasen, la sensación para ambos fue placentera. A Helen se le escaparon las lágrimas.

—Aguanta un poco, no querrás que te vea con la cara triste, ¿no? — Stanley la intentó calmar acariciando su cabello—. Está en el salón— señaló al fondo del pasillo—. Vete con ella, estoy acabando mis primeras cupcakes, espero que os gusten.

—Si llevan chocolate seguro que si— contestó Helen tras observar

restos de cacao en el mandil del hombre.

Con lento y silencioso caminar se fue acercando al salón. A cada paso que daba la congoja iba en aumento. Al entrar a la estancia apoyó su espalda contra la pared, emocionada se tapó la boca, no quería que ningún sonido interrumpiese su visión. Deseaba abrazarla, besar cada recoveco de su piel, pero se contuvo. Estaba maravillada ante lo que veía, su niña estaba más hermosa de lo que la recordaba. Parapetada por unos cojines jugaba, tumbada sobre una alfombra malva, a un videojuego en una tablet. ¿Cuántas veces la había chillado por hacerlo? Ya no le importaba.

Helen no pudo contener el llanto, se dejó caer de rodillas sobre el suelo.

Wendy, alertada por el sonido de gemidos, levantó la mirada de la pantalla. La reconoció por su olor antes de darse la vuelta, presurosa intentó esconder la tablet para que su madre no se enfurruñara con ella, y salió a la carrera a fundirse con ella. Con el impulso que se dio para saltar las dos acabaron rodando por el suelo. Helen rio, ya no había heridas.

—¡Mamá, que bien que viniste!

—Si mi amor, y ya nada ni nadie nos separará.

—¿Se va a tener que ir papá?

—Si él no quiere...—contestó Helen obnubilada por los ojos brillantes de su pequeña.

—¿Y Damien?

—Le dije que se marchara, yo con mis amores, siempre juntos.

Agradecimientos

A ti lector, gracias por haber empleado tu tiempo en leer mi trabajo, espero no haberte defraudado. Si te ha gustado, te animo a que lo recomiendes a tus conocidos.

La portada, que espero te atraiga tanto como a mí, es obra de Omar André, me faltarían páginas para agradecerle esta obra de arte y tantas otras cosas.

Gracias, y muchas, por ser siempre la primera que me lees, y qué aunque pienses que estoy algo tarado por lo que escribo sigas ahí. Prometo que en la próxima novela no habrá sangre, no mucha...

Gracias Nacho por no molestarte por cogerte un cachito.

Gracias a Lourdes, a Carmen y a Encarni, y a otra mucha gente por ayudarme en intentar que me lean.

Gracias a Sergio por enseñarme cómo se puede abrir y cerrar un Ford de los antiguos, solo la teoría...

Gracias a los que dejáis en las páginas de venta: Amazon, Lektu vuestras valoraciones, son un par de minutos, pero os agradezco el esfuerzo de corazón. Me encantaría que todos los que me dicen que les gustan mis novelas lo plasmasen en estas páginas, y de paso en sus redes sociales.

Gracias a los que os lleváis mis novelas de viaje y me mandáis esas fotos tan chulas de mis pequeñines por el mundo.

En esta novela he intentado crear angustia, miedo... espero haber conseguido algo de esto en ti, alguno se me olvidará, gracias a Anne, a Stephen, a Dean, a Peter y tantos otros por meterme miedo desde mi adolescencia con vuestras novelas.

Los nombres de la novela están sacados de mis novelas y películas favoritas de terror. Ojalá haya más de uno que se haya dado cuenta de los guiños. Aunque a mi querido Jeremy lo bautizaron Pearl Jam en su primer trabajo.